



# Regional-Global

**Dilemas de la región  
y de la regionalización  
en la Geografía  
contemporánea**

**Rogério Haesbaert**





# **REGIONAL-GLOBAL**



### Comité Ejecutivo

**Yukio Himiyama** – Presidente Profesor Emérito

**RB Singh** – Secretario General y Tesorero

**Vladimir Kolossov** – Past President Profesor

**Joos Droogleever Fortuijn** – Primer Vicepresidente

**Elena dell’Agnese** – Vicepresidente

**Iain Hay** – Vicepresidente

**Fu Bojie** – Vicepresidente

**Barbaros Gönençgil** – Vicepresidente

**Nathalie Lemarchand** – Vicepresidente

**Rubén C. Lois-González** – Vicepresidente

**Michael E. Meadows** – Asistente Secretario General y Tesorero

### Comité de Estudios Latinoamericanos. Comité Nacional del Perú

**Juan Manuel Delgado Estrada** – Coordinador/Presidente



Instituto de Geografía  
Romualdo Ardisson

**Jorge Blanco** – Director

**Perla Zusman** – Vicedirectora

**Elena Quinn** – Secretaria Académica

*Regional-Global: dilemas de la región y de la regionalización en la Geografía contemporánea* (Buenos Aires: CLACSO; Universidad Pedagógica Nacional, abril de 2019).

ISBN 978-987-722-412-2

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Primera edición en portugués, 2010

Editora Bertrand Brasil, Rio de Janeiro

Título original: *Regional-Global: dilemas da região e da regionalização na Geografia contemporânea*

Este libro no puede ser fotocopiado, ni reproducido total o parcialmente, por ningún medio o método, sin la autorización por escrito del editor.

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional Asdi

Haesbaert, Rogério

Regional-global : dilemas de la región y de la regionalización en la geografía contemporánea / Rogério Haesbaert. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras; Bogotá : Universidad Pedagógica Nacional, 2019.  
176 p. ; 22 x 15 cm.

Traducción de: José Ángel Quintero Weir.  
ISBN 978-987-722-412-2

1. Geografía. 2. Ensayo Sociológico. I. Quintero Weir, José Ángel, trad. II. Título.  
CDD 910.01

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Geografía / Regional / Local / Integración Regional / Global / Diferencias / Espacio / Territorios / Estados / América Latina

**REGIONAL-GLOBAL**

**DILEMAS DE LA REGIÓN  
Y DE LA REGIONALIZACIÓN  
EN LA GEOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA**

**ROGÉRIO HAESBAERT**

Edición al cuidado de Perla Zusman

Traducción de José Ángel Quintero Weir





**CLACSO**  
Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales  
Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

**Karina Batthyány** – Secretaria Ejecutiva  
**Nicolás Arata** – Dirección de Formación y Producción Editorial  
**Lucas Sablich** – Coordinador Editorial



**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA  
NACIONAL**  
Educação de Educadores

**Leonardo Fabio Martínez Pérez** – Rector  
**Lyda Constanza Mora Mendieta** – Vicerrectora Académica  
**John Harold Córdoba Aldana** – Vicerrector de Gestión Universitaria  
**Fernando Méndez Díaz** – Vicerrector Administrativo y Financiero  
**Gina Paola Zambrano Ramírez** – Secretaria General  
**Lucía Bernal Cerquera** – Coordinadora Grupo Interno de Trabajo Editorial  
**Jhonatan Stiven Gutiérrez Bobadilla** – Revisión de la traducción



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

**Graciela Morgade** – Decana  
**Américo Cristófolo** – Vicedecano  
**Jorge Gugliotta** – Secretario General  
**Sofía Thisted** – Secretaria Académica  
**Marcela Lamelza** – Secretaria de Hacienda y Administración  
**Ivanna Petz** – Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil  
**Marcelo Campagno** – Secretario de Investigación  
**Alejandro Balazote** – Secretario de Posgrado  
**María Rosa Mostaccio** – Subsecretaria de Bibliotecas  
**Silvana Campanini** – Subsecretaria de Relaciones Institucionales e Internacionales y Transferencia  
**Matias Cordo** – Subsecretario de Publicaciones  
**Virginia Manzano, Flora Hilert, Marcelo Topuzian, María Marta García Negroni, Fernando Rodríguez, Gustavo Daujotas, Hernán Inverso, Raúl Illescas, Matías Verdecchia, Jimena Pautasso, Grisel Azcuy, Silvia Gattafoni, Rosa Gómez, Rosa Graciela Palmas, Sergio Castelo, Ayelén Suárez** – Consejo Editor  
**Rosa Gómez** – Directora de imprenta

## CLACSO

**Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais**

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel. [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

## Universidad Pedagógica Nacional

Calle 72 n.º 11-86 | www.pedagogica.edu.co | www.editorial.pedagogica.edu.co | Tel.: (571) 5941894 | Bogotá, Colombia

## Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) | Subsecretaría de Publicaciones | Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina | Tel.: 4432-0606 int. 167 - info.publicaciones@filo.uba.ar | www.filo.uba.ar



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES  
CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a [www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana](http://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana)

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

# ÍNDICE

<b>Presentación de la edición en español</b> .....	13
<b>Introducción</b> .....	15
<b>Capítulo 1. Región y regionalización: la trayectoria de un debate</b> .....	21
1. Región: la polisemia del concepto .....	25
2. Región: de los orígenes al periodo hegemónico .....	28
3. Muerte y vida de la región .....	37
3.1. Muerte y vida de la región desde una perspectiva neopositivista .....	42
3.2. Muerte y vida de la región desde una perspectiva marxista .....	46
3.3. Muerte y vida de la región bajo el "globalismo posmoderno" .....	53
3.4. El posestructuralismo y el énfasis contextual/"local" .....	56
3.5. Perspectivas neomodernas .....	64
4. Entre realidad empírica y construcción intelectual: la región como hecho y como artificio .....	77
4.1. Abordajes "realistas": la región/regionalización como hecho y/o evidencia empírica .....	80
4.2. Abordajes analítico-racionalistas y/o "constructivistas": la región/regionalización como artificio o constructo intelectual .....	83
4.3. Abordajes normativos: la región como instrumento de acción .....	85
<b>Capítulo 2. Por otra regionalización: la región como artefacto</b> .....	91
1. Ni solo un "hecho", ni simple "artificio": la región como <i>arte</i> -facto .....	92



2. De las características elementales de la regionalización al esbozo de una nueva propuesta para el análisis regional .....	101
2.1. La singularidad regional y la cuestión de la diferencia: por un abordaje regional que enfoque los procesos de diferenciación espacial con base en diferencias tanto de grado como de naturaleza .....	104
2.2. Los principios de la homogeneidad y de la cohesión y la “integración” regional: por un abordaje regional a partir de los procesos de des-articulación espacial .....	109
La cuestión de la continuidad espacial: por un abordaje regional enfocado en la dis-continuidad de las regiones .....	116
2.3. El carácter escalar intermedio o de meso-escala: por una regionalización vinculada a las múltiples escalas de poder en un mundo global-fragmentado .....	119

**Capítulo 3. La región en una “constelación” de conceptos: espacio, región y territorio .....**

1. El espacio y el territorio .....	132
2. El territorio y la región .....	136
2.1. Perspectivas disociativas .....	138
2.2. Perspectivas asociativas .....	139

**Capítulo 4. Consideraciones finales .....**

<b>Bibliografía .....</b>	<b>159</b>
---------------------------	------------

*En memoria de mi madre,  
cuya despedida ocurrió durante  
la escritura de este libro.  
Con nostalgia infinita  
y el tierno recuerdo  
de su alegría por la vida  
y de un amor  
que no conoció fronteras.*



*Para sustituir los obstáculos y las limitaciones [naturales] surgen otros obstáculos, otras limitaciones y otras diversidades: pero estas son cada vez más inherentes a las exigencias y a las necesidades materiales o morales de las sociedades humanas, y, sobre todo, ellas tienen importancia **en porciones cada vez más extensas de la superficie** terrestre y no solo en los estrechos cuadros regionales: el pan, el vestido, la carne y el combustible son cuestiones que, tanto para la producción como para el consumo, interesan al mundo entero, o casi. Esto no quiere decir que los agrupamientos regionales estén desapareciendo en la geografía humana. Pero, las características y los hechos que los componen son cada vez más del orden de lo móvil y de lo desplazable en razón de la movilidad creciente de los individuos que constituyen las unidades elementales de los agrupamientos. La Región humana no tiene una figura geográfica determinada ni límites fijos: ella oscila sobre una zona más o menos vasta, las Regiones tienden a fundirse poco a poco unas en otras.*

(Camille Vallaux, 1929: 171-172; énfasis propio; traducción libre)

*Desde [las décadas de 1950 y 1960] que la geografía regional fue declarada muerta —de forma más vehemente por aquellos que, de cualquier modo, nunca habían sido muy buenos en ella— geógrafos, a su favor, han mantenido, de una u otra forma, el intento de revivirla (...) Esta es una tarea vital. [...] Necesitamos conocer la constitución de formaciones sociales regionales, de articulaciones **regionales**, de transformaciones **regionales**.*  
(Derek Gregory, 1978: 171; énfasis propio; traducción libre)

*La región continúa existiendo, pero con un nivel de complejidad jamás visto por el hombre. Ahora, ningún subespacio del planeta puede escapar al proceso conjunto de globalización y fragmentación, esto es, de individualización y regionalización.*  
(Milton Santos, 1999: 16)

## PRESENTACIÓN DE LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Con gran satisfacción veo este libro editado y publicado en español. La labor nada fácil de traducir y publicar una obra, incluso entre lenguas y países tan cercanos como el español latinoamericano y el portugués brasileño, involucró la articulación de tres intelectuales de diferentes países: Juan Manuel Delgado Estrada, del Perú (y sus contactos en Colombia), Perla Zusman, de Argentina, y José Ángel Quintero Weir, de Venezuela. La propuesta y la invitación partieron de Juan Manuel (Manolo), que hizo posible el contacto con la editora colombiana; la traducción fue una enorme gentileza de José Ángel Quintero, y la movilización para la coedición en Argentina se debe a Perla Zusman, también responsable, junto a Jhonatan Stiven Gutiérrez Bobadilla, de una revisión final de la traducción. A todos, mi más sincero “*obrigado*” (gracias). Reconozco que no es común, en el medio intelectual, tanta generosidad. Tampoco es común, y quizá sea inédita, por lo menos en la geografía latinoamericana, la articulación entre instituciones como las responsables por esta edición: la Unión Geográfica Internacional (UGI), el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia y el Instituto de Geografía de la Universidad de Buenos Aires.

Me siento satisfecho también por percibir que el libro no perdió su actualidad, después de casi una década de su edición en portugués.

Las problemáticas regionales, sea a través de las nuevas formas de diferenciación cultural del espacio, sea por el aumento de las desigualdades socioeconómicas, continúan fortaleciéndose cada vez más. Relación entre la parte y el todo, lo particular y lo general, lo singular y lo universal, lo ideográfico y lo nomotético o, en otros términos, desde un enfoque más empírico, entre lo central y lo periférico, lo moderno y lo tradicional, lo cosmopolita y lo provinciano, lo global y lo local... muchas son las posibles relaciones que se pueden trabajar tras aquello que comúnmente denominamos la cuestión o el abordaje regional. Cada área del conocimiento, desde la economía hasta los estudios literarios, ofrece su propia lectura sobre la región, el regionalismo y/o la regionalización.

El caso latinoamericano, especialmente en lo que se refiere a los pueblos originarios y sus prácticas decoloniales, es pródigo en ejemplos de este género. Desde la regionalización a la escala global que dio origen a este “continente” denominado América Latina (y que los pueblos originarios prefieren llamar *Abya Yala*) hasta las “microrregiones” de grupos minoritarios, todo un conjunto des-articulado (con guion) de recortes espaciales está en juego y demanda nuestra comprensión. En una época en que los nuevos nacionalismos conservadores refuerzan los recortes estatales, en nuestro continente también se manifiestan o adquieren un nuevo vigor movimientos locales y regionales de resistencia. El llamado “giro” territorial en América Latina es también, de cierto modo, un “giro” regional, ya que las diferencias regionales se reconfiguran y se refuerzan. Casi siempre, ellas son una de las bases fundamentales por la búsqueda por el reconocimiento y la autonomía.

En parte inspirados por estos movimientos, propusimos en este libro la región no solo como un instrumento analítico para el investigador sino también como una herramienta para la acción: la región como “*arte-facto*” (artificio y hecho).

# INTRODUCCIÓN

En un sentido geográfico –que es el que se enfatizará en este trabajo– hablar de región en una época en que hay tan poco consenso acerca de la relación entre las partes (“regional”) y el todo (“global”) –y sobre la definición de lo que serían estas partes y de lo que sería este todo– puede parecer un desafío infructífero. Si vivimos en el tiempo de la fluidez y de las conexiones, como tantos defienden, ¿es posible encontrar aún parcelas, subdivisiones, recortes, “regiones” mínimamente coherentes dentro de este todo espacial pretendidamente globalizado?

*Lato sensu* regionalizar –y, tomando en cuenta una de sus raíces etimológicas, “recortar” el espacio o trazar líneas en él– es una acción ligada también al sentido de orientar(-se). ¿Cómo “orientar-se” a través de nuestras regionalizaciones en un mundo que, para muchos, se encuentra marcado más por el desorden que por el orden, más por la precariedad y la vulnerabilidad de nuestros vínculos, que por su fortalecimiento y su estabilidad?

El título *Regional-Global* que proponemos para este libro implica asumir, desde un inicio, que la naturaleza de lo regional –o más bien, de la regionalización– es en la actualidad, al mismo tiempo, condicionada y condicionante de los llamados procesos globalizados –en rigor, su constituyente indisoluble– a tal punto que, muchas veces, la regionalización y la globalización se tornan dinámicas tan



entremezcladas y complementarias que, en la práctica, se vuelven indiscernibles. Pero como bien sabemos, estamos lejos de alcanzar un consenso sobre la globalización; en primer lugar, porque ella no representa un proceso uniforme y, en este sentido, no es propiamente “global”. Así, muchos investigadores prefieren utilizar el término siempre en plural y hablar de “globalizaciones”. De esta manera, distinguen sus múltiples dimensiones, la enorme desigualdad con que se produce/difunde y sus diferentes sujetos. Identifican tanto aquellos sujetos que prioritariamente la promueven y la desencadenan, como aquellos que, básicamente, se encuentran subordinados a ella.

Claro, podemos hablar de un proceso globalizador –y, al mismo tiempo, regionalizador– hegemónico. Este se corresponde con el que involucra a los “grandes” sujetos que pretenden dar las cartas y definir los rumbos del capital financiero, de la especulación en diferentes niveles y de la mercantilización generalizada. En nombre de una lógica individualista-contable mundial, este movimiento propone, de alguna manera, integrar las distintas áreas del planeta “regionalizando”, sobre todo, en la forma que mejor conviene a sus estrategias geográficas de circulación, acumulación y dominación. Pero, es claro, este movimiento siempre se articula, de forma contradictoria y/o ambivalente, con un proceso que podemos denominar contra-hegemónico –o, simplemente, de destrucción de las hegemonías (en particular, de la jerarquía que ellas implican), tanto de forma localizada como global, tal como se observa en la actuación de los movimientos contra-globalizadores (que son también, concomitantemente, contra-regionalizadores), o mejor dicho, en otro tipo de globalización-regionalización capitaneada, fundamentalmente, por los grupos o clases subalternas–.

Desde una perspectiva personal, la temática regional siempre ha estado presente, de una u otra manera, en mi trayectoria académica. Ella da cuenta un poco del propio ir y venir de la región en la construcción del pensamiento geográfico, cuestión que será abordada aquí en un sentido amplio. Ya en mi tesis de maestría, convertida luego en libro, *rs: Latifúndio e Identidade Regional* (Haesbaert, 1988), abordé la cuestión regional a partir de la formación de regionalismos y de la construcción de una identidad regional referida al espacio (“región”) de la Campaña Gaucha, en la mitad meridional del estado brasileño de Río Grande del Sur, fronterizo con el universo gaucha y pampeano uruguayo-argentino.

Recuerdo bien que en esa época encontré una gran resistencia entre investigadores que consideraban la cuestión regional “superada” y/o prácticamente irrelevante. Debo mucho a mi directora de tesis de maestría, Bertha Becker, el estímulo para emprender esta gran

empresa. A comienzos de la década de 1980 ella misma se dedicaba a una especie de recuperación del análisis regional. En torno a la llamada “crisis del Estado y de la región” afirmaba, por ejemplo, que, en verdad, más de una vez “la región es evocada como instrumento de acción política” (Becker, 1984: 2). Inspirado parcialmente en su tipología de “centros” y “periferias” en Brasil, produjo uno de mis primeros artículos, que consistió en una propuesta simple de regionalización para el estado de Río Grande del Sur (Haesbaert, 1983).

Hace más de veinte años, en la conclusión de la tesis de maestría, señalaba:

[...] las prácticas de control político, cultural y, sobre todo, económico, permanecen cada vez más vivas y globalizadoras. Se torna fundamental, por lo tanto, recuperar la comprensión del papel de las diferencias como alternativas posibles para una nueva y, quién sabe, múltiple dinámica de la sociedad. En este contexto tiene lugar el rescate de conceptos como el de región en geografía. Como ya vimos, en el discurso del francés Vidal de la Blache, la manifestación de las “individualidades geográficas” era evidente, y la tradicional geografía de la “diferenciación de áreas” es una prueba incontestable de que la propia diferenciación espacial constituye, de cierta forma, una de las razones de ser del conocimiento geográfico. Frente a la preocupación, a veces ciega, de abarcar toda la realidad a través de conceptos y teorías generales, neopositivistas y muchos marxistas convergieron, al afirmar que rompían brutalmente con una geografía “empirista e inútil” que, de cualquier forma, constituye sus raíces. Hoy, la realidad parece exigir una postura más cuidadosa, donde los “cientistas” sociales deben negar las teorías definitivas y las ortodoxias, por no dar cuenta de las transformaciones y de la complejidad de lo real, sin caer por eso en el empirismo del que ya mucho nos acusamos (Haesbaert, 1988: 92).

Durante los estudios de maestría también fue importante el diálogo –aunque con serias divergencias– con el geógrafo Aluizio Capdeville Duarte, director “a distancia” de mi tesis de pregrado y autor de uno de los primeros artículos síntesis, desde el punto de vista teórico, en Brasil sobre la trayectoria del concepto de región (Duarte, 1980). Inspirado en parte en este diálogo, Paulo César da Costa Gomes, compañero importante de los debates que tuvieron lugar durante los estudios de maestría en la Universidad Federal de Río de Janeiro desde 1982, también terminó desarrollando su tesis sobre la cuestión regional desde un punto de vista teórico (Gomes, 1988). A partir de la distinción entre posiciones “iluministas” y “románticas” en la geografía, realizó una crítica aún más contundente a las posturas de Duarte.

Concluida la tesis de maestría en 1986 proseguí, de cierta forma, involucrado con cuestiones regionales, aunque desde otras escalas.

En este marco, la tesis de doctorado se convirtió en una lectura renovada de lo regional a través del análisis de aquello que denominé “red regional” construida por los migrantes del sur, instalados en el interior de Brasil. Tomé como primera referencia empírica el espacio ocupado por ellos en la región Nordeste, en especial, en el área de los cerrados<sup>1</sup> del oeste de Bahía y sur de Piauí (Haesbaert, 1997). El proyecto que desarrollé posteriormente, financiado por el Consejo Nacional de Investigación de Brasil (CNPq), tampoco dejó en segundo plano la región, discutida, por ejemplo, a partir de la nueva y compleja configuración regional transfronteriza constituida de forma manifiesta por la presencia de migrantes brasileños en los países vecinos del Mercosur (Haesbaert, 1998c, 1999a). Por último, más recientemente, regresaría a la temática regional por medio de un trabajo conjunto con el Grupo Retis, dirigido por Lia Machado, con sede en la Universidad Federal de Río de Janeiro. En dicho trabajo regionalizamos la faja de la frontera brasileña dentro de un proyecto de consultoría junto al Ministerio de la Integración Nacional (Brasil, Ministerio de la Integración Nacional, 2006).

La iniciativa de este libro resultó, en gran parte, del estímulo recibido de mis alumnos. Para su realización, me aseguré de contar con un número razonable de artículos ya producidos sobre la cuestión desde 1999, y que, agrupados en un sentido cronológico y/o temático, de acuerdo con la comprensión del abordaje, pudieran configurar una antología. Sin embargo, al principio, al releer con más atención algunos de ellos, percibí que podría reestructurarlos sin mucha dificultad –tarea que luego se reveló mucho mayor– y, en una nueva secuencia e interrelación, construir un razonamiento lógico mínimamente coherente, capaz de configurar de ese modo un discurso más amplio e integrado.

Trabajos anteriores sobre la dinámica de la globalización (Haesbaert, 1998a, Haesbaert y Porto-Gonçalves, 2006) se pueden tomar aquí como un telón de fondo para este debate sobre la región y la regionalización a la luz de la relación entre lo regional y lo global. Entendidos dentro de una dinámica múltiple, al mismo tiempo general y fragmentadora, los llamados procesos globalizadores no simplemente la “producen”, sino que también están inmersos en integraciones y rupturas, aperturas y clausuras, inclusiones y exclusiones. Ellos

---

1 El cerrado es un ecosistema de Brasil que equivaldría a una sabana tropical. Este ecosistema se extiende por el Distrito Federal, los estados de Goiás, Mato Grosso, Mato Grosso del Sur, Tocantins, el oeste de Minas Gerais y de Bahía, el sur de Maranhão, Piauí y por algunas porciones menores de Rondônia, Pará, San Pablo y Paraná. Su biodiversidad en el oeste y norte del país está amenazada por el proceso de sojización, a cargo de los migrantes del Sur que describe Haesbaert (Nota de la Revisora).

moldean y son moldeados por diferenciaciones y contextos geográficos que, en articulaciones complejas, rediseñan profundamente las “regiones” del mundo en sus diversas escalas.

Para la estructuración de este trabajo tomamos como eje inicial el artículo “Região, Diversidade Territorial e Regionalização”, escrito en 1999 y que para la época trazaba un balance justamente sobre los desafíos que planteaba la regionalización, en un mundo dominado por las relaciones que parecían entrelazar directamente los niveles local y global. La organización de este artículo, desde nuestro punto de vista bastante didáctica –en especial porque partía de una síntesis de nuestro primer curso en el Programa de Posgrado en Geografía de la Universidad Federal Fluminense que había impartido en el mismo año–, acabó sirviendo de base para la integración de otros trabajos, posteriores, más específicos, en particular “Morte e Vida da Região” (2003), “Desterritorialização, Multiterritorialidade y Regionalização” (2004b), “Região: Trajetos e Perspectivas” (2005) y, finalmente, “Região y Regionalização num Mundo Des-Territorializado” (2007b). Espero que esta reestructuración, que profundiza en algunas de las propuestas más relevantes, especialmente en aquellas más recientes, resulte en una síntesis coherente (y consistente), y que pueda contribuir con nuevos puntos de referencia dentro de la gran polémica de lo regional en la agenda contemporánea.

Cabe destacar que cada uno de estos trabajos que producimos y que, reelaborados, resultaron en este libro, fueron realizados a partir de la invitación y/o el diálogo con compañeros a quienes debo agradecer, especialmente, a los organizadores y ponentes del 4.º Seminário do Pensamento Geográfico (Unesp-Presidente Prudente, 2001), del XXII Encontro Estadual de Geografia (AGB-Puerto Alegre, Río Grande, 2002), del Seminário Brasil Século XXI: por uma nova regionalização? (UFF-Niterói, 2004), de las Primeras Jornadas de Economía Regional Comparada (FEE e PUC-RS, Puerto Alegre, 2005), del Simpósio Pierre Denis (IBGE, Río de Janeiro, 2006) y de la 58.ª Reunião de la SBPC, sesión organizada por la Anpur (Florianópolis, 2006).

Quiero fundamentalmente agradecer las críticas y sugerencias a diferentes partes de este trabajo efectuadas por distintos colegas, sobre todo por Renato Leda, de la Universidad del Estado de Bahía (UNEB), y por doctorandos de la Universidad Federal Fluminense, en especial a Elias Lopes. Renato y Elias realizaron una atenta lectura de la primera versión de este trabajo, e hicieron contribuciones muy relevantes tanto en términos formales como de contenido. Por otro lado, Carlos Walter Porto-Gonçalves, Lia Machado y Helion Póvoa Neto aportaron importantes referencias bibliográficas. Simon Hutta,

doctorando de la Open University, fue siempre solícito en el envío de artículos que yo, reiteradamente, le demandaba. Por último, los amigos Peter, Haremi y Antonio constituyeron un apoyo inestimable en mis estadias en Londres y en la Biblioteca Británica. Para esta edición en español, como afirmamos en la presentación, tuvieron papel fundamental Juan Manuel Delgado, José Ángel Quintero y Perla Zusman. A todos ellos, mi más sincero agradecimiento.

## Capítulo 1

# REGIÓN Y REGIONALIZACIÓN: LA TRAYECTORIA DE UN DEBATE

*No pensamos que la región haya desaparecido.  
Lo que se desvaneció fue nuestra capacidad de  
reinterpretar y de reconocer el espacio en sus  
divisiones y recortes actuales, lo cual nos desafía a  
ejercer plenamente la permanente tarea de los inte-  
lectuales, esto es, la actualización de los conceptos.*  
(Santos, 1994: 102)

La cuestión regional retoma hoy su fuerza, en primer lugar, por la proliferación efectiva de regionalismos, identidades regionales y de nuevas-viejas desigualdades regionales (que, de una u otra manera, deben ser atacadas por políticas de base regional), tanto en el plano global, más amplio, como en el intranacional. En este sentido, a pesar de la proclamada globalización homogeneizadora, lo que vemos, concomitantemente, es una permanente reconstrucción de la heterogeneidad y de la fragmentación mediante nuevas desigualdades, y la recreación de la diferencia en los diversos rincones del planeta. Por otro lado, la cuestión resurge en las ciencias sociales en función de varios debates académicos. De esta forma se hace evidente desde corrientes, como el posmodernismo y el posestructuralismo, un cierto retorno a las singularidades y a lo específico. Dichas corrientes, con el prefijo *pos-*, más que un futuro efectivamente nuevo que se anuncia evocan características de un pasado que se desvanece. Se explicita así la crisis social y de paradigmas en la que estamos sumergidos. Ello exige, como mínimo, un constante cuestionamiento de nuestras proposiciones conceptuales.

Sin embargo, la relevancia de la cuestión regional no está ligada solo a la realidad concreta y al debate académico que intenta responder a ella. En el ámbito académico, al lado de esta “nueva geografía regional” que pretende amalgamar bajo nuevas formas lo teórico y lo empírico, lo general y lo singular, lo analítico y lo sintético, tiene lugar también la proliferación de las que podemos denominar *geografías regionales populares*, en el marco del fortalecimiento del interés por las singularidades que marcan el espacio geográfico. De modo similar, el discurso de los medios de comunicación y la formación del sentido común alimentan la revalorización de lo “regional”, aunque este concepto se entienda de formas muy distintas. Una muestra de ello es la creciente difusión de revistas y documentales como los de la *National Geographic*, que expandió su mercado entre las décadas de 1990 y 2000, con el lanzamiento de su versión en idiomas como el francés y el portugués. Para completar, una de las áreas que, sin duda, más han estimulado la mirada sobre la diversidad territorial por medio de la valorización y/o de la re-creación de la diferencia (cuando no de lo “exótico”) es el turismo, uno de los sectores más dinámicos de la economía contemporánea.

Para algunos, la nueva valoración de lo regional tiene lugar en la globalización de los mercados y de las comunicaciones. En este caso, este proceso se interpreta como una revalorización de lo “local” singular, de la diferencia. Para otros, la nueva “regionalización” (o también los “nuevos regionalismos”) se tomaría un contrapunto a la globalización, mediante grandes uniones comerciales –como si los mercados comunes, obviamente, no se insertaran como bases para la articulación con los circuitos globales de la economía capitalista–. En este sentido, no cabe duda de que al tradicional énfasis en el debate regional formulado especialmente dentro de las fronteras del Estado (por ejemplo, la discusión que contrapone la centralización estatal a las autonomías regionales) y que involucró hasta a los geógrafos “regionales” fundadores, como Paul Vidal de la Blache, viene hoy a sumarse, cada vez con más fuerza, la discusión de lo regional (y/o de lo local) frente a los procesos de globalización.

Si nos referimos al ámbito epistemológico, podemos verificar que en la geografía, detrás de discusiones como aquella que tiene lugar entre globalización y “fragmentación” (o, para otros, “regionalización”), se despliega uno de sus grandes dilemas: aquel que se establece entre la llamada geografía general o sistemática y la geografía regional o temática (“especial”, para un geógrafo clásico como Bernard Varenus), tal vez solo equiparable en su relevancia al debate entre geografía Física y geografía Humana. Se trata, de una manera aún amplia, de la disputa entre dos grandes núcleos epistemológicos: el nomotético,

fundado en el racionalismo y en la objetividad “científica”, y el ideográfico, fundado en el “empirismo”, en el sentido amplio del término, que se refiere al mundo de la experiencia y de la sensibilidad.<sup>1</sup>

Algunos autores sostienen que se trata de un proceso hasta cierto punto cíclico en las ciencias sociales, tal vez aún más determinante en el caso de la geografía, donde dichas corrientes empiristas (que de alguna forma valorizan más la llamada geografía regional) son sucedidas por corrientes con mayores pretensiones teóricas, más racionalistas (que otorgan más énfasis al carácter general o sistemático de la geografía), como si una fuera necesaria para, al mismo tiempo, desafiar y realimentar a la otra, lo que demuestra, también, su inexorable imbricación.

Los términos pueden ser diversos y no siempre sinónimos: empirismo y racionalismo, romanticismo e iluminismo (Gomes, 1988), realismo y constructivismo (Agnew, 1999), positivismo e historicismo (Capel, 1981, 1983), pero señalan la posibilidad –también dentro de muchas limitaciones y bajo el riesgo de lecturas dicotómicas– de un “enfoque pendular” dentro de la geografía, como propone Capel (1981). Según este autor, posiciones de tendencias más racionalistas/deductivas y empiristas/inductivas se alternan, a tal punto que se puede afirmar que

La evolución del pensamiento geográfico a partir del siglo XVIII puede entenderse en términos de una oposición recurrente entre actitudes “positivistas” e “historicistas” que –aunque seguramente siempre han estado presentes– han ido predominando de forma sucesiva. Se trata, muy probablemente, de dos enfoques irreductibles pero, a la vez, complementarios. (1983: 38)

En los últimos tiempos es posible reconocer la amplitud de la cuestión regional en el plano teórico, en términos disciplinarios, también fuera de la geografía. Regionalismos, identidades regionales y/o región y regionalización son, o fueron, abordados por la ciencia política (por lo

---

1 En sentido lato, el empirismo toma la experiencia sensorial como base del conocimiento. A partir del carácter singular o particular del conocimiento, puede distinguirse, *grosso modo*, un empirismo objetivo y uno subjetivo. Mientras el primero parte de la existencia objetiva de la realidad como fuente básica de la experiencia sensorial que asegura el conocimiento (un ejemplo geográfico sería la perspectiva de un “cierto” La Blache acerca de las relaciones entre el hombre y el medio), el segundo limita la experiencia a las propias sensaciones, pudiendo considerarlas como la realidad “objetiva” (algunos autores de la llamada geografía humanista estarían próximos a esta perspectiva). Desde luego, no se trata simplemente de un abordaje contrapuesto al racionalismo, como bien demuestra el positivismo clásico, cuyo cientificismo se basaba en la experimentación “empírica”, o sea, en un tipo de empirismo objetivo.



menos, desde el legado de Antonio Gramsci y la cuestión meridional italiana como problema regional)<sup>2</sup> así como por la economía regional (por ejemplo en los trabajos de Perroux, Boudeville, Richardson, Friedman e Isard), por la sociología (véanse textos como los de Bourdieu y Giddens), por la antropología, por la historia regional y por los estudios literarios. Esto, sin hablar de áreas ligadas a las ciencias naturales, donde comienzan a afirmarse conceptos híbridos como el de biorregión, a través del cual se da una correspondencia entre “identidad biofísica y cultural” (McGinnis, 1999; Carr, 2004).<sup>3</sup>

En la geografía en lengua extranjera observamos una revitalización de la geografía regional, principalmente, entre geógrafos de lengua inglesa como Gilbert (1988), Thrift (1990, 1991, 1993, 1996), Entrikin (1991, 1994), Hauer (1990), Murphy (1991), Storper (1995, 1997), Scott (1998), Agnew (1999, 2000), MacLeod (2001), MacLeod y Jones (2001) y Paasi (1986, 1991, 2002a, 2002b).<sup>4</sup> En Francia, cabe recordar la reedición de *Região, espaço vivido*, de Frémont (1999) y el compendio de *Initiation à la géographie régionale* de Claval (1993). En lengua alemana, hay que destacar la consistente obra de Benno Werlen (junto al artículo traducido al portugués: Werlen, 2000). Finalmente, en el caso de la geografía brasileña, debemos indicar tanto los trabajos producidos en las últimas dos décadas de nuestra autoría (Haesbaert, 1988, 1997, 1999b, 2002), como los de Corrêa (1986, 1995), Gomes (1988, 1995), Castro (1992), Egler (1995), Bezzi (1996), Albuquerque (1998), Heidrich (1999), Santos (1999), Silveira (1999), Lencioni (1999), Limonad *et al.* (2004), Lemos (2005), Arrais (2007) y Brito (2008).

A fines de los años ochenta, Gilbert afirmaba enfáticamente:

[...] los geógrafos están redescubriendo el estudio de lo específico. [...] la geografía está comenzando a ver aquellos sistemas y estructuras [a los que estaba enteramente dedicada] como localizaciones, y a reexaminar la especificidad de los lugares. [...] Este interés renovado por lo específico hace

---

2 Hoy, parcialmente revisitada, en especial por medio de las problemáticas que proponen las políticas de la Liga Norte italiana (véase a este respecto, en el ámbito de la geografía, Agnew [2002]).

3 Dentro del elenco múltiple de áreas que fuera de la geografía adoptaron y desarrollaron (a veces, de forma independiente) el concepto de región y/o de regionalización, ya en la década del sesenta, Grigg (1974 [1967]) identificó la Ecología vegetal, la fitosociología, la ciencia del suelo, la climatología, la antropología cultural, la sociología urbana, la historia económica y la economía.

4 Cabe destacar la colección de artículos sobre la región escritos entre 1974 y 2005 organizada por J. Nicholas Entrikin (2008) a la que solo tuvimos acceso cuando estábamos finalizando este libro. Sin embargo, para nuestra satisfacción, esta antología contenía una parte muy representativa de los artículos ya citados aquí.

resurgir algunos de los conceptos de los estudios regionales y puede así, ser interpretado como un retorno a la corología [y a los llamados estudios de área]. Sin embargo, debemos considerar [...] que la geografía regional practicada desde mediados de la década de 1970 es una nueva geografía regional. (Gilbert, 1988: 208)

Pero hay un camino más largo, e imprescindible, por recorrer antes de llegar a la “nueva geografía regional” contemporánea. Comencemos, entonces, por la etimología del término *región* y por los inicios de la formación de la geografía regional.

### 1. REGIÓN: LA POLISEMIA DEL CONCEPTO

La trayectoria del concepto de región está marcada por una gran polisemia y adquiere gran amplitud en el sentido común. Esta ambigüedad del término se refleja claramente en las definiciones presentes en grandes diccionarios, como el *Oxford English Dictionary* (Simpson y Weiner, 1989). Allí encontramos más de siete acepciones básicas de región. Aún más, en algunas de ellas aparecen subdivisiones. Este diccionario define *región* de forma genérica como: “direction, line, boundary, quarter, district, etc.” [dirección, línea, límite, manzana, distrito, etc.], término proveniente del antiguo verbo *regere*, ‘to direct’ (‘dirigir’, en el sentido de indicar la dirección), que en el inglés antiguo estaba asociado también a ‘to rule’ (‘comandar’, ‘gobernar’). A partir de ahí el diccionario trae las siguientes definiciones:

- 1a. “A realm or kingdom” [Dominio o reino] (superada).
- 1b. “A large tract of land; a country; a more or less defined portion of the earth’s surface [...]” [Una amplia extensión de tierra; un país; una porción más o menos definida de la superficie de la Tierra].
- 1c. (sin el artículo) “Land, territory” [Tierra, territorio].
- 1d. “An área, space or place of more or less definite extent or character” [Área, espacio o lugar con extensión o carácter más o menos definidos].
- 2. “The rule or government of a Kingdom” [Comando de un gobierno o reino] (superada).
- 3a. “A separate part or division of the world or universe, the air, heaven, etc.” [Parte separada o división del mundo o del universo, del aire, del paraíso, etc.]
- 3b. “A place, state or condition, having a certain character or subject to certain influences; the sphere or realm of something”.

[Lugar, estado o condición que posee ciertas características o que está sujeto a ciertas influencias; esfera o dominio de algo].

- 4a. “One of the successive portions into which the air or atmosphere is theoretically divided according to height [...]. Also similarly of the sea according to depth” [Una de las porciones sucesivas en las que se divide teóricamente el aire o la atmósfera de acuerdo con la altitud [...]. Algo similar también ocurre con el mar de acuerdo con la profundidad].
- 4b. “Climate” [clima] (rara).
- 5a. “An administrative division of a city or district” [División administrativa de una ciudad o distrito].
- 5b. “A relatively large subdivision of a country for economic, administrative or cultural purposes that freq. implies an alternative system to centralized organization [...]” [Subdivisión relativamente extensa de un país para propósitos económicos, administrativos o culturales, que frecuentemente implica un sistema alternativo a la organización centralizada].
- 5c. “An area of the world made up of neighbouring countries that, from an international point of view, are considered socially, economically or politically interdependent” [Área del mundo compuesta por países vecinos que, desde un punto de vista internacional, son considerados social, económica o políticamente interdependientes].
- 5d. “*Broadcasting*. A part of the country covered by a particular programme service or broadcasting company; transf., the company itself” [*Radiodifusión*. Parte de un país cubierta por un servicio de programa particular o compañía de radiodifusión; dicha compañía].
- 6. “A part or division of the body and its parts” [Parte o división del cuerpo y sus partes].
- 7. “A space occupied by a thing” [Espacio ocupado por alguna cosa] (Simpson y Weiner, 1989, vol. 17: 510).

La polisemia con que el término se revistió se hace bastante evidente a partir de concepciones muy amplias y de carácter gnoseológico, ligadas a la relación parte/todo, a dirección y localización, como se observa en las definiciones “esfera o dominio de algo” o “espacio ocupado por alguna cosa”. Por otro lado, el sentido más restringido, originalmente ligado a relaciones de poder, se vincula a la propia raíz del término, *regere*, ‘comandar’ (región como área de comando o reino).

Esta acepción fue perdiendo terreno de forma gradual, lo cual probablemente explique la relativa disminución de la importancia del concepto de región para comprender los procesos socioespaciales ligados a la esfera política. De hecho, pese a la recuperación de la significatividad de procesos como los regionalismos (eminentemente políticos) en la actualidad, el concepto de territorio acabó adquiriendo más eficacia y difusión.<sup>5</sup>

Esto no significa que menospreciemos el sentido político de la región y de los procesos de regionalización. Por el contrario, como veremos a lo largo de este trabajo, toda regionalización se debe considerar siempre como un acto de poder: el poder de recortar, de clasificar e inclusive, muchas veces, también de nombrar. Como ya sostenía Lacoste (1976), es necesario recuperar de una u otra manera el sentido de *regere* que otorgó contenido a la palabra región. Sin embargo, esto no significa ignorar la riqueza de los conceptos más “tradicionales”, como la llamada (de forma simplificada) “región lablacheana”, que Lacoste, de modo bastante genérico, consideró inicialmente como “concepto-obstáculo”.

No obstante, resulta muy interesante percibir la recurrencia de una característica fundamental: la de la región como parcela o “recorte” del espacio en múltiples escalas, desde el cuerpo humano (para la Biología y la Medicina [propuesta 6], pero también para la Filosofía, como en un ejemplo trabajado por Kant)<sup>6</sup> hasta el globo terrestre (regiones climáticas, geopolíticas, económicas, etc.), y el propio universo (concepción 4a), pasando por los niveles urbano (5a), intranacional o provincial (5b, 5d) y supranacional o continental (5c, 4a).

De hecho, una problemática que adquiere amplia centralidad en las discusiones geográficas desde los orígenes de la disciplina es justamente la que involucra el “recortar el espacio”, tanto para orientarnos en él como para analizarlo/comprenderlo. Es importante reconocer que la propia etimología del término *región* ya hace alusión al “recorte” o delimitación. Según el *Dictionnaire Étymologique de la Langue Latine* (Ernout y Meillet, 1967) el término *regio* “désigne les lignes droites tracées dans le ciel par les augures pour en délimiter les parties; de là le sens ‘limites, frontières’ et, par suite, ‘portion délimitée,

---

5 A este respecto, véase al final de este libro el apartado sobre la relación entre los dos conceptos: territorio y región.

6 A propósito, véase el comentario de Martins (2003: 43) sobre el texto *Sobre o primeiro fundamento da distinção das regiões no espaço*, de Immanuel Kant, escrito en 1768 y publicado en portugués en dos versiones, en la primera haciendo uso del término “regiones” (Kant, 1983), y en la segunda de “direcciones” (Kant, 2006). Ello demuestra la interesante ambigüedad que presenta el término en alemán, que puede significar al mismo tiempo “parte” (de un todo) y “dirección” (en el espacio).

quartier, région” (“designa las líneas rectas trazadas en el cielo por los augures [adivinos romanos] para delimitar las partes; de allí el sentido de ‘límites, fronteras’ y, en consecuencia, ‘porción delimitada, barrio, región’”) (Ernout y Meillet, 1967: 568). Por otro lado, al mismo tiempo que se refiere al límite, al área delimitada, debemos recordar que la raíz *reg-* indicaba también movimiento (en línea recta).

En analogía con la historia, podemos afirmar que, así como la periodización representa una cuestión central para los historiadores, la regionalización aparece como una problemática primordial para los geógrafos. Algunos estudiosos, como el historiador Fernand Braudel y los geógrafos Christian Grataloup y David Wishart (2004), teorizaron sobre estas intersecciones entre el espacio geográfico y el tiempo histórico, tanto en un sentido amplio como a partir de una perspectiva restringida de la regionalización y de la periodización. Los trabajos “Les régions du temps” y “Os períodos do espaço” de Grataloup (1991, 2006 [2003]) revelan en el título mismo esta indisociable relación entre los procesos de “recortar” el espacio y el tiempo. Grataloup (1991) llega incluso a proponer un ejercicio de pasaje de los conceptos de región y de los métodos de regionalización más conocidos de la geografía (regiones homogénea y funcional; regiones administrativa y “vívida”) hacia los métodos de periodización utilizados por los historiadores. En un artículo anterior (Haesbaert, 2002 [original: 1993a]), también realizamos un ejercicio de reflexión sobre las interrelaciones entre los diferentes “recortes” de tiempo y espacio, que configuran aquello que denominamos escalas espacio-temporales.

Así, pensar sobre la región es, ante todo, reflexionar sobre los procesos de regionalización. Estos se pueden considerar ya sea como simple procedimiento metodológico, como instrumento de análisis propuesto por el investigador, o como dinámicas efectivamente vividas y producidas por los grupos sociales. Incorporar el espacio como primera dimensión no significa –nunca está de más insistir en ello– que se trate de un espacio separado o separable de los sujetos que lo construyen: la regionalización debe estar siempre articulada en un análisis centrado en la acción de los sujetos que producen el espacio y en la interacción que ellos establecen, bien sea con la “primera” –cada vez más rara, como ya reconocía el propio Marx– o con la “segunda” naturaleza.

## **2. REGIÓN: DE LOS ORÍGENES AL PERÍODO HEGEMÓNICO**

Antes de introducirnos en la discusión acerca de los fundamentos de la diversificación del espacio geográfico contemporáneo y las nuevas conceptualizaciones que están siendo propuestas para la región/regionalización, es importante, aunque de forma sucinta, retomar las

raíces del análisis regional y del concepto de región. Nos interesa destacar los orígenes del abordaje regional y su preponderancia en gran parte de la llamada “geografía tradicional” hasta las primeras décadas del siglo xx. Esta “geografía tradicional” tiene mucho que enseñarnos sobre los caminos que están siendo o que pueden ser propuestos en la actualidad.

Entre las obras clásicas que realizaron reflexiones de naturaleza teórica sobre la transformación del pensamiento regional, sin duda, una de las pioneras y aún hoy una de las más importantes es “The Nature of Geography”, de Richard Hartshorne.<sup>7</sup> Publicada hace más de setenta años, en 1939, para muchos representa un hito en la construcción de la geografía moderna –o en el paso de una geografía marcada por un fuerte sesgo empirista a una considerada propiamente “científica”–. A pesar de tratarse de una obra que aborda la geografía desde diferentes perspectivas, claramente se posiciona a favor de la llamada geografía regional, objeto de algunos de los más importantes capítulos y apartados del libro.

Como reconocen Hettner, e inspirado en él, el “primer” Harshorne, muchos geógrafos, no solo en el contexto anglosajón, concibieron la geografía como el estudio de la diferenciación de áreas del mundo, una “ciencia corológica”. Tanto Hettner como Hartshorne, de una u otra manera, beben en la fuente kantiana; para este filósofo, a la geografía (y también a la historia) le estaba encomendado un papel fundamentalmente descriptivo, “ideográfico”.

Bajo esta inspiración, Hettner (2000) establece una distinción entre ciencias sistemáticas o cronológicas y ciencias corológicas.<sup>8</sup> Existirían dos tipos de “ciencias corológicas”: por un lado, aquella que estudia “el ordenamiento de las cosas en el espacio universal” como la astronomía, y, por otro, aquella que se ocupa del “ordenamiento del espacio terrestre o [...] de la superficie terrestre” (Hettner, 2000: 145), la geografía. Hettner justifica su opción de esta forma:

---

7 Sin embargo, no podemos olvidar que Hartshorne se inspira profundamente en Alfred Hettner. Su obra maestra, *Die Geographie: ihre Geschichte, ihre Wesen und ihre Methoden* [La geografía: su historia, su naturaleza y su método] (de 1927), infortunadamente no traducida al portugués, es un trabajo de base teórica fundamental en el que realiza una clara elección por la geografía regional, también como veremos más adelante.

8 Para un balance acerca de la contribución fundamental de Hettner a la geografía, véase, en portugués, Etges (2009) y, en alemán, el trabajo de referencia de Wardenga (1995).

[...] podemos afirmar que no se debe renunciar a la concepción, históricamente válida, de la geografía como ciencia corológica de la superficie terrestre o ciencia de los espacios terrestres, que se organiza sobre la base de sus diferencias y de las relaciones entre los diferentes puntos, no solo porque la lógica sistemática de otras concepciones no resulta ni históricamente comprobada ni prácticamente realizable sino que, por el contrario, constituye la exigencia de una sistemática de las ciencias lógicamente completa. (2000: 146)

Al final del segundo capítulo de “A Natureza da Geografia”, Hartshorne señala algunas consideraciones de Hettner y Sauer, y destaca que el abordaje que privilegia la diferenciación de áreas se registra, incluso, en los más antiguos geógrafos, como Heródoto y Estrabón. Por tal motivo, cree conveniente utilizar el término “corología”, en otras palabras, “ciencia de las regiones”.

Algunos autores conciben los “modelos” geográficos de Estrabón y de Ptolomeo como opuestos: el de Estrabón más histórico-descriptivo –y, por tanto, “regional”–, y el de Ptolomeo, más general, “considerado como matemático-cartográfico” (Gomes, 1996: 130). En realidad, la “geografía” de Ptolomeo ya albergaba en sí misma claramente esta diferenciación, aunque se basaba en la distinción entre los términos *geographia* (general) y *chorographia* (regional). Así, podemos afirmar que para Ptolomeo existe una “geografía general” (que él denomina simplemente como *geographia*, por englobar la “Tierra” como un todo) y una “geografía regional” (que él denomina como *chorographia*, por involucrar lugares específicos). Escrito en el segundo siglo de nuestra era, el primer apartado del “Libro 1” de “Geografía” se titula: “Sobre la diferencia entre *geographia* [mundial o general] y *chorographia* [regional]”. Así, Ptolomeo afirma:

La geografía mundial se constituye por medio del dibujo en una imitación [“copia”] de toda la parte del mundo conocido junto con las cosas que, de modo amplio, están conectados con él. Difiere de la geografía regional en que esta, como disciplina independiente, describe las localidades individuales, cada una en sí misma y de forma independiente. La geografía regional registra prácticamente todo, hasta el mínimo detalle, en aquel lugar (por ejemplo, puertos, ciudades, distritos, bifurcaciones de los ríos principales, etc.), mientras que la esencia de la geografía mundial es mostrar el mundo conocido como una entidad simple y continua, su naturaleza y cómo está situado, [considerando] solamente las cosas que se asocian a ella en sus líneas más amplias y generales (tales como golfos, grandes ciudades, los pueblos y ríos más importantes, y los elementos más notables de cada tipo).<sup>9</sup> (Ptolomeo, 2000: 57; traducción libre de la edición en inglés)

---

9 En el original en inglés: “World cartography is an imitation through drawing of the entire known part of the world together with the things that are, broadly speaking,

Ptolomeo resalta que para nosotros hoy estas dos “geografías” siguen principios distintos. Mientras la geografía mundial [*geographia*] presenta un carácter cuantitativo, la regional [*chorographia*] es más cualitativa. Metodológicamente hablando, en tanto que la geografía regional, o mejor dicho, la *corographia*, requiere estudiosos que dominen el diseño, pues implica esbozar paisajes, la *geographia* (general), abstracta, no presupone estos requisitos ya que está relacionada con “posiciones y configuraciones generales por medio, únicamente, de líneas y marcas” (Ptolomeo, 2000: 58), comenzando por la forma, el tamaño y la posición de la Tierra. Aunque en este momento ambas adquieren un carácter descriptivo, sin duda podemos afirmar que allí se encuentran los principios de dos tradiciones geográficas modernas: la nomotética, más abstracta, preocupada por las generalizaciones y después por el carácter “científico” de la geografía; y la ideográfica, más concreta, interesada en las singularidades y/o particularidades, y en la descripción del espacio.

Ya en los albores de la “era moderna” otro autor que debe ser recordado cuando hablamos de las bases de la distinción entre una geografía corológica, o regional, y una geografía sistemática, o general, es Bernard Varenius. Ya en 1650 consolidó los términos “geografía general” o “universal” y “geografía especial” o “particular”. En sus propias palabras:

Dividimos la geografía en general y especial o universal y particular. [...] La geografía general o universal es aquella que se ocupa de la Tierra en general y explica sus afecciones [*affections*]<sup>10</sup> sin considerar regiones particulares. La geografía especial o particular es aquella que muestra la constitución de regiones individuales de la Tierra: presenta un carácter

---

connected with it. It differs from regional cartography in that regional cartography, as an independent discipline, sets out the individual localities, each one independently and by itself, registering practically everything down to the least thing therein (for example, harbors, towns, districts, branches of principal rivers, and so on), while the essence of world cartography is to show the known world as a single and continuous entity, its nature and how it is situated, [taking account] only of the things that are associated with it in its broader, general outlines (such as gulfs, great cities, the more notable peoples and rivers, and the more noteworthy things of each kind)”. Ptolomeo utiliza los términos *geographia*, que el traductor inglés optó por traducir como *world cartography* y *chorographia* que fue traducido como *regional cartography*. Preferimos aquí las expresiones más usuales, *geografía mundial* y *geografía regional*, en función principalmente de las consideraciones que siguen.

10 En una nota, de donde tomamos esta cita, el traductor para el inglés explica: “el término *affection* para Varenius puede indicar una propiedad, un estado o una condición, una relación o influencia, o un cambio de condición. Por eso, con frecuencia es de difícil traducción, y se mantuvo siempre que apareció”. Recordamos que en portugués el término inglés *affection* también puede significar ‘talento’, ‘inclinación’.



dual pues abarca tanto los estudios corográficos como topográficos. La corografía se ocupa de la descripción de una región que presenta, por lo menos, un tamaño medio. La topografía describe una pequeña extensión de Tierra o un lugar.<sup>11</sup> (Varenius, 1981 [1664]: 279; traducción libre del inglés)

En cierto sentido, Varenius anticipa las apreciaciones atribuidas mucho más tarde al propio Hartshorne, según las cuales la región, además de base empírica de observación, es un campo de verificación de relaciones más generales, pues la “geografía especial, observando reglas generales, tiene en cuenta en el caso de las regiones individuales su situación [*site*], divisiones, límites y otros tópicos que deben ser conocidos” (Varenius, 1981: 277).

Según Vidal de la Blache, la obra fundamental de Varenius (reeditada luego por Isaac Newton), ya establece el principio según el cual las “reglas” o “leyes generales” orientan la especificidad de la “descripción particular” de cada área:

La geografía, dice él [Varenius], posee un doble carácter. Hay una geografía general –casi totalmente abandonada aún hoy– y una especial. La primera considera la Tierra en su conjunto, explicando las diferentes partes y los fenómenos generales; la segunda, *guiada por las reglas generales*, estudia cada área, etc. A partir de allí podríamos afirmar que el carácter doble indicado por Varenius es apenas aparente, pues la relación entre las leyes generales y las descripciones particulares que son su aplicación, constituye la unidad íntima de la geografía. (Vidal de la Blache, 2002 [1895]: 140; énfasis propio)

Aun cuando la discusión sobre la región en geografía se remonte a los orígenes de la disciplina, tal como lo ha reconocido Hartshorne, su “período clásico” se define con las figuras de Humboldt y Ritter en la primera mitad del siglo XIX. Para muchos, Ritter sería una especie de “padre fundador” de la geografía regional, si no de la propia geografía científica como un todo (carácter científico que, por lo menos en la lectura de Vidal de la Blache, ya estaría contemplado en la obra de Bernard Varenius).

Sin embargo, la distinción entre un Humboldt “geógrafo general” y un Ritter “geógrafo regional” debe ser cuestionada. Los amplios

---

11 En el original traducido aquí: “[...] We subdivide geography into general and special, or universal and particular. [...] General or universal geography is that which considers the earth in general and explains its affections without regard to particular regions. Special or particular geography is that which teaches the constitution of individual regions of the earth: it is twofold, consisting the corography and topography. Chorography is concerned with description of a region that is at least of medium size. Topography describes some small tract of the earth or a place”.

entrecruzamientos entre ambos hacen que esta resulte muy simplista. Muchos consideran que el segundo otorgó mayor énfasis al carácter “corológico” de la geografía. En cuanto a Humboldt, es importante recordar, como lo hace Schaefer (1977), su distinción entre una “descripción cosmológica” (la *cosmología* de base romántica próxima al arte) y la “ciencia” de la geografía, más sistemática y que Humboldt, contrariamente a Kant, sitúa al lado de las ciencias físicas y naturales.<sup>12</sup>

Según Hartshorne (1939), Ritter organizaba la enorme cantidad de información geográfica que acumulaba de acuerdo con el “principio corológico” o espacial (*räumliche*) y sus “relaciones coherentes”, definidoras del carácter de cada área. Así, se observa en Ritter la preocupación por trabajar con la geografía regional por medio de la especificidad de la interrelación entre fenómenos o elementos generales en cada área (o región).<sup>13</sup>

A lo largo de las primeras décadas del siglo xx, período de amplio dominio de la llamada geografía regional (además de la incomparable obra de Alfred Hettner, por desgracia inaccesible en portugués) tres geógrafos se destacaron en este debate: Paul Vidal de la Blache, Carl Sauer y Richard Hartshorne. Desde distintas perspectivas, estos autores insistieron en la “diferenciación de áreas” (o, si preferimos, en un sentido muy amplio, “regional”) como una cuestión fundamental en el trabajo del geógrafo. Sin embargo, La Blache, por lo menos en la fase que se convirtió en la más difundida de su trabajo, veía la región como “algo vivo”, una “individualidad” o también como una “personalidad geográfica”. Por su lado, Hartshorne la percibía más como un constructo intelectual y que, como tal, podría variar (inclusive en sus delimitaciones) de acuerdo con los objetivos del investigador.

Ya Sauer, con un grado de racionalismo que a veces parece situarse a medio camino entre aquel “primer” Vidal de la Blache y Richard Hartshorne, buscaba en la geografía regional una “morfología del

---

12 Para una interpretación de la complejidad del pensamiento de Humboldt, difícilmente reducible a un abordaje estrictamente “romántico”, semejante a la fusión que realizó entre “ciencia” y “arte”, véase, en portugués, el trabajo de Ricotta (2003). Para una aproximación a la amalgama romántico-racional también presente en Ritter, véase Gomes (1996), cap. 6.

13 Los términos “área” y “región” generalmente se confunden. Sin embargo, a partir de citar a otros autores, Hartshorne indica que también existe un debate conceptual sobre “área”. Según él, Sauer –en una analogía organicista– la trata como “algo corpóreo”, con su “anatomía” y con “forma, estructura y función” (Sauer, citado en Hartshorne, 1939: 431). Ya Bürger afirma que “la lucha sobre el concepto geográfico de área (*Erdraum*) fue una pugna por la validez de la ciencia geográfica en general [...] La geografía solo es esencialmente independiente si posee un concepto propio de área terrestre. Cuanto más significativo sea este concepto de área, mayor será el respeto por la ciencia de la geografía” (Bürger, citado en Hartshorne, 1939: 432).

paisaje”. Esta se preocupaba, al mismo tiempo, por las singularidades y por la comparación de esos “paisajes individuales” en un “sentido corológico pleno, esto es, en la ordenación de paisajes culturales”. Para Sauer, “La geografía regional es morfología comparada, el proceso de comparar paisajes individuales en relación con otros paisajes” (Sauer, 1998 [1925]: 60).

A pesar de sus divergencias con relación al enfoque regional, podemos afirmar que entre los tres autores se identifican los siguientes puntos comunes:

- la importancia dada a lo específico, a lo singular –aquello que “un cierto” La Blache (pues, como veremos más adelante, este autor presenta diferentes posiciones teóricas frente a la región), va a denominar “individualidad” o “personalidad geográfica” y Hartshorne, “diferenciación de áreas”–. A pesar de no ser partidarios de un empirismo estricto, basado en la descripción de características únicas, como sostienen muchas lecturas simplificadoras, ninguno de los tres autores es defensor explícito de un racionalismo lógico-analítico;
- el estudio integrador o de “síntesis” que permite percibir una cohesión/coherencia interna en la región. Ello involucra las múltiples dimensiones de lo que hoy tratamos como espacio geográfico, comenzando por las “humanas” y “naturales”.<sup>14</sup>
- la continuidad espacial. Ninguno de ellos trabaja con regiones fragmentadas o discontinuas, aunque La Blache, en la región “nodal”, admita superposiciones y Hartshorne, desde una perspectiva crítica, acepte la proposición de regiones discontinuas.
- la (relativa) estabilidad regional –aunque más visible en la obra inicial de La Blache–<sup>15</sup> se encuentra implícita en las

---

14 En palabras de Sauer, “Con esta preferencia por el conocimiento sintético de las áreas sobre la ciencia general de la tierra, concordamos toda la tradición de la geografía” (1998: 17). Para él, varios geógrafos, incluyendo a La Blache, habían reafirmado la “tradición clásica de la geografía como relación corológica” (1998: 21), por él también compartida, como se evidencia en su concepción de paisaje: “un área compuesta por una *asociación distintiva* de formas, tanto físicas como culturales” (1998: 23, énfasis propio). Sobre esta “síntesis” humano-natural, La Blache afirma que “una individualidad geográfica [...] no es una cosa dada de antemano por la naturaleza. [...] Es el hombre que, al someterla a su uso, ilumina su individualidad” (1994: 20).

15 Aun cuando se reconozca que “revoluciones económicas como aquellas que se multiplican en nuestros días imprimen una agitación extraordinaria al alma humana”, el La Blache del *Tableau* considera que “este disturbio no debe sustraernos del fondo de las cosas. [...] El estudio atento de aquello que es *fijo y permanente* en las

propuestas de Sauer y Hartshorne (obra que es una especie de revisión de su *The Nature of Geography* (Hartshorne, 1978), donde discute de modo más incisivo los flujos y las regiones funcionales).

- la relación entre región y una “mesoescala” de análisis, aspecto que no exactamente proviene del abordaje de estos tres autores sino de una tradición más amplia en geografía regional. Esta mesoescala estaría generalmente situada en un nivel sub- o infranacional y encuentra su referencia inmediata en el Estado-nación.

En verdad, más allá de estas propiedades generales y (relativamente) comunes, es importante destacar en estos clásicos, también, otros componentes de sus ricos abordajes. De hecho es posible identificar diversidad/complejidad de concepciones, muchas veces, en la figura de un único autor.<sup>16</sup> Se debe observar, entonces, que estos tres geógrafos propusieron métodos propios, a veces un tanto eclécticos, de análisis geográfico y, propiamente, regional, sin caer nunca en el simplismo de una propuesta eminentemente empirista. Sin embargo, en un sentido muy general y en particular en determinada fase de sus producciones, este método se podría considerar predominante.

Sauer, por ejemplo, al mismo tiempo que defiende un “método morfológico”, “empírico” (1998: 30-31) de estudio del paisaje, afirma también que el paisaje geográfico “no es simplemente una escena real vista por un observador. El paisaje geográfico es una generalización derivada de la observación de escenas individuales”, un “tipo”, pues el geógrafo “tiene siempre en mente lo genérico y procede por comparación” (1998: 24). Del mismo modo, Vidal de la Blache (1994 [1903]), siempre recordado por sus proposiciones empiristas, deja clara su preocupación por las relaciones más generales mediante expresiones como “los efectos incoherentes de las circunstancias locales son sustituidos por un concurso sistemático de fuerzas” y la “personalidad” geográfica “corresponde a un grado de desarrollo ya avanzado de relaciones generales” (Vidal de la Blache, 1994 [1903]: 20). Gomes (1996)

---

condiciones geográficas de Francia debe ser o debe convertirse más que nunca en nuestra guía” (1994 [1903]: 547, énfasis propio). Sin embargo, no pueden ignorarse distinciones como aquella que se identifica entre el La Blache del *Tableau* de 1903 y el de *Principios de Geografía Humana*, editado en 1921 (Vidal de la Blache, 1954, en edición portuguesa), con una de sus tres partes dedicada al análisis de la circulación.

16 Es importante resaltar que el énfasis “tradicional” otorgado a estos autores no significa ignorar la relevancia de otros (como Élisée Reclus) cuyos aportes a la geografía regional, a veces, han sido menospreciados.

pone el énfasis en esta interpretación más compleja del pensamiento lablacheano, “cruce de influencias”, y muestra también las ambigüedades del pensamiento de Hartshorne, el más racionalista de los tres.

Desde esta perspectiva, es muy probable que Paul Vidal de la Blache sea el autor con mayor versatilidad conceptual. Ozouf-Marignier y Robic (1995)<sup>17</sup> rescataron la complejidad del pensamiento regional lablacheano. Para ello relevaron minuciosamente su trabajo e identificaron, a partir de la selección de ocho obras, una serie de momentos a través de los cuales reelaboró el concepto de región. Proponemos reunirlos en tres grandes fases, que coinciden aproximadamente con tres concepciones distintas de región:

- a) Una primera fase, aún basada en un cierto determinismo físico-natural, que rechaza las divisiones político-administrativas como base para la regionalización y propone la valorización de las unidades fisiográficas (pero cuyo “elemento determinante” puede variar de una región a otra, en un clima, en otra geología, por ejemplo). Esta fase se hace visible, sobre todo, en la obra “Des divisions fondamentales du sol français” (Vidal de la Blache, 1888).
- b) Una segunda fase, en la que podemos identificar una especie de transición de la región de bases naturales hacia una región definida, sobre todo, por la acción humana o, por lo menos, resultante de la “relación hombre-medio”; representada, especialmente, por su obra clásica *Tableau de la Géographie de la France* (Vidal de la Blache, 1903), pero también por la conferencia “Les pays de France” (de 1904).
- c) Una tercera fase, en la que tiene lugar la introducción de la concepción de región económica y, de forma implícita, de región funcional, mediante la idea de “nodalidad”.<sup>18</sup> Esta se destaca

---

17 Las citas de este libro corresponden a la versión original del artículo en francés. Sin embargo hay una versión en portugués, publicada en la revista *GEOgraphia* N° 18 (2007).

18 “Aujourd’hui la *nodalité*, si l’on entend par cette expression nouvelle la réunion de tous les auxiliaires que réclame la vie commerciale et industrielle, l’emporte sur toute autre considération [...]”. [“Hoy la *nodalidad*, si entendemos esta nueva expresión como la reunión de todos los apoyos que exige la vida comercial e industrial, se sobrepone a cualquier otra consideración”] (La Blache, 1911, citado en Ozouf-Marignier y Robic, 1995: 49, traducción libre). Sin embargo, esta innovación en el pensamiento lablacheano no fue completamente ignorada. Grigg (1974 [1967]), por ejemplo, se remite a Wrigley (1965) para recordar que Vidal, “tan íntimamente asociado al concepto de *pays*, sugirió en 1917 que la manera más útil de estudiar la geografía regional en el futuro podría ser el [sic]

al final de su obra (1917), cuando considera que los límites de las regiones son fluidos<sup>19</sup> y la industrialización es la principal responsable de la configuración regional,<sup>20</sup> como se señala en su artículo “Régions Françaises”. (Vidal de la Blache, 1910)

Si, como hace Yves Lacoste, enfatizáramos el carácter geopolítico de la última gran obra de Vidal de la Blache, *La France de l'Est* (1994 [1917]), podríamos decir que también allí se explicita la relevancia del tratamiento regional a partir de la formación de los regionalismos, o sea, tomando en cuenta su dimensión política. Para finalizar, si consideramos con alguna concesión que la cuestión de la identidad regional ya estaba presente también en el tratamiento dado por Vidal a los *pays* franceses, el autor acaba, de alguna forma, recorriendo todas las grandes dimensiones abordadas por las concepciones geográficas básicas de región que aún hoy son materia de discusión. Es decir, el carácter pionero de La Blache va mucho más allá de las interpretaciones que normalmente se hacen de su obra. En general, estas se dividen entre un Vidal “nostálgico-ruralista”, tradicional, enfatizado por tantos (aun autores de renombre como Jacques Lévy [1999] y Nigel Thrift [1996]), y uno “modernista”, “urbano-industrial”, vinculado a la planificación estatal o también a la geopolítica.

### 3. MUERTE Y VIDA DE LA REGIÓN

Por medio del rico y múltiple legado de Vidal de la Blache, es posible constatar que la región nace ya condenada a idas y vueltas, desconstrucciones y reformulaciones. La historia del pensamiento geográfico, desde una aproximación bastante amplia, nos permite afirmar que la región “muere” y “resucita” (obviamente bajo “cuerpos” un tanto distintos) a través de los diferentes abordajes asumidos y/o propuestos por los geógrafos. Desde luego esto no quiere decir que estemos

---

de considerar el *hinterland* de una ciudad importante y sus relaciones con las aldeas tributarias” (1974 [1967]: 31).

19 “Lorsqu’il s’agit de région, il ne faut pas trop chercher des limites. Il faut concevoir la région comme une espèce d’auréole qui s’étend sans limites bien déterminées, qui encercle et qui s’avance” [“Cuando se trata de la región, no es preciso buscar mucho los límites. Es necesario concebir la región como una especie de aureola que se extiende sin límites bien determinados, que circunda y que avanza”] (La Blache, 1917, citado en Ozouf-Marignier y Robic, 1995: 52; traducción libre).

20 “L’idée régionale est sous sa forme moderne une conception de l’industrie: elle s’associe à celle de métropole industrielle” [“La idea regional, en su forma moderna, se vincula a una concepción de la industria: se la asocia a la metrópolis industrial”] (La Blache, 1917, citado en Ozouf-Marignier y Robic, 1995: 52; traducción libre).

defendiendo un proceso histórico lineal o “cíclico”, pues bien sabemos que, mientras se están proponiendo diferentes concepciones, las más antiguas no desaparecen, sino que conviven o se cruzan con estas nuevas creaciones –que, de este modo, nunca son completamente “nuevas”–. Así, cuando nos proponemos hablar de la “vida y muerte” de la región queremos reconocer que los grandes procesos o el telón de fondo sobre el cual se van rediseñando paradigmas y teorías, se fundamentan en nuevas bases o composiciones filosóficas.

En estas últimas dos (o tres) décadas, algunos han hablado de “muerte de la región”,<sup>21</sup> en el marco del mismo flujo de discursos que incluyen el “fin de los territorios” o el “fin del espacio” y, con él, una visión extremadamente simplificadora de la propia geografía (O’Brien, 1992; Virilio, 1997). Mientras que la idea del fin de los territorios se encuentra acoplada a la de la crisis del “sujeto territorializador” por excelencia o clásico que es el Estado-nación, el fin de las regiones se asocia a la creciente homogeneización (“capitalista”, “globalizadora”) que estaría llevando a la estandarización del propio espacio geográfico. Ello impediría o dificultaría el reconocimiento de singularidades “regionales” en un mundo cada vez más unificado por las redes comerciales de una sociedad culturalmente mundializada. Se trata de una perspectiva ya suficientemente analizada y criticada por diversos autores (entre ellos nosotros mismos, sobre todo en Haesbaert, 1998a).

Cabe aquí enfatizar, principalmente, el carácter epistemológico de la cuestión y destacar las idas y vueltas del concepto a lo largo del pensamiento geográfico. Esto no significa evidentemente ignorar su indisociabilidad de las transformaciones del contexto geo-histórico en el cual emerge y/o al cual aparece articulado. Este recorrido sugiere igualmente que, aunque aceptemos que la región está “muriendo”, debemos reconocer que este no es un hecho inusitado en la medida en que, en otros momentos en el pasado, también se decretó su “muerte”. Lo sorprendente es que, a veces, un mismo autor sostiene, al mismo tiempo, su “eliminación” y su “resurrección”.

De esta manera nos preguntamos ¿cuál es el sentido de decretar hoy el fin de las regiones? Nuestra problematización incorpora la idea de que la “muerte” de la región no es un hecho reciente. Su historia muestra irs y venires, “muertes” y “resurrecciones” recurrentes que, en últimas, manifiestan su firme resistencia. La mejor prueba de esto es que, paralelamente a los discursos de su “muerte”, aparecen

---

21 Véanse por ejemplo Gregory (1978: 171) y Smith (1988). Agnew (1999) habla de un “período de ‘extinción’ regional” en la década de 1990, especialmente alude a las regiones de la “metageografía” global.

casi concomitantemente y con idéntica frecuencia los discursos de su permanencia o de su renovación. Solo para citar algunos ejemplos: se habla de la “reconstrucción” de la geografía regional (Pudup, 1988; Thrift, 1983); del *revival* de la geografía regional (Paasi, 1986) y de una “nueva geografía regional” –anglo-francesa (Gilbert, 1988, ya citada aquí) o sin especificación nacional (Thrift, 1990, 1991)–.

Podemos identificar tres grandes momentos en los que se decretó la “muerte” de la región en geografía: el neopositivismo, el marxismo y, a falta de una expresión mejor, el “globalismo posmoderno”. A partir de allí, delinearemos los principales caminos que señalan su “resurrección” en las últimas dos décadas. Así, visualizamos, por lo menos, tres grandes vertientes interpretativas: el posestructuralismo en un sentido estricto, tanto desde una perspectiva materialista como idealista (o “discursiva”), la teoría de la (estructur)acción, especialmente aquella inspirada en Anthony Giddens, y las nuevas corrientes materialistas ligadas, sobre todo, a un marxismo bastante abierto y renovado –sin ignorar las posibles formas de amalgama entre esas diversas perspectivas–.

Si consideramos la trayectoria de la región a lo largo de la historia del pensamiento geográfico, fácilmente identificamos fases en que tiene lugar un rico proceso de construcción, destrucción y reconstrucción del concepto. Geógrafos brasileños como Corrêa (1986), Gomes (1988; 1995), Lencioni (1999) y nosotros mismos (Haesbaert, 1988, 1999, 2003), realizaron síntesis importantes de este recorrido conceptual. Nuestra intención aquí es retomar de manera sucinta este debate y priorizar sus momentos de manifiesta ruptura, esto es, los momentos en que, de alguna forma, se decretó la “muerte” de la región.

Ya hemos visto que la distinción entre una geografía general, sistemática o temática, y una geografía regional o “especial” nace con la geografía como un todo, pues, desde los antiguos griegos podemos distinguir una perspectiva con reflexiones más generales y otra de carácter más sintético y particularizado. Aún hoy, nuestros currículos universitarios reproducen claramente la dicotomía general-regional. A lo regional corresponde siempre el papel efectivo de la llamada “síntesis” geográfica, traducida en el estudio de áreas específicas donde se manifestaría la unidad entre lo físico y lo humano, entre lo urbano y lo rural, entre lo general y lo particular. Esta tarea rara vez se ha alcanzado con éxito; es probable que solo haya sido visibilizada por el trabajo de algunos autores, empezando por la citada obra precursora de Paul Vidal de la Blache, quien reconocía lo inadecuado de esta división:



No se puede cuestionar más [...] una antinomia de principio entre dos especies de geografía: una que, bajo el nombre de geografía general sería la parte verdaderamente científica; y la otra, que se aplicaría teniendo como hilo conductor solo una curiosidad superficial por la descripción de regiones. Cualquiera que sea el enfoque, son los mismos rasgos generales, en sus encadenamientos y en su correlación, que llaman la atención. (Vidal de la Blache, 1982 [1913]: 41)

A su vez, Hartshorne, después de las críticas recibidas por priorizar la geografía regional en detrimento de la sistemática en *The Nature of Geography*, décadas más tarde afirma explícitamente haber cambiado de posición y concluye:

La geografía no puede ser considerada dividida en estudios que analizan elementos individuales a través del mundo, y estudios que abordan complejos totales de elementos por áreas. Aquellos primeros constituyen, lógicamente, parte integrante de las ciencias sistemáticas respectivas, al paso que estos últimos son simplemente irrealizables. Todos los estudios de geografía analizan las variaciones espaciales y las conexiones de fenómenos en integración. No existe dicotomía o dualismo. [...] todo y cualquier estudio verdaderamente geográfico involucra el empleo de ambos criterios, lo temático y lo regional (pp. 128-129). Los estudios geográficos no se dividen en dos grupos, sino que se distribuyen a lo largo de un continuum gradual, desde los estudios temáticos de integración más elemental, en un extremo, hasta los estudios regionales de integración más completa, en el otro. (Hartshorne, 1978 [1959]: 152)

Otro sentido que muy comúnmente se asocia a la geografía regional tiene un carácter menos teórico-conceptual (o de método de interpretación) y más pragmático, como método de investigación en el sentido instrumental. Este siempre se refiere a los *procesos de regionalización* concebidos como procedimientos metodológicos efectuados por el propio investigador. Esta vertiente pragmática de lo regional deriva de la fuerte y ya antigua relación del trabajo del geógrafo con el aparato de Estado y con la economía, específicamente con los órganos de planificación territorial (incluida allí, desde luego, la planificación regional).

Para terminar, es interesante recordar que la fuerza de la geografía regional llegó a tal punto que se erigió en el fundamento paradigmático de la disciplina, principalmente de la llamada geografía clásica de tradición francesa y también, en parte, de la geografía alemana. La influencia de la geografía alemana alcanzó a la geografía norteamericana de Carl Sauer y, posteriormente, a la de Richard Hartshorne y Derwent Whittlesey. En este período existe al menos una visión de la geografía regional como núcleo-clave de la geografía. Por tal motivo

se otorga énfasis a la influencia de este abordaje en el pensamiento geográfico como un todo. De allí el hecho de que la región se hubiera transformado, podríamos decir, en el concepto más pretencioso de la geografía, “síntesis” de los múltiples componentes del espacio geográfico. Se buscaba así dar cuenta de todas las dimensiones del espacio, como si para muchos la región condensara de forma más coherente, o incluso más profundizada, una concepción de la espacialidad acorde con el trabajo del geógrafo.

El ir y venir de los conceptos a lo largo de la historia de un campo de conocimiento es revelador, no tanto de la búsqueda de nuevas expresiones, de nuevas palabras, sino, sobre todo, de los nuevos contenidos que estas palabras conllevan. Estos contenidos son capaces de expresar las transformaciones de la realidad. Como afirmaba ya en 1978 Milton Santos:

Los progresos realizados en el dominio de los transportes y de las comunicaciones, así como la expansión de la economía internacional –que se “generalizó”– explican la crisis de la noción clásica de “región”. Si aún pretendemos mantener la denominación, estamos obligados a redefinir la palabra. (2008 [1978]: 9-10)

En la actualidad, la hegemonía que adquiere el concepto de territorio en geografía –por lo menos en las geografías latinas (y sobre todo en América Latina), ya que en la anglosajona domina el concepto de lugar– se aproxima a aquella que revestía el concepto de región a inicios del siglo xx. Desde nuestro punto de vista, esto no significa que tengamos que sustituir el concepto de región por el de territorio, como, directa o indirectamente, terminan haciendo algunos autores. Más bien se trata de verificar de qué perspectivas o de qué cuestiones ellos (aún) son capaces de dar cuenta.<sup>22</sup>

Veamos entonces, aunque de forma sucinta, cómo el concepto de región fue presuntamente suplantado y rescatado una y otra vez en aquello que denominamos, de modo simplificado, sus tres “muertes” a lo largo de la historia del pensamiento geográfico. Reflexionar sobre estos momentos ayuda a entender por qué creemos que su rehabilitación permite, al menos en parte, dar cuenta de la dinámica socioespacial contemporánea.

---

22 Sobre la relación de “atracción y repulsión” entre los conceptos de territorio y región, véase el capítulo 3 de este libro, “La región en una ‘constelación’ de conceptos: espacio, territorio y región”.

### 3.1. MUERTE Y VIDA DE LA REGIÓN DESDE UNA PERSPECTIVA NEOPOSITIVISTA

En geografía, el paradigma regional clásico, empirista y, sobre todo, de raíces alemanas y francesas, se mantuvo (dependiendo de cada país) hasta las décadas de 1950 y de 1960. Los primeros que decretaron la muerte de la región propia de la perspectiva clásica –o por lo menos, quienes lo hicieron de modo enfático– fueron los llamados geógrafos cuantitativistas o neopositivistas. Se trata del pasaje del paradigma corológico clásico, también llamado de “diferenciación de áreas”, hacia el espacial o de la clasificación de áreas.

En este sentido, el artículo de Schaefer de 1953, construido básicamente en contraposición al paradigma regional hartshorneano, actuó como marco.<sup>23</sup> A pesar de reconocer la indisociabilidad entre una geografía regional y una sistemática, en sentido amplio, él acusa a la geografía “corológica” de sobrevalorar lo regional en detrimento de lo sistemático. Las raíces de este abordaje estarían en la “geografía” de Kant,<sup>24</sup> cuando este afirma el carácter descriptivo o, en la expresión de Schaefer, el “excepcionalismo” de la geografía, imposibilitada, junto con la historia, para alcanzar un nivel “científico” y condenada a ser un conocimiento ideográfico, de la “unicidad” (calidad de ser “único”) de los fenómenos. Hartshorne, a su manera y pretendidamente inspirado en Hettner,<sup>25</sup> habría seguido un recorrido semejante. Así, dice Schaefer:

Para Kant, la geografía es una descripción; mientras que para Hartshorne, es ‘ciencia ingenua’ o, más bien, si aceptamos su acepción de ciencia, una descripción ingenua. Como se podría esperar de esto [...], los estudios regionales constituyen para Hartshorne, el corazón de la geografía. [...] La geografía, según Hartshorne, es esencialmente idiográfica. En el momento en que una ley es descubierta o aplicada se abandona el campo de la geografía. (1977 [1953]: 31)

---

23 Para un balance del debate Schaefer-Hartshorne, véase “O artigo de Schaefer e a resposta” (Johnston, 1986: 74-83). Es importante recordar que, como Schaefer falleció antes de que su artículo fuera editado, las respuestas de Hartshorne (la principal de ellas, su libro *Perspectives on the Nature of Geography*, Hartshorne, 1978(1959)) no representaron un debate en sentido estricto.

24 La “Introducción” de la *Geografía* de Kant en portugués, justamente aquella en la que se encuentra la larga cita utilizada por Schaefer en su artículo, puede verse en Kant (2008). Una lectura compleja del pensamiento de Kant en relación con la geografía se puede encontrar en Vitte (2007).

25 “Pretendidamente” inspirado porque, según Schaefer, la base ideográfica del posicionamiento de Hettner solo se fundamentaba en el carácter selectivo y parcial de las citas de Hartshorne. De hecho, el propio Hettner podría también ser indicado con el fin de apoyar el abordaje nomotético (a este respecto, véase la larga cita de Hettner que se encuentra en Schaefer [1977: 15-16]).

Pero aun los geógrafos “teóricos”, desde su visión científicista de la disciplina, siguiendo moldes neopositivistas, acabaron rehabilitando el concepto de región sobre otras bases. El propio Schaefer, en su famoso artículo de 1953, no excluía la región *tout court*, sino fundamentalmente aquella perspectiva ligada a la “corología” o “diferenciación de áreas”. Para él, queda clara la posibilidad de retomarla a través de tipologías. De esta manera sustituye la “diferenciación” por la “clasificación” –cada región configura un “tipo” o “clase” de área–. Afirma Schaefer:

Un tipo es más que una clase. Una clasificación inteligente o bien anticipa o bien se basa en algún tipo de leyes. [...] Una vez que se ha aclarado la noción de tipo, al reconocerse que no es ni más ni menos que una fructífera clasificación, se está a un paso de conseguir la clave de uno de los conceptos fundamentales de geografía: el de región. Una región se define convencionalmente como un área homogénea respecto a dos *categorías* de fenómenos. (1977 [1953]: 32; énfasis original)

Sin embargo, muchos consideran que reducir la región a “tipos” o “clases” de área prácticamente significa decretar su muerte. Allí, la región se limitaría a ser un instrumental metodológico, a ser una operacionalización de “regionalización”, en un sentido amplio y abstracto. Así, Grigg (1974) desarrolla toda una argumentación a favor de concebir la regionalización como una actividad análoga a los procesos de clasificación de área y, por lo tanto, concibe la región como una clase de área. Involucrado directamente en el debate acerca de la “cientificación” de la geografía por medio de la lógica formal, Grigg simpatiza con los principios taxonómicos utilizados por las ciencias naturales (los “diferentes campos donde sea estudiada la distribución espacial de los fenómenos”):

Si ahora aceptamos la posición según la cual la clasificación y la regionalización son normas análogas [...] podemos llevar esta argumentación a un nivel más avanzado. De esta forma, las normas taxonómicas fundamentales tienen por base las normas de clasificación y división de la lógica formal. La clasificación se puede considerar provechosa en términos de lógica formal para clarificar algunas de estas cuestiones y esto es muy útil cuando se aplica a un campo en particular [...]. (Grigg, 1974: 25)

Para Grigg, la concepción de región como “organismo” en la visión naturalista de Herbertson (1913), como una “entidad genuina” como deseaba Hartshorne en *The Nature of Geography*, o como “objeto concreto”, por lo menos desde mediados de los años cincuenta, estaba completamente superada. La posición de Grigg se basa en Whittlesey, quien en un artículo de 1954 sostenía que “la aceptación de la región como realidad objetiva [...] es completamente rechazada”, la región y la

regionalización se reducían entonces a “un procedimiento para aislar características de las áreas” (Whittlesey, 1954: 44).

Se parte del supuesto de que la clasificación en sentido estricto es un agrupamiento de objetos (municipios o unidades estadísticas, por ejemplo) que toma en cuenta las semejanzas que tienen que ver con sus propiedades (se configuran así “regiones uniformes”) o con sus relaciones (análogas a las “regiones nodales” o polarizadas). Se selecciona una “característica diferenciadora”, común a todos los objetos, a fin de agruparlos en clases. A su vez, estas clases se pueden jerarquizar en diversos “órdenes”, cada uno con un número  $x$  de “tipos” o “regiones”. Un proceso similar, pero inverso, es el de la división lógica, valorizada por Grigg. Se inicia con el “universo” general y, a partir de un determinado principio, se establecen “especies” que se asemejan a una categoría de clases. Aquí, según el autor, “en vez de buscar semejanzas, estamos buscando diferencias, y en lugar de componer estamos descomponiendo”.

Se trata de dos métodos que componen la clasificación en su sentido amplio: uno inductivo, “sintético”, por “agregación”; otro deductivo, “analítico”, por “subdivisión”. Ambos se consideran relevantes para la elaboración de “clasificaciones científicas” –una vez más, Grigg cita tanto a la geografía como a las ciencias naturales–. Sin embargo, finaliza optando por la “regionalización analítica”. En efecto, ella permitirá la construcción de modelos, cuya esencia, resalta el autor, es siempre exploratoria, por lo que deben ser probados constantemente.

En verdad, la región como clase de área terminó constituyendo una enorme simplificación con relación a la riqueza de manifestaciones y de complejidad que tradicionalmente ofrecía la región geográfica. Este abordaje menospreciaba el trabajo de campo y consideraba más objetiva la fuente de datos estadística, matemática. A ello podemos agregar el enorme empobrecimiento de la “narrativa geográfica regional”. Denominamos a este proceso como el pasaje de la “región individuo” (o “personaje”, para utilizar una terminología lablacheana) a la “región sin identidad”:

Se creía que el rigor científico estaría asegurado por la precisión de los análisis cuantitativos y por el método teórico-deductivo, lo que resultaba en  $n$  regiones o tipologías espaciales, moldeables de acuerdo a los objetivos del investigador. Muchos autores encontraban allí las bases de la desaparición de la región, o simplemente no les parecía relevante un concepto que en el análisis geográfico estaba íntimamente asociado a la corriente mayoritaria de la geografía tradicional. (Haesbaert, 1988: 17)

Sin embargo, es interesante observar que esta visión que vincula estrechamente la regionalización con el instrumento analítico y la región

con el recorte espacial producido por medio de este método (una especie de región *a posteriori*, pues se trata de un producto que se diferencia conforme a los principios de regionalización adoptados por el investigador) no se restringió exclusivamente al enfoque neopositivista. De hecho, con frecuencia otras líneas teóricas la defendieron, directa o indirectamente.

Una lectura que deriva del abordaje neopositivista de la región (basada en la clasificación hecha tomando en cuenta la semejanza de relaciones, ya mencionada), pero que, como ya vimos, se inspiraba en la geografía lablacheana (mediante su noción de nodos que, a su vez, tiene raíces en la obra de Mackinder), y que, de cierta forma, representa una “resurrección” de la región en el interior de dicha corriente, es la que se vincula a un cierto funcionalismo. Esta concibe el espacio como un sistema de flujos en el que cada parcela o subsistema desempeña un conjunto específico de funciones. Aparecen así las “regiones funcionales”, inspiradas también en la teoría del lugar central de Christaller. En ellas un centro polarizador urbano extiende su radio de influencia sobre un espacio “regional”; también se admiten zonas de superposición con otras regiones funcionales.

Se establece así una distinción, no necesariamente dicotómica, entre las llamadas “regiones homogéneas” o “uniformes” y las “regiones funcionales” o “polarizadas”. Estas se presentan de forma simplificada y resumida en el cuadro 1, que retomaremos en otro apartado de este libro.

**Cuadro 1. Regiones homogéneas y regiones funcionales**

	<b>Región homogénea</b> (principio de homogeneidad)	<b>Región funcional</b> (principio de cohesión)
Propiedades básicas	Uniformidad Estabilidad ("fijos", espacios zonales, yuxtapuestos) "Realidad horizontal" (De Jong)	Organización/cohesión Movilidad ("flujos", espacios reticulares, sobrepuestos) "Realidad vertical" (De Jong)
Fenómenos privilegiados	Acciones en área	Acciones en red
Método de regionalización	"Diferenciación" o "clasificación de áreas" (Hartshorne, Grigg)	Jerarquización de polos y flujos (centros y periferias)

En este cuadro se identifican dos grandes principios, distintos pero complementarios, que terminaron caracterizando buena parte de los debates sobre la región y la regionalización. Podríamos afirmar que ellos tienen su origen en dos de los conocidos “principios” generales de extensión y de conexión de la geografía: el de la homogeneidad

o uniformidad y el de la cohesión regional (funcional, en este caso). Mientras el abordaje zonal prioriza la consideración de los fenómenos en un área (o superficie), el reticular prioriza la aproximación a los fenómenos en red o los flujos.

Sin embargo, es importante recordar que los llamados principios de extensión y conexión también se pueden trabajar empezando por priorizar solo una de estas dos lógicas, digamos la zonal. Por ejemplo, en la tradicional regionalización en regiones naturales, propuesta por Fábio Guimarães (1978 [1941]), estas solo se pueden determinar “luego del análisis de la distribución de los hechos geográficos y de las influencias recíprocas que estos hechos ejercen entre sí, *en una extensión dada*” (Guimarães, 1978: 324; énfasis original). El enlace, entre los “principios” de la extensión y de la conexión, defendido por él, adquiere un carácter muy relativo. En realidad la “conexión” implica aquí sobre todo interrelación entre fenómenos en un área. Esto quiere decir que la interrelación tiene lugar a partir de la “conexión” (“superposición”, en términos más estrictamente cartográficos) entre regiones elementales (clima, relieve, vegetación, por ejemplo). De esta manera es capaz de formar una región compleja o “natural” en un sentido estricto.<sup>26</sup> De cualquier modo, sin duda se trata de consideraciones que, por medio de lecturas asociadas que retomaremos con más detalle en las conclusiones de este trabajo, animan el debate geográfico hasta la actualidad.

### 3.2. MUERTE Y VIDA DE LA REGIÓN DESDE UNA PERSPECTIVA MARXISTA

Si la llamada geografía cuantitativa representó el primer momento de muerte y resurrección de la región, el segundo vino con la geografía crítica de fundamentación marxista, que, de cierto modo, comienza “matando” la región de la geografía regional clásica de matriz francesa. En este sentido, es bien conocido el texto-capítulo de Yves Lacoste (1976), “La mise en place d'un puissant concept-obstacle: 'la region'”. En una versión posterior (traducida al portugués en 1988), este término se transformó en “región-personaje”, subentendiéndose así que no se trataba de cualquier concepto de región.

---

26 Guimarães (1978 [1941]) también sugiere no confundir “uniformidad” y “unidad”. La uniformidad efectiva, en cuanto homogeneidad regional entre múltiples dimensiones (aun cuando tengamos en cuenta solo aspectos “naturales”), no existe. Ya la “unidad” regional en cuanto conexión de distintos elementos (el de las “regiones elementales”, que toman en cuenta un único fenómeno o dimensión), se puede considerar en función de la preponderancia de un elemento sobre los demás. Así, la geografía clásica creía casi siempre que era posible elegir un elemento (ya fuera la geomorfología, el clima, o la cultura, entre otros) como el preponderante en la realización de la “conexión” o de la unidad regional (reuniendo en torno de sí los demás elementos o dimensiones).

En la primera versión de su trabajo, Lacoste –basado solo en el abordaje del *Tableau de la Géographie de la France* (Vidal de la Blache, 1903)–, acusa unilateralmente a la región lablacheana de haberse convertido en “un poderoso concepto-obstáculo que impidió que se tomaran en cuenta otras representaciones espaciales y se analizaran sus relaciones” (1988: 64). Sin embargo, en una edición posterior (sobre la cual se basó la traducción brasileña), luego de haber redescubierto el texto “geopolítico” de La Blache, *La France de l'Est*, Lacoste termina haciendo una especie de autocritica que lo lleva a acrecentar las siguientes observaciones:

Antes de hablar más adelante del papel de Vidal de la Blache, es necesario subrayar que, en verdad, la incorporación de los geógrafos universitarios solo retuvo un aspecto de su pensamiento, el *Cuadro de la geografía de Francia*, y que olvidó sistemáticamente el otro gran libro de Vidal, *La Francia del Este* (1916), porque allí él otorga una enorme importancia a los fenómenos políticos. Se trata, en efecto, de un libro de geopolítica.

En esas páginas bastante críticas con respecto al pensamiento “vidaliano” solo se trata del primer aspecto de la obra de Vidal de la Blache, aquel que la incorporación privilegió: el otro Vidal, que ella ignora completamente, solo será recordado con posterioridad, pues, solo recientemente ha sido redescubierto. (Lacoste, 1988: 60)

Así, La Blache, fundador del concepto más difundido de “región”, acusado de haber creado un “poderoso concepto-obstáculo”, es redescubierto desde otra vertiente. Ello permite resituar el concepto sobre nuevas bases, más críticas y politizadas. Tal vez, allí esté uno de los quids de la cuestión: tantas (sobre)vivencias y muertes de la región se deben, en primer lugar, a la propia ambigüedad con la que nace, en la medida en que su propio “padre”, de alguna forma, hace “nacer” este concepto por lo menos dos veces –una en el *Tableau*, otra en la *France de l'Est*–.

Sin embargo, la verdad es aún más compleja, como bien lo demuestra la relectura de la cuestión de la regionalización en toda la obra vidaliana, en especial, aquella producida por Ozouf-Marignier y Robic (1995), ya comentada. Al consultar ya no dos, sino ocho de los trabajos de Vidal, ellas identifican no solo las acepciones de la idea de región contenidas en el *Tableau* y en *La France de l'Est*, sino todo un conjunto que permea casi todas las conceptualizaciones hasta ahora conocidas. Ello revela el impresionante papel innovador de Paul Vidal de la Blache.

Además, en otro trabajo esclarecedor, y contrariamente a la lectura de Lacoste, Robic (2002) destaca el carácter multiescalar del abordaje geográfico de Vidal en el *Atlas général Vidal-Lablache: histoire et géographie* publicado originalmente en 1894. Según la autora, en



esta obra, La Blache propone una estructura compleja, multiescalar y polimórfica, coherente con su epistemología, que privilegia distintos “espacios de referencia” en correspondencia con el área o región representada, ya que cada una de ellas posee su propia articulación geográfica.

Además de los equívocos epistemológicos de un autor como Lacoste con relación a la “muerte” de la región en el ámbito de la geografía clásica francesa, encontramos también, bajo el mismo telón de fondo marxista, aquellos que decretan el “fin” de las regiones a partir de una base más concreta, la difusión de las relaciones económicas capitalistas homogeneizadoras. Francisco de Oliveira, reconocido economista, llegó a afirmar que:

A fin de cuentas, ¿cuál es la diferencia esencial en un país capitalista plenamente desarrollado como los Estados Unidos de América del Norte, entre California y Nueva York, entre Michigan y Nueva Inglaterra? Aparte de ciertas diferencias que llamaremos aquí “culturales” –y que la propia evolución capitalista se encarga de disolver, bajo la forma de las comunicaciones, de la televisión, en suma, de la industria “cultural”–, en la esencia del movimiento de reproducción del capital, en la estructuración de las clases sociales, no hay más “regiones” en el país norteamericano; sino zonas de localización diferenciada de actividades económicas. (Oliveira, 1981: 26)

Sin duda se trata de una lectura economicista que en nombre de la “homogeneización monopolista del espacio económico” siempre destaca la tendencia a la desaparición de las regiones. Estas son vistas como producto del “modo de producción capitalista”, “espacios socio-económicos donde una de las formas del capital se sobrepone a las demás, homogeneizando la ‘región’ exactamente por su predominio” (Oliveira, 1981: 30). Así, Oliveira completa esta idea con la siguiente afirmación:

[...] en un sistema económico de base capitalista, existe una *tendencia* hacia la completa homogeneización de la reproducción del capital y de sus formas, bajo la égida del proceso de concentración y centralización del capital que acaba por hacer desaparecer a las “regiones” [...]. [Sin embargo] Tal tendencia casi nunca llega a materializarse de forma completa y acabada, por el hecho de que el proceso de reproducción del capital es, por definición, desigual y combinado, pero en algunos espacios económicos del mundo capitalista, del que tal vez la economía norteamericana sea el ejemplo cabal, es innegable el grado de homogeneización propiciado por la concentración y centralización del capital [...]. (Oliveira, 1981: 27; énfasis propio)

Sin embargo, es importante insistir en que Oliveira habla casi siempre de “tendencia” a la homogeneización (expresión en cursivas

en el texto citado), y que esta solo tendría lugar en países efectivamente centrales, como los Estados Unidos. Así, se distinguiría en el imperialismo una “cara interna”, homogeneizadora, y una “cara externa”, diferenciadora.<sup>27</sup> La cuestión es que ni siquiera en ese contexto, central o “interno”, la homogeneización ocurrirá debido al incremento de las desigualdades socioespaciales. Esto no impide que el autor, a partir de la división regional del trabajo, proponga un concepto de región

[...] que se fundamente en la especificidad de la reproducción del capital en las formas que el proceso de acumulación asume, en la estructura de clases peculiar a estas formas y, por lo tanto, también, en las formas de lucha de clases y de conflicto social en escala más amplia. (Oliveira, 1981: 27). En suma, una “región” sería, el espacio donde se entrelazan dialécticamente una forma especial de reproducción del capital y, en consecuencia, una forma especial de la lucha de clases, donde lo económico y lo político se fusionan y asumen una forma especial de aparecer en el producto social y en los presupuestos de la reposición. (Oliveira, 1981: 29)

Como contrapunto a esta lectura debemos recordar que un autor como Gramsci, reconocido como uno de los marxistas más innovadores, hace mucho ya había discutido la cuestión regional a partir no solo de esta “fusión” entre lo económico y lo político, sino también de la dimensión ideológica o, como preferimos, simbólico-cultural. Por ejemplo, en nuestro trabajo sobre la Campaña Gaucha en el área de frontera en el extremo sur de Brasil recurrimos a su noción de bloque (hegemónico) regional (Haesbaert, 1988). En esa ocasión propusimos abordar la región a partir de procesos específicos: los regionalismos y la formación de la identidad regional, conformadores de un “bloque regional” por parte de una fracción regionalmente hegemónica de la clase dominante.

En este caso, el reconocimiento de la región (o de la “condición regional”) no es resultado de un simple artificio metodológico creado por el investigador, sino que su construcción se reconoce efectivamente a partir de prácticas sociales específicas –en este caso, la identidad cultural– y de una cierta representatividad política (en defensa explícita de intereses claramente económicos vinculados al espacio regional). Se configura así, de cierta forma, aquello que, siguiendo a Gramsci, denominamos bloque regional o bloque histórico-regional.

---

27 En palabras del autor: “[...] la cara interna del imperialismo es esa incorregible tendencia a la homogeneización del espacio económico, mientras la mayoría de las veces su cara externa no solo se aprovecha de las diferencias regionales reales, sino que las crea para su propio provecho” (Oliveira, 1981: 27).

Estos términos fueron utilizados por este autor al analizar el “bloque agrario” del *Mezzogiorno* italiano (Gramsci, 1987).

Gramsci es probablemente uno de los primeros pensadores que contribuyó a la conceptualización de la región a partir del reconocimiento de la efectiva organización y reproducción (material y simbólica) de los grupos sociales desde una posición crítica, dentro del materialismo histórico. Vale la pena presentar aquí algunos breves elementos de su propuesta, construida con base en el reconocimiento de la llamada “cuestión meridional” del sur de Italia. Sin duda su perspectiva está ligada a una de las más prometedoras “resurrecciones” de la región en el ámbito del pensamiento marxista.

Para Gramsci, la cuestión meridional italiana es el resultado de la consolidación de un “bloque hegemónico” o “bloque histórico” –o, podríamos decir, “histórico y geográfico”, pues él insiste en explicitar su dimensión territorial<sup>28</sup> que, en este caso, es además un bloque agrario, construido a partir de la amalgama entre las clases de los grandes propietarios de tierra y los intelectuales (“orgánicos”, por constituir la base cultural-ideológica de esta amalgama). Allí se incluye a los grupos políticos dominantes que pueden actuar también, concomitantemente, como latifundistas y como intelectuales. La hegemonía centralizadora de estos grupos sobre la “masa campesina, amorfa y desagregada” se construye a través del “campo ideológico”, o sea, por intermedio de los intelectuales.<sup>29</sup>

---

28 En la sólida introducción que Coutinho realiza al libro de Gramsci, sostiene que este “aprehende y torna evidentes las especificidades de la cuestión meridional”, especificidades que “en el ámbito de las contradicciones capitalistas, son las de la *territorialidad*, la desagregación, el hecho de que lo meridional sea un aspecto de la cuestión campesina, de la función de los intelectuales y, sobre todo, del potencial de oposición política representado por el Sur” (Coutinho en Gramsci, 1987: 43-44, énfasis propio). La primera de estas especificidades “está dada por la territorialidad, en el sentido de que uno de los polos de la cuestión toma forma en un determinado territorio del país, en una determinada realidad histórico-social [y geográfica] que es, precisamente, el Sur”. Sin embargo, se debe tener cuidado con aquello que Coutinho denomina “ambigüedades interpretativas” en las que puede incurrir la especificidad territorial, que podemos denominar también, en este caso, regional. En primer lugar, ella circunscribe geográficamente el fenómeno, como si solo, o predominantemente, ocurriera en aquel espacio, es decir, se trataría de la “territorialidad como parcialidad”; en segundo lugar, puede resultar en interpretaciones dualistas (o en términos de “desequilibrios”) –“dos Italias” o “dos Brasil”–, como si existieran dos regiones internamente homogéneas, una explotadora, otra explotada (Coutinho en Gramsci, 1987: 45). En palabras de Gramsci, “la cuestión meridional es también un problema territorial; y es desde este punto de vista que debe ser examinada a fin de establecer un programa de gobierno obrero y campesino que quiera encontrar amplia repercusión entre las masas” (Gramsci, 1987: 92).

29 “Por encima del bloque agrario funciona, en el Sur, un bloque intelectual que prácticamente ha servido hasta ahora para impedir que las grietas del bloque agrario

Estas alianzas son las que garantizan la cohesión ideológica capaz de dar consistencia al “bloque” y distinguirlo en relación con otras regiones o bloques regionales como el Norte italiano. A este respecto, Gramsci propone otra alianza, contra-hegemónica: aquella de los “dominados” del Sur (campesinos y trabajadores rurales, sobre todo) con los “dominados” del Norte (el proletariado industrial). Es en el juego de hegemonías, definido a partir de bases geográficas e históricas “regionales” específicas, donde se diseña el cuadro regional desde una perspectiva gramsciana.<sup>30</sup>

Gramsci revisa la concepción de poder y la amplía mediante el uso de la noción de hegemonía. De esta manera, combina la idea de dominación con la de dirección. Una clase nunca mantiene el poder simplemente por la imposición de su superioridad material o por su mayor ascendencia ideológica, sino por la combinación de ambas. Las dos caras del poder (inclusive el “regional”) son la fuerza y el consenso, la coacción y el convencimiento. Se amplía así la tradicional concepción marxista del poder, mucho más ligada a las fuerzas económico-materiales.

El bloque histórico –que puede aparecer en diversas escalas, entre las cuales se encuentra la regional– de cierta forma construye la hegemonía. Se trata de un “sistema integrado” por la edificación de “un sistema hegemónico, dirigido por una clase fundamental que confía la gestión a los intelectuales” (Portelli, 1977: 16), o sea, por el vínculo orgánico establecido por este grupo social particular. Gramsci permite así trabajar con el concepto de bloque histórico en cuanto bloque regional –o, si queremos, simplemente, en cuanto “región”– a partir de ese abordaje centralizado en los procesos y sujetos (especialmente las clases) sociales, pero sin ignorar la dimensión geográfica a través de la cual ellas se reproducen.

Algunos marxistas, ignorando en parte estas posibilidades abiertas por la lectura gramsciana, tomaron posiciones distintas. Tal vez, la más curiosa sea la de Ann Markusen (1981), quien admitió la existencia del fenómeno regional (el regionalismo). Sin embargo, para huir de la “reificación del espacio”, optó por considerar solo el regionalismo (en cuanto lucha social), y no la región como categoría de análisis (entendida por la autora como “entidad territorial” y no “sociológica”).

---

se tornen muy peligrosas y provoquen un desmoronamiento” (Gramsci, 1987: 160). No está de más recordar la amplitud con que Gramsci trata la figura del “intelectual”. En ella incluye a la Iglesia y algunos estratos militares, por ejemplo.

30 Para un análisis en gran parte inspirado en estos posicionamientos, véase el trabajo de Silveira (1984) sobre el regionalismo nordestino brasileño.

Pese a ello, aquí también la ambivalencia se impone y la región termina siendo claramente “resucitada”. Es Markusen quien, algunos años después, escribe un libro cuyo título es nada menos que *Regions: The Economics and Politics of the Territory* (Markusen, 1987), para analizar justamente la realidad regional de aquel espacio en que, para Oliveira, las regiones tienden a desaparecer: los Estados Unidos. En este caso, ella define regiones e inclusive incorpora su dimensión física, abandonada por la mayoría de los geógrafos marxistas (esta definición será reproducida y comentada más adelante).

La recuperación del concepto de región por el marxismo se da principalmente de dos formas: la primera enfatiza la dimensión económica, considera a la región sobre todo como producto de la división territorial del trabajo, un poco en la línea de Francisco de Oliveira, ya citado –y, en geografía, también por Massey (1984)–; la segunda enfatiza notablemente la acción de los movimientos sociales, los regionalismos, como lo hace Ann Markusen en la primera concepción, ya comentada. Sin embargo, fueron pocos los que la abordaron desde una perspectiva explícitamente gramsciana.

En nuestro trabajo de 1988 citamos dos importantes autores, no geógrafos, que se inspiraron en Gramsci para sus análisis regionales: se trata de Alain Lipietz y Renaud Dulong. Lipietz (1977) propone la “armadura regional” como un “sistema de explotación y articulación de los modos de producción, forma y base de alianzas entre las clases dominantes, y de la dominación ideológica sobre las clases dominadas”, o, en la traducción al portugués, la “estructura regional” como “[...] una región de articulación de relaciones sociales que no dispone de un aparato de Estado completo, pero donde, sin embargo, se regulan las contradicciones secundarias entre las clases dominantes locales” (Lipietz, 1987: 39).

Por su parte, Dulong trabaja con el concepto de “fracción regional de clase”, para abordar la articulación entre las clases dominantes en el ámbito nacional, el Estado y la sociedad local (o regional).

Un texto fundamental en la recuperación del concepto de región en la década de 1980 es el de Neil Smith (1988), cuyo título, “The region is dead! Long live the region!”, expresa con nitidez este ir y venir del concepto. Smith muestra muy bien cómo el capitalismo promueve la diferenciación/des-igualdad concomitantemente con la homogeneización y la estandarización. Se trata de trabajar con el binomio (abordado con mayor detalle más adelante) desigualdad y diferencia, diferencia que pasó a ser la gran bandera del llamado movimiento posmodernista de las décadas de 1980-1990.

### 3.3. MUERTE Y VIDA DE LA REGIÓN BAJO EL “GLOBALISMO POSMODERNO”

La última “muerte” de la región es prácticamente una continuación del abordaje anterior. Incluye algunas posiciones del materialismo histórico, en especial la de quienes creen que los procesos de globalización van a imponer cada vez más una “sociedad en red”, en detrimento de una sociedad “territorial” (Badie, 1996) o claramente “regionalizada”. Desde esta perspectiva se parte generalmente de una visión dicotómica de la organización del espacio, como si nos encontráramos, por un lado, con una lógica zonal o areal que define territorios y/o regiones y, por el otro, una lógica reticular o definidora de redes. Se trata de un debate claramente situado en la década de 1990.

Milton Santos, en un apartado de su libro *A natureza do espaço*, sintomáticamente denominado “Universalidade atual do fenômeno de região”, afirma:

Así como hoy se proclama que el tiempo anuló al espacio, también se afirma en las mismas condiciones, que la expansión del capital hegemónico en todo el planeta ha eliminado las diferencias regionales, e incluso, ha impedido seguir pensando en la existencia de la región [...] por el contrario, pensamos que [...] el espacio se convierte en mundial, el ecúmene se redefine, con la extensión a todo él del fenómeno de la región. Las regiones son el soporte y la condición de relaciones globales que, de otra forma, no se realizarían. Precisamente ahora no se puede dejar de considerar la región, aunque la reconozcamos como un espacio de conveniencia y la llamemos por otro nombre.<sup>31</sup> (Santos, 1996: 196)

A las dicotomías fijación-fluidez, lentitud-rapidez viene a sumarse aquella entre mayor y menor estabilidad o larga y corta duración en el tiempo. Santos también cuestiona el presupuesto de la “construcción regional estable” en términos temporales:

[...] lo que constituye la región no es la longevidad del edificio, sino la coherencia funcional que la distingue de las otras entidades vecinas [contiguas] o no. El hecho de tener vida corta no cambia la definición del recorte territorial. Las condiciones actuales hacen que las regiones se transformen continuamente, otorgando, por lo tanto, una menor duración al edificio regional. Pero esto no suprime la región, únicamente cambia su contenido.

---

31 Algunos geógrafos, como Moreira (2006: 158-163), parecen señalar también este cambio, al proponer el paso de los espacios regionales a los “espacios en red”. La región es vista como “una mirada sobre el espacio lento”, espacio necesariamente bien delimitado y contiguo – “[...] contigüidad, condición sin la cual la región [...] no se conforma” Moreira (2006: 163)–. Desde una perspectiva distinta, ya en 1994 propusimos la configuración de la región como “región-red”, moldeada por la discontinuidad y por los flujos (Haesbaert, 1994).

La espesura del acontecer se ve aumentada, ante el mayor volumen de eventos por unidad de espacio y por unidad de tiempo. (Santos, 1996: 197)

Además del discurso acerca del dominio inexorable de la globalización en red y de la movilidad que haría desaparecer las regiones en cuanto recortes espaciales continuos dotados de cierto grado de estabilidad, singularidad y homogeneidad interna –y, consecuentemente, con una diferenciación más pronunciada en relación a otros subespacios o regiones–, surgen también los discursos sobre “hibridación” del mundo, sobre su creciente complejidad, sobre las “microfísicas” (que valorizan la escala micro en detrimento de la meso, típica del abordaje regional), sobre la relación continua entre conexión y fragmentación. En teoría, se trata de lecturas que no representan obligatoriamente una ruptura con el espíritu crítico del marxismo; no obstante, aparecen en el seno del “giro” promovido por las llamadas políticas de la diferencia. Estas visualizan un mundo mucho más híbrido, complejo, multifacético y, al mismo tiempo y de modo contradictorio, más fragmentado y más conectado.

La denominación “globalismo posmoderno”, utilizada para caracterizar este momento, puede parecer un contrasentido ya que contiene términos antinómicos, pero justamente queremos destacar este carácter ambivalente de las prácticas sociales y del pensamiento filosófico en las últimas décadas. De alguna forma se alían la homogeneización (siempre relativa) globalizadora por el padrón mercantil de la desigualdad y el énfasis “posmoderno” en la diferenciación/fragmentación, especialmente a partir de la promoción de las llamadas políticas de la diferencia.

Del mismo modo que el discurso “globalista” puede abusar de la interpretación unilateralmente globalizadora de los procesos sociales, sin hacer referencia a su contrapunto indisociable, las distintas formas de “fragmentación”, el llamado movimiento posmodernista muchas veces peca por otorgar un exagerado énfasis en las subjetividades, en el movimiento o la fluidez, y en la consideración de las diferencias y/o singularidades (en donde pueden insertarse las especificidades regionales, aunque reveladas en escalas de mayor detalle). Mientras que, de algún modo, puede sobrevivir el pensamiento sistémico totalizante (aunque mucho más abierto que en el pasado), como ocurre en la teoría del “sistema-mundo”, cuando el discurso posmoderno se radicaliza puede proliferar el pensamiento fragmentador y subjetivista.<sup>32</sup>

---

32 A partir de una crítica contundente, Castoriadis busca superar este sistemismo totalizador y propone una dialéctica, al mismo tiempo no-idealista y no-materialista, que elimine “el cierre y la totalización”, rechazando así “el sistema completo del

De cualquier forma, no hay duda de que el pensamiento llamado posmoderno, desde por lo menos el final de la década de 1980, acarrea en su interior un claro “potencial” para estimular la geografía regional. Como bien sintetiza Josefina Gómez Mendoza *et al.* al defender también un nuevo lenguaje o narrativa regional:

Con el progresivo derrumbamiento de las grandes certidumbres [...], con el desdibujamiento de fronteras científicas que hasta hace poco parecían inamovibles, y con la convicción de la necesidad de reintroducir la subjetividad en todo proceso de conocimiento, reaparece también en la geografía la preocupación (casi prohibida en los años sesenta y setenta) por lo particular, por la diferencia, por tornar inteligible y conferir significado a un mundo complejo y plural. De modo que hablar de nuevo de geografía regional, de paisajes, de lugares, de territorios, se encuadra de lleno en la discusión sobre la crisis de la modernidad, en lo que, tan equívoca como intencionadamente, se ha bautizado como posmodernidad. (1989: 101)

Intentaremos aquí reunir las propuestas que, de alguna forma, en los últimos veinte años, “resucitan” el concepto de región por su capacidad de dar cuenta del des-ordenamiento socioespacial de este cambio de siglo. Al hacer una especie de mapeo preliminar de los autores que rescatan la geografía regional en ese período, se percibe la convivencia de múltiples líneas de abordaje asociadas a una gran pluralidad teórico-filosófica.

Un intento de sistematización preliminar permite identificar dos grandes grupos de perspectivas teóricas de acuerdo con el grado de ruptura con posiciones anteriores y/o con la opción epistemológica que representan:

- El primer grupo de alguna forma abraza el llamado posestructuralismo, tanto desde una postura materialista y “local” –como es el caso, en parte, de la perspectiva llamada “no-representacional” del geógrafo inglés Nigel Thrift– como desde una visión idealista y típicamente “regional”, como la que ofrecen quienes realizan una lectura renovada de la “invención” (discursiva) de las identidades (meso)regionales.
- El segundo grupo corresponde a aquellos que no realizan una ruptura tan pronunciada con las propuestas anteriores. Al recuperar las “grandes narrativas”, las renuevan. Este grupo se puede subdividir en dos: el primero se vincula a la teoría de la

---

mundo” (1982: 70). Inspirado en este autor, Marcelo Souza trabaja con una idea de la “totalidad abierta y radicalmente dialéctica” (1988: 35).



(estructur)acción, especialmente aquella de matriz giddensiana, y el segundo se asocia a un materialismo histórico y dialéctico bastante abierto y renovado.

A estas propuestas podemos incorporar aquellos abordajes en principio menos elaborados teóricamente –o sin una filiación teórica explícita y/o definida y con pretensiones más pragmáticas, como la de las “biorregiones” (Berg, 1977; Carr, 2004; McGinnis, 1999), y la de los “Estados-región” (Ohmae, 1996)–. Veamos ahora, con mayor detalle, cada una de estas perspectivas.

### 3.4. EL POSESTRUCTURALISMO Y EL ÉNFASIS CONTEXTUAL/“LOCAL”

Antes de discutir el concepto de región desde esta perspectiva, cabe realizar algunas consideraciones introductorias sobre el estructuralismo en sí, pues el uso del calificativo de “posestructuralista” para caracterizar una corriente geográfica ha sido blanco de grandes controversias. Esto se debe a la propia naturaleza múltiple de esta corriente en el campo filosófico y a las dificultades de diferenciarla claramente del estructuralismo, al que pretendidamente se contraponen. Si, como afirma Foucault, “nadie se pone de acuerdo sobre lo que es el estructuralismo” (2000: 282), o “ninguno de los protagonistas de este movimiento sabía exactamente de qué se trataba, sino que tampoco lo sabía ninguno de los que han recibido de buen grado o no la etiqueta de estructuralistas” (2000: 307), más difícil aún sería definir claramente su “opuesto” –o, tal vez, de forma más adecuada, aquel que lo sucede (para ser más fiel a la idea del ambiguo prefijo *pos-*)–.

La propia obra de Michel Foucault se puede considerar paradigmática de la dificultad de encuadrar la problemática que estos términos evocan: en efecto, se trata de un autor que es tomado, al mismo tiempo, como uno de los “pilares” del estructuralismo y como uno de los “fundadores” del posestructuralismo. Dosse, por ejemplo, en su historia del estructuralismo lo califica como uno de los “cuatro [con Foucault cinco] mosqueteros” del estructuralismo (1993: 14), al lado de Althusser, Barthes, Lacan, y el “padre de todos ellos”, Lévi Strauss. Varios autores, sin embargo, expresan una opinión diferente, y toman a Foucault como una de las referencias centrales en la construcción de un pensamiento posestructuralista (por ejemplo, en el ámbito de la geografía véanse Doel, 1999; Harrison, 2006; y Murdoch, 2006).

Esto tal vez justifique la aversión de Foucault a los rótulos –“nunca fui freudiano, nunca fui marxista, nunca fui estructuralista”, afirma en “Estructuralismo y pos-estructuralismo” (Foucault, 2000: 312)– y su forma ambivalente de interpretar al propio estructuralismo.

A pesar de un “cierto problema” que identifica en el estructuralismo, “el del sujeto y la reestructuración del sujeto”, Foucault no ve “en los llamados posmodernos o posestructuralistas, cuál es el tipo de problema que tienen en común” (2000: 323). Sin embargo, no hay duda de que él inaugura una nueva manera de hacer historia en la que las discontinuidades (que son también espaciales) y las inscripciones locales del poder, su “microfísica”, tienen un papel fundamental.

Muchos autores, como el propio Foucault, tratan al posestructuralismo y el posmodernismo como sinónimos. Otros, como los geógrafos Hubbard *et al.* hacen una distinción muy particular:

En esencia, mientras el posmodernismo puede ser descrito como un amplio movimiento/actitud epistemológica, que rechaza la “verdad” de las grandes teorías a favor de explicaciones más locales que abren a la geografía a Otras voces, el posestructuralismo es esencialmente una forma de análisis que plantea preguntas más profundas sobre la ontología y sobre las pretensiones de verdad (ya sean universales o particulares). Metodológicamente, esto se manifiesta en los intentos de deconstruir, perturbar e interrumpir las consideraciones existentes sobre el mundo y experimentar con formas de indagación académica basadas no tanto en re-representar lo “real” sino en vivirlo de distintas maneras. (2002: 85)

Si hay una característica general para marcar la ruptura del posestructuralismo con la estabilidad y el “fundamento” de las grandes estructuras, ella probablemente se sintetiza en expresiones como “multiplicidad” (y/o diferencia), “nomadismo” (o movilidad y fluidez) y “devenir” (o creación de lo efectivamente nuevo), elementos clave y, a veces, hasta sobrevalorados en el posicionamiento filosófico de algunos autores. El pensamiento de Gilles Deleuze y Felix Guattari, por ejemplo, se considera una “teoría de las multiplicidades”, capaz de superar los binarismos y las dicotomías sin remitir a las ideas de unidad, sujeto y totalidad, o más bien, en otras palabras, donde “las subjetivaciones, las totalizaciones, las unidades son [...] procesos que se producen y aparecen en las multiplicidades” (Deleuze y Guattari, 1995: 8).

Aunque en la geografía de finales de la década de 1980 emergiera con fuerza el debate entre modernidad y posmodernidad, especialmente a través de la obra de “neomarxistas” como David Harvey (1992 [1989]) y Edward Soja (1993 [1989]), este no tuvo la radicalidad de algunas rupturas llevadas a cabo, sobre todo, en la geografía anglosajona de las décadas de 1990, explícitamente en nombre del posestructuralismo. Podríamos afirmar que su ápice se encuentra en la obra posestructuralista “radical” de Marcus Doel (1999), inspirada justamente en –deberíamos decir, un cierto– Deleuze-Guattari, pero también en autores como Derrida, Baudrillard, Lyotard, Foucault e Irigaray.

Desde una posición más matizada, el geógrafo Murdoch (2006) defiende la existencia de pluralidad de posestructuralismos y, con una clara preocupación también epistemológica, destaca la vinculación de la “geografía posestructuralista” (título de su libro) con la forma en que las relaciones sociales se encuentran inmersas en “espacialidades materializadas”; un espacio eminentemente relacional<sup>33</sup> y heterogéneo en el que se cruzan lo natural y lo social, lo humano y lo no humano. Así, su trabajo se basa en una “nueva atención a las diferencias en las identificaciones espaciales” (que, aunque Murdoch no lo explicita, posee una vinculación directa con la llamada geografía regional), y en “nuevo interés en los procesos de emergencia espacial” (Murdoch, 2006: 3).

A fin de profundizar en la exploración de las dos perspectivas específicas que trabajan con la idea la región inspiradas en este abordaje, nos gustaría enfatizar el análisis en la valoración de aquello que Hubbard *et al.*, ya citados, destacan como la crítica a las excesivas generalizaciones, a la apreciación de los contextos (“consideraciones enraizadas, locales”) y a la apertura de la geografía hacia la esfera de lo vivido (hacia lo “no representacional”, diría de forma osada Thrift, 1996 y 2008) y, sobre todo, hacia “Otras voces”. Otras voces que implican también otros epistemes, como lo muestra cabalmente, el llamado pensamiento poscolonial, parcialmente influenciado por un cierto posestructuralismo, de gran influencia en el pensamiento crítico latinoamericano a partir de la década de 1990.<sup>34</sup>

### La “región-lugar” de Nigel Thrift

Tres textos del geógrafo inglés Nigel Thrift (1990, 1991, 1993) son bien representativos de una posición filosófica posestructuralista en el ámbito del debate regional, en la medida en que este asume explícitamente la construcción de “una nueva geografía regional” en el “contexto del posestructuralismo”. Así, Thrift habla de “la capacidad de configurar una nueva geografía regional donde los sujetos no hacen lugares, sino que, en cierto sentido, *son* lugares” (1991: 462; énfasis original). Se trata de una visión contextualizada y procesual, en la que el sujeto se encuentra inmerso en estructuras de significación que son también relaciones de poder en permanente negociación/dominación (1991: 461).

---

33 Para una discusión sobre el carácter relacional del espacio, véase al final de este trabajo el capítulo “La región en una ‘constelación’ de conceptos: espacio, territorio y región”.

34 Para un contrapunto entre el pensamiento posmoderno y poscolonial puede consultarse el interesante debate que plantea Boaventura de Sousa Santos (2004) en relación con el poscolonialismo. Para una aproximación a la perspectiva latinoamericana véase especialmente Mignolo (2002), y para una visión poscolonial en la geografía brasileña, véase Porto-Gonçalves (2002).

El autor afirma que si la geografía regional tiene un proyecto teórico, este es el de “tratar a las personas como agentes, los lugares como contextos y la causalidad como un proceso iterativo de acciones de movimiento rápido y estructuras de movimiento lento” (1991: 456). Al asociar región y lugar, él se pregunta, de forma un tanto eurocentrada: “¿Qué es el lugar en este nuevo mundo? La sucinta respuesta resulta sospechosa: permanentemente en un estado de enunciación, entre direcciones, siempre postergadas. Lugares son ‘etapas de intensidad’, trazos de movimiento, velocidad y circulación” (1993: 94).

Se trata de una concepción próxima a la propuesta por Doreen Massey (2000 [1991]) del lugar como encuentro, conjunción de redes, conexiones, y cuya especificidad no está dada por la singularidad de los fenómenos en sí, sino por la forma en que estos se conjugan. En contraposición, visiones ya clásicas como la de Yi Fu Tuan sostienen que si el espacio es “algo que permite movimiento, entonces el lugar es pausa; cada pausa en el movimiento hace posible que la localización se transforme en lugar”, es este un “mundo de significado organizado” (1983: 198). Significado, organización/ordenamiento que corresponde al posestructuralismo deconstruir constantemente.

La nueva geografía regional de Thrift trabajaría preferiblemente con lo local/localidad o, en un sentido más elaborado, con el “lugar”. En esta nueva geografía regional la identidad también debería ser redefinida, reteorizada “como una distribución espacio-tiempo de sujeto-contextos híbridos que son constantemente copiados, revisados, sentenciados y enunciados” (1993: 96). A través de su estimulante, aunque algunas veces poco profundizada, metodología, Thrift se propone, además, mezclar ciencia y ficción, concepto y metáfora, un camino difícil (innovador y provocativo –una marca de la obra de Thrift–) de recorrer frente a las perspectivas estructuralistas hasta entonces dominantes en la geografía regional.

Esta especie de retorno al “lugar”, no solo como espacio-en-movimiento dotado de significado, sino a un lugar que posee una expresión, sobre todo, a nivel local, se puede entender en el propio contexto de los procesos de globalización. Estos procesos reproducidos en filigrana o caleidoscópicamente por el mundo, terminan insertándose en las configuraciones locales y rehaciendo dinámicas de producción del espacio, que reproducen a ese nivel algunas de las grandes contradicciones y ambigüedades, antes más nítidas solo en escalas más amplias.

### **La reinención posestructuralista de la identidad regional**

Otra mirada posestructuralista del fenómeno regional está presente en la lectura de aquellos que toman como punto de partida el análisis

del discurso y proponen tratar la región, sobre todo, a partir de un proceso de “invención” (discursiva), ligando, tal como también propone Thrift (desde una perspectiva más materialista), concepto y metáfora, ciencia y arte. Es el caso del historiador brasileño Durval de Albuquerque Júnior, especialmente en su importante obra *A invenção do Nordeste* (1999). En este trabajo el autor afirma:

[...] no me interesa aquí ni el Nordeste “real”, ni cuestionar la correspondencia entre representación y realidad; sí me preocupa la producción de esa constelación de regularidades prácticas y discursivas que instituye, hace ver y posibilita nombrar a esta región hasta hoy. En la producción discursiva sobre el Nordeste, éste es menos un lugar que un *topos*, un conjunto de referencias, una colección de características, un archivo de imágenes y textos. El Nordeste parece ser una cita, tener origen en el fragmento de un texto, un extracto de imaginación anterior, una imagen que siempre se repite. Nordeste, un haz de recurrencias. (Thrift, 1999: 66)

Una determinada región, así como la propia *idea* de región, es una “invención histórica”. Así, el Nordeste del autor, en cuanto región, es “inventado”. Emerge “en el ‘paisaje imaginario’ del país” hacia el final de la primera década del siglo xx, y se funda “en la nostalgia y en la tradición” (Thrift, 1999: 65). Como sucede en el pensamiento poscolonial de Edward Saïd y de Stuart Hall, que alude a nuestras “geografías imaginarias”, a tiempo-espacios algo míticos y/o imaginarios, que nos lleva constantemente a reconstruir nuestras referencias identitarias, aquí también, a veces, parece que el mundo de las prácticas materiales o “visibles” se desconecta o, por lo menos, se torna secundario dentro de ese complejo juego de “prácticas y discursos”, en palabras del autor –o, desde una visión foucaultiana, de “formaciones discursivas” y “no-discursivas”– que Deleuze, a su vez, propone denominar “prácticas discursivas de enunciados” y “prácticas no-discursivas de visibilidades” (Deleuze, 1988: 61).<sup>35</sup>

Inspirado sobre todo en Foucault, Albuquerque Júnior sugiere que “lo que se dice de la región no es el reflejo de lo que se ve *en la y como* ‘región’” (1999, 46; énfasis propio). Entre “las palabras y las cosas”, se trata de dos “régimenes de enunciación” independientes:

---

35 Es a partir de su obra *La arqueología del saber* que Foucault establece la “primacía” del enunciado de lo “decible” sobre lo visible, de lo discursivo sobre lo no discursivo. Sin embargo, lo no discursivo no es reducible a lo discursivo, ni se convierte en un elemento residual de este: “en Foucault, los lugares de visibilidad nunca tendrán el mismo ritmo, la misma historia, la misma forma que los campos de enunciados, y la primacía de lo enunciado solo será válida por esa razón, en tanto que se ejerce sobre algo irreductible” (Deleuze, 1988: 59).

La región se instituye, paulatinamente, por medio de prácticas y discursos, imágenes y textos que pueden tener o no relación entre sí, una no representa la otra. La verdad sobre la región se constituye a partir de esta batalla entre lo visible y lo decible. [...] No siempre lo enunciable se torna práctica y no toda práctica se transforma en discurso. Los discursos hacen ver, aunque puedan hacer ver algo diferente de lo que dicen. (Albuquerque Jr., 1999: 46)

“El discurso regionalista”, en el mismo sentido que se le puede atribuir a la identidad, “no oculta la verdad de la región, *la instituye*” (1999: 49; énfasis propio). En este discurso, “el espacio surge como una dimensión subjetiva, como un doble del sujeto, como producto de la subjetivación de sensaciones, de imágenes y de textos de innumerables sujetos dispersos en lo social” (1999: 50). Aquí tiene lugar un desplazamiento, de nuestro punto de vista a veces extremo, con relación a las bases materiales, al “realismo” sobre el cual la región *también* se construye. De lo contrario, ¿qué papel tendría en esta “producción regional” la acción concreta y la actividad material de los múltiples sujetos que allí están produciendo su espacio, y que es siempre, a la vez, material y simbólico?

Como afirma el mismo autor, “al mismo tiempo que inventaban al Nordeste, se iban inventando como sujetos nordestinos” (1999: 31). Sin embargo, probablemente falta enfatizar que la “invención” de “sujetos” no es meramente “discursiva”, de “representaciones de espacio” aleatoriamente concebidas, sino que también involucra prácticas espaciales percibidas, y un espacio de representación o “vívido”, como diría Lefebvre. Por eso, para el autor, la espacialidad está ligada a “percepciones espaciales que habitan el campo del lenguaje y se relacionan directamente con un campo de fuerzas que las instituye” (1999: 23).<sup>36</sup>

Aunque se explicita el eslabón práctico-discursivo, a veces se sobreentiende que la materialidad o la “visibilidad” del espacio (confundida con su “geograficidad”) está ligada a la fijeza y a la estabilidad o, peor aún, a la “naturalización” –aun cuando se trata de abordar la región desde el punto de vista marxista de las “relaciones de producción”–:

Lejos de considerar esta región inscrita en la naturaleza, definida geográficamente o regionalizada “por el desarrollo del capitalismo, con la regionalización de las relaciones de producción”, que es otra forma de

---

36 A pesar de la relevancia que cobra la incorporación del binomio espacio-poder, se trata de un concepto de espacialidad frágil. Como el mismo autor expone, esta noción encuentra sus referencias en una nota correspondiente a un pequeño texto-entrevista a Michel Foucault titulado “Preguntas a Michel Foucault sobre la Geografía” (donde la categoría “espacio” no se trabaja directamente), en el abordaje del historiador Fernand Braudel (diferente del de Foucault) y de Eni Orlandi.

naturalización, él [este trabajo] busca pensar el Nordeste como una identidad espacial, construida en un momento histórico preciso [...], producto del entrecruzamiento de prácticas y discursos “regionalistas”. (1999: 22)

A pesar de las limitaciones de esta perspectiva, Albuquerque Júnior ha hecho una contribución muy importante al buscar el eslabón entre la producción discursiva y la contextualización de las redes de poder que instituyen y sustentan a la región. En este sentido, afirma:

La región no es una unidad que contiene una diversidad, pero es producto de una operación de homogeneización que tiene lugar en la lucha con las fuerzas que dominan otros espacios regionales, por eso ella es abierta, móvil y está atravesada por diferentes relaciones de poder (1999: 24). Por otro lado, el regionalismo es mucho más que una ideología de clase dominante de una determinada región. Él se apoya en prácticas regionalistas, en la producción de una sensibilidad regionalista, en una cultura, que son llevadas adelante e incorporadas por varias capas de la población y surge como elemento de los discursos de estos diferentes segmentos. (1999: 28)

Es claro que el abordaje de la región a partir de la configuración de identidades regionales no es nuevo.<sup>37</sup> Como ya comentamos, nosotros mismos realizamos una lectura en este sentido cuando hicimos el análisis de la Campaña Gaucha en nuestra tesis de maestría (Haesbaert, 1988). Esta lectura se basaba en una perspectiva que vinculaba un marxismo renovado (inspirado en Gramsci) con elementos de una geografía humanista. Sin embargo, ahora no se trata de un simple análisis crítico-político de la formación de identidades –que, en el caso de la Campaña Gaucha, fue trabajado aún sobre la base del sentido ideológico del discurso–. Más que una mirada política e ideológicamente comprometida, se trata de una propuesta innovadora en el sentido epistemológico, pues se asumen claramente principios posestructuralistas de deconstrucción de la región como “realidad”.

Albuquerque Júnior no pretende “re-definir” la región. Por el contrario, quiere “destruirla”, “atacarla”, “disolverla”, en el sentido de que enfrenta a los regionalismos y a los nacionalismos, por “anacrónicos y reaccionarios”, “maquinarias de captura de lo nuevo, de lo diferente” (1999: 309). Asimismo, el “potencial creativo” de los regionalismos (y nacionalismos), en un sentido cultural y artístico, tan bien evidenciado en su libro, estaría en crisis o “agotado”. Por tanto, hasta cierto

---

37 Desde una perspectiva estructuralista véase, por ejemplo, el trabajo de Pierre Bourdieu (1989), “La identidad y la representación. Elementos para una reflexión crítica sobre la idea de región”. Se trata de un texto polémico para muchos geógrafos, por la interpretación, a veces simplificada, de la geografía.

punto él es también un autor representativo de la ambigüedad de la “muerte y vida” de la región.

El autor no considera otras posibles formas de ver/decir lo “regional” y la “regionalización”, ya sea como parte de la recreación regional en la práctica cotidiana de grupos subalternos (en movilizaciones de resistencia, como hacen grupos sin-tierra identificados con la cultura gaucha en el sur de Brasil) ya sea en un sentido más amplio, en cuanto procesos permanentes e imprevisibles de diferenciación geo-histórica.

La misma “región”, como *locus* de producción de la diferencia, y no simplemente en el sentido del “regionalismo reaccionario”, también puede, dependiendo de lo enmarañado del poder en la que esté enredada, estimular la constante re-producción de lo nuevo. Es decir, ella no siempre es producto solo del “regionalismo anacrónico y reaccionario” hegemónico, como se puede constatar al reconocer en la naturaleza misma, siempre ambivalente, de su (re)creación simbólica.<sup>38</sup>

No obstante, es importante poner de relieve que Albuquerque Júnior contribuye de forma sustancial a una visión innovadora y epistemológicamente crítica desde una línea que, de algún modo, se inspira en los llamados estudios poscoloniales que tienen entre sus pioneros a Edward Saïd y su obra *Orientalismo*. En este libro aborda la “invención” del Oriente (básicamente el Oriente árabe-islámico) por Occidente (Saïd, 1990 [1978]). El tratamiento de las identidades (regionales, nacionales, étnicas, entre otras) por investigadores vinculados a los también llamados “estudios culturales” (que comenzaron con Raymond Williams, a finales de los años cincuenta), especialmente en Inglaterra, legó importantes aportes a la geografía regional entre los que se incluye una efectiva renovación (cuando no una especie de “superación”) del pensamiento marxista por la reelaboración de la dimensión cultural.

---

38 Como afirmábamos aún en 1988 sobre la identidad gaucha: “Como la identidad regional nunca es solo un producto o resultado de la creación y manipulación de una fracción de la clase dominante, cabe comprender también la fuerza de sus raíces populares, entre clases que pueden, a través de un rescate semejante, dar nuevos ánimos a sus movimientos reivindicativos. Pues, así como la burguesía industrial y financiera puede hacer uso de la cohesión proporcionada por la reanudación del gauchismo, para defender su condición privilegiada dentro del capitalismo brasileño, no existe aquello que condene a las clases campesinas (o a los asalariados urbanos), para que no hagan uso de esta identidad, tantas veces impuesta, para reivindicar su lugar o, por lo menos, uno menos segregado dentro de la sociedad regional” (1988: 91).



### 3.5. PERSPECTIVAS “NEO-MODERNAS”

De la visión fragmentaria, híbrida, procesual y más “local” de Thrift y de la lectura discursiva y deconstructivista de autores como Albuquerque Júnior pasamos a la relectura de la región –o del discurso sobre la regionalización– desde otras perspectivas, de alguna forma, aún “modernas”.<sup>39</sup> Este abordaje, que podemos denominar neo-moderno –o, en expresión de Giddens (1991), de la “modernidad radicalizada”– puede adquirir diferentes connotaciones de acuerdo, principalmente, con la posición filosófica y/o política de los autores.

Así, distinguimos cuatro vertientes: una más conservadora y menos elaborada teóricamente, representada especialmente por Kenichi Ohmae; una segunda, que recupera algunos elementos “premodernos”, como el espíritu de comunidad, y refortalece la relación sociedad-naturaleza a través de las “biorregiones”; una tercera, mucho más elaborada desde el punto de vista teórico pero sin rupturas fundamentales en el nivel político, en especial aquella inspirada en la teoría de la estructuración de Anthony Giddens (1989 [1984]) y en el neokantismo (como es el caso de la propuesta del geógrafo alemán Benno Werlen); y, finalmente, una vertiente más crítica, directa o indirectamente influenciada aún por el marxismo y que, en mayor o menor grado, enfatiza las cuestiones de orden económico. En ella participan geógrafos como Massey, Agnew, Soja, Storper y Scott.

#### **El globalismo neoliberal y el “Estado-región” de Kenichi Ohmae**

Si comenzamos por los autores más conservadores –y/u optimistas– en relación con los procesos de globalización, podemos destacar a Kenichi Ohmae, verdadero gurú de los globalistas, consultor de grandes empresas y gobiernos nacionales.

Para Ohmae (1996) –autor que no se debe considerar propiamente un teórico, vinculado con el pragmatismo de sus asesorías– la región se ve revigorizada con la pérdida de poder de los Estados-nación y la consolidación de la dinámica global. En un mundo “sin fronteras” (Ohmae, 1990) el Estado se torna un instrumento prescindible, casi en extinción, y, en su lugar, aparecen las “economías regionales” o los “Estados -región transnacionales” emergentes, con una importancia

---

39 Sobre la gran diversidad de posiciones dentro de la “modernidad”, véase el balance que hicimos en “Questões sobre a (pós-)modernidade” (Haesbaert, 2002, publicado originalmente en la revista *Geo UERJ* N° 2, 1997). Por ejemplo, Foucault, desde una posición radicalizada respecto de la ambigüedad del término afirma que solo consigue entender efectivamente el sentido de la “palabra modernidad” en Baudelaire (Foucault, 2000). El mismo Albuquerque Júnior reconoce, concretamente, la pertinencia de una “modernidad” (no muy clara en su definición) en la superación del “regionalismo arcaico” nordestino.

mucho mayor que los territorios nacionales en lo que se refiere a la inserción en los circuitos económicos globales.

Ohmae radicaliza su posición: con el “fin del Estado-nación” (o casi) emergen “economías regionales” que establecen un nuevo modelo de áreas geográficas capaces de atender con mayor ventaja los requisitos de un capitalismo globalizado. Revigorizando la noción de región en su perspectiva económica, él propone los Estados-región como

[...] unidades económicas, y no políticas, y su foco no tiene nada de local. Ellos [los “Estados-región”] pueden residir dentro de las fronteras de un Estado-nación establecido [por ejemplo, la región en torno a São Paulo, en el caso brasileño]; sin embargo, son motores del desarrollo tan poderosos porque su orientación y su relación básica se da con la economía global. [...] Los Estados-región tienen que ser suficientemente pequeños para que sus ciudadanos compartan intereses como consumidores, pero de tamaño suficiente para justificar economías no de escala [...] sino de servicios, a saber, la infraestructura de comunicaciones, de transportes y de servicios profesionales esenciales a la participación en la economía global. (Ohmae, 1996: 83-84)

Situados en las áreas más dinámicas intra- o transnacionales, sin fronteras claras, los Estados-región corresponderían a la escala geográfica más viable para la reproducción de la dinámica económica global. Ellos acogerían ampliamente las inversiones externas e irían contra “las preocupaciones retrógradas del Estado-nación al que pertenecen” (1996: 74).

Podemos afirmar que para Ohmae la región es la escala óptima que debe ser estimulada a fin de asegurar los requisitos básicos del neoliberalismo global, sustituyendo el propio papel del Estado.<sup>40</sup> Incluso llega a proponer el número de habitantes que el Estado-región debería tolerar (“en un rango de cinco a veinte millones”). En síntesis, en su optimismo global-regionalista él afirma que “donde existe la prosperidad, su base es regional” (1996: 95). Por más criticable que sea esta propuesta surgida de uno de los gurús de la globalización, ella exige por lo menos el reconocimiento de una evidencia clara: están surgiendo nuevas formas de articulación espacial, más allá de los contextos locales-puntuales (la disputa por inversiones entre municipios, por ejemplo) y del cierre de las fronteras nacionales, igualmente impregnadas de los intereses altamente selectivos de la economía

---

40 Esta visión recuerda la de la región como “casi-Estado”, defendida por autores como Boisier (1992). Sin embargo Boisier, resalta su papel político de “mini-Estado”, producto de la descentralización político-territorial que da mayor autonomía a las regiones, como es el caso de muchas de las llamadas “eurorregiones”.

globalizada.

### **El nuevo énfasis en las relaciones sociedad-naturaleza y las “biorregiones”**

El concepto de “biorregión”, al igual que el Estado-región de Ohmae, tiene claras pretensiones pragmáticas, aunque en un sentido, en general, mucho más crítico con relación al orden globalizador vigente. Se trata de un concepto moldeado en el contexto de los movimientos sociales norteamericanos de base ecológica hace algunas décadas (Berg, 1977; Parsons, 1985). Hoy se proyecta también hacia algunas localidades de América Latina, y realiza incursiones en Europa, Japón y Australia-Nueva Zelanda.

Así como el Estado-región de Ohmae intenta aprehender una de las cuestiones más urgentes de la globalización contemporánea, sus efectos sobre el poder del Estado-nación y la fuerza de las grandes corporaciones transnacionales en el establecimiento de su lógica económica global (que privilegia de forma altamente selectiva algunas regiones), el llamado biorregionalismo procura dar cuenta de otra problemática fundamental: la cuestión ambiental o ecológica.

Para algunos defensores del biorregionalismo, como Mike Carr (2004), se trata también de contraponer a la lógica monocultural del “globalismo” de las grandes corporaciones, que abogan por un único o algunos pocos productos para cada región del mundo, una lógica de la diversidad –al mismo tiempo biológica y cultural– más enfocada en la atención de las necesidades de los grupos locales/regionales y sólo secundariamente en el mercado global. Sin duda, se trata de una toma de posición frente a una cuestión de gran actualidad, especialmente en un momento en que dada la crisis del modelo alimentario de dimensiones planetarias, paradójicamente el mismo Banco Mundial, intenta reorientar su política, valorando ahora los productos de atención a los mercados regionales-nacionales.

A partir de la definición naturalizante de biorregión de Berg como “lugares de vida únicos con sus propias formas de suelo y tierra, cuencas hidrográficas y climas, plantas nativas, animales y muchas otras características naturales”, Carr afirma que ella sustenta un concepto de biorregiones como “regiones únicas, literalmente regiones *de vida* [*life regions*] que componen la eco-esfera” (2004: 75; énfasis propio). Se trata, según el autor, de un abordaje holístico que trabaja, al mismo tiempo, con el todo y con las partes, sin ser “parroquiiana, estrecha y excluyente”, sino “comprensiva, amplia e inclusiva” (2004: 76), pues vincula lo local, lo regional y lo planetario y, por eso, tiene fronteras flexibles y permeables.

Sin embargo, además de esta dimensión físico-biológica, comúnmente privilegiada en los abordajes estatales y corporativos, se debe agregar una perspectiva cultural/fenomenológica que se enfoque tanto

el “terreno geográfico” como “el terreno de la conciencia” (2004: 76). Así, afirma Carr:

Esta inclusión de la cultura en la naturaleza distingue el concepto de biorregión de muchos conceptos ecológicos, de las “ecorregiones” de las ciencias naturales, que típicamente excluyen la cultura humana del mundo natural y que, por lo general, consideran por separado las cuestiones culturales de las de ecología de las ciencias naturales. En contraste, el concepto de biorregión es fluido, dinámico y ampliamente abierto, pone a la comunidad humana en el interior de las comunidades naturales y reconoce lazos vitales entre los terrenos de la conciencia humana y los terrenos geográficos (sic). El proceso efectivo de definición de una biorregión [...] está basado en intentos por posicionar la cultura en la naturaleza a través de la praxis de vida en el lugar. (2004: 77; traducción libre)

Es muy importante destacar aquí el carácter “no-parroquiano” de las biorregiones, que pueden (o aún deben) aparecer en varias escalas distintas, inclusive en una visión de “identidad biorregional” multi- o pluriescalar. No se trata, por tanto, de la restauración de aquello que Massey (2000 [1991]) denominó un sentido tradicional del lugar, introspectivo y autodefensivo, de fronteras bien definidas e identidad homogénea. En esta línea, más allá del “ecologismo” con que algunos lo presentan, se trata de un concepto con potencial para muchos debates y reconfiguraciones en el futuro, especialmente porque reubica en el primer plano la discusión sobre las relaciones entre sociedad y naturaleza.

#### **La teoría de la estructuración de Anthony Giddens y la perspectiva neokantiana de Benno Werlen**

La contribución de los sociólogos al debate regional no fue pequeña. Además del ya destacado artículo de Pierre Bourdieu (1989) en el contexto francés sobre región e identidad regional, tenemos, en el ambiente anglosajón, la contribución muy relevante de Anthony Giddens, sobre todo su texto “Tiempo, espacio y regionalización” (Giddens, 1989 [1984]). Su repercusión fue tan grande que entre sus desdoblamientos puede encontrarse una colección casi exclusivamente dedicada al debate de su teoría en la geografía regional (Johnston, Hauer y Hoekveld [orgs.], 1990).

A través de los procesos de “estructuración”, Giddens proponía una formulación teórica capaz de superar la dicotomía sociológica entre estructura social y comportamiento individual. Según Johnston *et al.* (1990), la socialización humana a través de las estructuras, también ellas creaciones humanas, se da por acciones que al mismo tiempo que reflejan estas estructuras las recrean, en una continua

interrelación reflexiva entre estructura y agente. Integrados en sistemas cotidianos, rutinarios, de reglas, estos agentes sociales necesitan de unidades organizativas menores, del contacto cara a cara, para hacer valer y, al mismo tiempo, recrear el sistema social más amplio. A estos “sistemas sociales regionalizados” Giddens les da el nombre de *locales*, “contextos espaciales particulares” que algunos geógrafos proponen denominar más simplemente “regiones”, “circunstancias contingentes en las cuales las personas son hechas y en las que ellas actúan como agentes dentro de estructuras que son nuestros modos de organizar la vida para nosotros mismos en la Tierra” (Johnston *et al.*, 1990: 8).

En este sentido, Lee (1990), citando a un Nigel Thrift “estructuracionista” (en una obra de 1983), afirma que la región debe ser abordada como

[...] “activamente pasiva” [...] lugar de encuentro de la estructura social y del *agenciamiento* [*agency*] humano, suficientemente sustantiva para ser generadora y conductora de la estructura, pero también suficientemente familiar [*intimate*] para asegurar que los “aspectos como-criaturas” de los seres humanos no se pierdan. (Thrift, citado en Lee, 1990: 113; traducción libre)

Para Giddens, la “regionalización” se realiza a partir de los diferentes espacios-tiempos en los que nos situamos cotidianamente. Así, ella significa “el movimiento de trayectorias de vida a través de escenarios de interacción que presentan diversas formas de demarcación espacial” (1989: 93), no como una simple localización en el espacio sino “referente a la división en zonas de tiempo-espacio en relación con las prácticas sociales rutinarias” (1989: 96), que pueden darse en múltiples extensiones y escalas –las más amplias necesitando, obligatoriamente, un elevado grado de institucionalización–. Va más allá, por tanto, de la mera delimitación de una diferenciación geográfico-material del espacio.

Otra visión, teóricamente bastante elaborada, de algún modo también ligada a la teoría de la estructuración de Giddens, y bastante favorable a los procesos de globalización, es la de Benno Werlen (2000).<sup>41</sup> Este autor hace uso, preferiblemente, de dos términos correlacionados con el de región: regionalismo y regionalización, en coherencia con su perspectiva neokantiana y fenomenológica (en la línea de Husserl y Schutz) centrada en la acción y no en el espacio que él, fiel a Kant, considera un “cuadro formal de referencia para los

---

41 Lamentablemente, por falta de dominio de la lengua alemana, no tuve acceso a su obra más importante en la temática de la regionalización, *Sozialgeographie alltäglicher Regionalisierung. Band 2: Globalisierung, Region und Regionalisierung* (Geografía Social de las regionalizaciones cotidianas, volumen 2: Globalización, Región y Regionalización, Werlen, 1997).

componentes físicos de las acciones” y no un “objeto material” o un “concepto empírico” (Werlen, 2000: 9).

Recordando un poco a la “primera” Ann Markusen, que prefería “regionalismo” a “región”, evitando así la reificación del espacio, Werlen prioriza la acción y no los “objetos”. Al definir regionalismo, por ejemplo, él se refiere a un movimiento de doble rostro, pautado en “unidades holísticas pre-modernas” pero que reivindica, “en el sentido moderno, derechos de autodeterminación”, con el “dominio de categorías espaciales sobre categorías sociales” (Werlen, 2000: 8). En otras palabras, el regionalismo es “una tentativa de glorificar las formas de vida tradicionales pre-modernas bajo condiciones de la modernidad tardía” (Werlen, 2000: 17). Se contraponen así, “sociedades regionales tradicionales”, “espacialmente centradas”, y “sociedades globalizadas de la modernidad tardía”.

Sin embargo, Werlen es mucho más favorable a la regionalización, reconociendo su misma relevancia en un mundo globalizado y, en la línea de Giddens, defendiendo estudios de las “regionalizaciones de la vida cotidiana”. Para él, en una geografía centrada en el sujeto y en la acción, y no en el espacio, “las implicaciones regionalizadoras de las acciones humanas son de interés central”. En la línea de la regionalización propuesta por Giddens (1989 [1984]) como una zonificación del espacio-tiempo relacionada con las prácticas sociales cotidianas,<sup>42</sup> Werlen propone tres tipos y seis subtipos de regionalizaciones (2000: 22), que abarcan desde el ámbito productivo y del consumo hasta el normativo-político y el informativo-simbólico. En síntesis:

Una geografía social basada en la acción objetiva de reconstruir regionalizaciones cotidianas del mundo de la vida [globalmente vinculadas] de sujetos humanos y de examinar críticamente las representaciones geográficas no cuestionadas del mundo que con tanta frecuencia son movilizadas políticamente por los discursos regionalistas y nacionalistas, [...] dos formas específicas de iniciativas políticas de regionalización del mundo. (Werlen, 2000: 23)

### **El abordaje “neomarxista” y la dis-continuidad de la región**

El rescate de la región frente a los procesos de globalización aparece, también, en diferentes abordajes políticamente bastante críticos ligados directa o indirectamente a una base materialista dialéctica. Podemos diferenciar aquellos que otorgan énfasis a las formaciones más “tradicionales” (como aquellas de perfil zonal, vinculadas a

---

42 Es importante destacar aquí la proximidad de los dos autores. Werlen realizó estudios con Giddens en Inglaterra, y este escribió el prefacio a la edición inglesa de su *Society, Action and Space: an alternative Human Geography* (Werlen, 1995).

movimientos regionalistas ligados directamente al Estado-nación) de aquellas construcciones más innovadoras (como las que admiten la construcción de regiones discontinuas o en red).

Algunas propuestas de Agnew (2001) enfatizan el mantenimiento de las regiones a partir del reconocimiento de los tradicionales fenómenos mesoescalares como los regionalismos y las identidades regionales, distinguiendo, obviamente, los elementos responsables hoy por este refortalecimiento, como la fragilización de los Estados (en especialmente en el antiguo bloque socialista) y las reacciones en el interior de la dinámica globalizadora. Otro grupo de propuestas admite y enfatiza el carácter discontinuo de la región, tanto en la forma de una “región con agujeros” (Allen, Massey y Cochrane, 1998), como en la de una “red regional”, sobre todo de bases urbanas, como en la “ciudad-región” de Scott, Agnew, Soja y Storper (2001).

Allen, Massey y Cochrane repiensa la región desde un abordaje que, aunque muy probablemente no concuerde con el término, proponemos denominar como neomarxista, por las raíces en las que se sustenta; un marxismo bastante abierto y que dialoga francamente con otros abordajes (posestructuralistas), incluyendo allí la discusión sobre las representaciones (análisis del discurso) y la identidad. En este repensar la región ellos recuperan la relevancia de la mesoescala regional, analizando empíricamente lo que denominan la región neoliberal del sudeste de Inglaterra. Esta es vista a partir del proyecto neoliberal de Margaret Thatcher, que priorizó esta área como el principal foco de inversiones del país, dejando en segundo plano el norte industrial que correspondió en el pasado al área *core* de la economía inglesa.

Sobre esta base empírica los autores formulan un concepto de región que pone en jaque algunos de sus elementos tradicionales, como la continuidad espacial. Un elemento central en esta propuesta es la idea de cohesión, un poco en la línea de la “cohesión funcional” aludida por Santos (1999), pero a la que se agrega también a lo que proponemos denominar una “cohesión simbólica” del campo de las representaciones, más subjetivo. Los autores se refieren así no solo a los lazos económicos, más concretos, afianzados a través de la economía capitalista, sino también a cómo el discurso (en los medios, por ejemplo) elabora una imagen (pretendidamente) integrada, una identidad común a toda la región sudeste de Inglaterra. Esta identidad, altamente positiva, es “vendida”, podemos decir, con el mismo estilo con que se hace el conocido “*marketing* de las ciudades”. Se trata, por tanto –proponemos afirmar– de un “*marketing* de las regiones”, al mismo tiempo su creador y su criatura.

En la misma medida en que autores como Thrift se refieren a una nueva relación prioritaria, que puede extenderse de lo local

directamente al ámbito global, aquí también se priorizan las relaciones con lo global partiendo, sin embargo, de una escala regional en su sentido más difundido, supralocal e infranacional. Algunas regiones más claramente definidas, como la Cataluña española, demuestran bien esta relación con los circuitos globales, así, se busca la autonomía frente a los poderes centrales nacionales a fin de dialogar directamente con los circuitos económico-políticos en la escala transnacional, en este caso, europea o global.

Debido a que, desde este punto de vista, las regiones se construyen tanto material como discursivamente, dentro de un sistema de representaciones, cada una de estas modalidades afecta a la otra, y la cohesión dada por la “imagen” de la región puede ser más firme que las propias relaciones materiales que ella contiene. Además, rara vez una región manifiesta, como aún parecía ocurrir en los tiempos de La Blache, una coherencia entre espacio económico, político-social y cultural (sin hablar de lo natural). En el caso del sudeste de Inglaterra, aunque la política económica de Thatcher pudiera haber tenido algún éxito en un plano más estrictamente cultural, traduciendo un sentido mínimo de cohesión simbólica para la región (por lo menos con relación a los grupos hegemónicos), las prácticas económicas neoliberales efectivamente producidas seccionaron el espacio, de forma que se “integrara” o se diera cohesión (funcional, en este caso) solo para algunas parcelas altamente selectivas, creando lo que los autores van a denominar “región con agujeros”,<sup>43</sup> debido a la cantidad de áreas excluidas del *boom* económico neoliberal.

Así, sería imposible, trazar un “retrato completo” de la región, en la medida en que los múltiples sujetos que la construyen producen espacios muy poco conectados entre sí. El sur de Inglaterra de los más pobres, por ejemplo, que constituye buena parte de lo que ellos denominan los “agujeros” de la región, poco o nada tienen que ver con los espacios de los más ricos, territorios-red intensamente conectados dentro de los circuitos del capitalismo globalizado –cercano a aquello que Harvey (1985) llamó “coherencia estructurada” para la producción y el consumo–. Los autores, sin embargo, van más lejos: destacan la región como “*locus* de poder”, vinculado a múltiples escalas (y no solo subordinado a una escala más amplia, como aquella de la “globalización”, pudiendo también intervenir allí), cuya “coherencia regional” parte simplemente del principio de que en el caso de los mecanismos de crecimiento neoliberal adoptados para el sudeste de

---

43 Para hacer alusión a esta configuración, los autores recurren a la metáfora del *doily*, una servilleta de crochet colocada bajo platos o copas, cuyo tejido, repleto de aberturas, permite visualizar la superficie de la mesa.



Inglaterra, estos no se difundirán por el resto del país. Esta coherencia restringida a ciertas relaciones económicas puede enlazarse de modo contradictorio con “otras geografías de otras relaciones sociales” (1998: 58). Así, los autores defienden:

[...] una habilidad para definir regiones/lugares [aquí los dos conceptos pueden confundirse] para ciertos propósitos (de modo a capacitar para la formulación de ciertas cuestiones), al mismo tiempo que sustentan la noción de que éste es un modo de ver, una perspectiva al respecto, una espacialidad más entera que puede estar repleta de incoherencia y paradoja [...]. A pesar de eso, es importante también analizar la naturaleza y el grado de integración de esa hipotética región. (Allen *et al.*, 1998: 58, traducción libre)

Aunque las diferenciaciones continúen definiendo las regiones, estas diferencias, hoy, son mucho mejor identificadas por el análisis de las interconexiones que de las oposiciones o contrastes, o sea, interesan mucho más las relaciones interregionales que los tipos de frontera, de separación. Así, la región, en un sentido bastante genérico, se torna más porosa, inestable, no posee límites claros y está dotada de una gran variabilidad interna.

Creemos que la principal innovación de la propuesta de estos autores es, justamente, el énfasis en esta intensa diferenciación o fragmentación intrarregional, especialmente a través del fenómeno de la “exclusión” social,<sup>44</sup> y que incluye la constatación de discontinuidades internas: los “agujeros” o “áreas ‘dentro’ de la región que no se caracterizan por los mecanismos/aspectos que forman parte de los criterios de la definición regional”, o sea, los vínculos de cohesión dados por la producción económica y social del espacio en su conjunto (Allen *et al.*, 1998: 55).

#### **La visión crítica del mosaico de ciudades-región**

La visión de región de Scott (2001) y Scott *et al.* (2001), aunque no explica con el mismo énfasis la fragmentación espacial y los fenómenos que denominamos de cohesión simbólica, no está lejos de aquella defendida por Allen, Massey y Cochrane, ya comentada. Probablemente la distinción principal sea que ellos enfatizan aún más el papel de las redes y de las ciudades (en especial las ciudades globales) en la reestructuración regional. En un trabajo anterior, Scott (1998) utiliza el término *región*:

---

44 Toda la polémica en torno a este término ha sido presentada en Haesbaert (2004, especialmente en el capítulo 7.2, “Desterritorialización y aglomerados humanos de exclusión”).

[...] para designar un área geográfica caracterizada por un cierto nivel mínimo de desarrollo metropolitano, juntamente con un área de “*hinterland*” asociada, esto es, un espacio que funciona como la estructura espacial común de las actividades socio-económicas sujetas a fuerzas centrípetas o polarizadoras. (1998: 1)

Se trata de una concepción que de alguna forma da secuencia a otras ya tradicionales en geografía, como la de región funcional urbana y/o región polarizada, ya comentada, que de una forma más estandarizada y jerarquizada privilegiaba a las ciudades (especialmente las metrópolis), sus áreas de influencia y sus grados de polarización. Como afirma Soja:

Tal vez, haya llegado el tiempo de cambiar el énfasis hacia la región, absorber lo urbano en lo regional, ver el proceso de urbanización y el desarrollo del urbanismo como un modo de vida [*way of life*] simultáneamente en un proceso de regionalización y la producción de la regionalidad. (2000: 179)

Inspirada en el caso paulistano, Lencioni (2006), también enfatiza el vínculo entre metropolización y regionalización, cuya unidad se daría por la producción de las “ciudades-región” en el interior de los procesos de metropolización. Para la autora, esta nueva estructura regional instituye “las condiciones generales indispensables a la actual reestructuración productiva” y rompe con los tradicionales arreglos geográficos piramidales, pues “en la ciudad-región, las escalas entre lo local, lo regional y lo global se integran de forma anastomosada, o sea, se unen por medio de complejas e innumerables ramificaciones que no establecen una estructura jerárquica” (2006: 74).

Scott, junto a otros geógrafos, como Soja y Storper, propone la noción de “ciudad-región global”. Retoma aquí la vieja máxima de que no es la región la que hace a la ciudad, sino la ciudad la que hace a la región, no son tampoco el Estado-nación ni la empresa nacional los que de alguna forma “comandan” la estructuración regional, sino los circuitos (especialmente financieros y comerciales) de la globalización hegemónica. La pérdida relativa de poder de regulación del Estado sería, justamente, uno de los responsables de este “ascenso” de las economías y de una cierta capacidad de gobernanza regional. De allí la relevancia de que percibamos, también, los dos componentes que articulados conforman este cambio conceptual: la “ciudad-región” y la “ciudad global”.

Como tanto la ciudad-región como la ciudad global se organizan básicamente en red, regresamos a la polémica tesis según la cual la lógica de un mundo reticulado eliminaría la lógica tradicional de un mundo “regionalizado” (o, para algunos, en una terminología muy

controversial, “territorializado”),<sup>45</sup> donde se podían delimitar zonas con relativa uniformidad. En verdad, lo que podemos deducir de estos autores es que hay una superposición de lógicas reticulares (al principio, más globalizadas) y zonales (al principio, más “regionalizadas”).

Bajo la dirección de las ciudades globales, las ciudades-región “funcionan cada vez más, como nodos espaciales esenciales de la economía global y como actores políticos específicos en la escena mundial” (Scott *et al.*, 2001: 11). No es más la ciudad la que, en cuanto “unidad”, comanda la organización del espacio, sino un conjunto que se puede denominar tanto “ciudades-región” como “redes regionales de ciudades”, que emergen así como “un nuevo y decisivo fenómeno geográfico e institucional en el actual estadio de la economía mundial” (Scott *et al.*, 2001: 11). En síntesis, “en la base de todo el sistema se encuentra un mosaico o archipiélago de grandes ciudades-región que constituyen una de las principales redes estructurales de la nueva economía mundial” (Scott *et al.*, 2001: 13) y que, como los Estados-región de Ohmae, no necesariamente se restringen al interior de las fronteras de un Estado-nación.

Esta idea de “mosaico” o “archipiélago” recuerda la concepción de regiones discontinuas de Allen *et al.*, aunque estos trabajen aparentemente con una posibilidad más amplia de “regionalizaciones” (constructos que también dependen de los criterios que el investigador utiliza). Podemos agregar, entonces, que los procesos de inclusión/exclusión espaciales son fundamentales en esta nueva regionalización del mundo, que cada vez está más compuesto de regiones prioritarias y regiones secundarias o, también, por aquellas completamente despreciadas por los capitalistas globales.<sup>46</sup>

Como afirma Klink (2001), la ciudad-región global se convierte en “la plataforma privilegiada para disputar los mercados globales aprovechándose de una serie de ventajas de aglomeración”, además de constituir, frente a las limitaciones del Estado-nación, “el ámbito más adecuado para elaborar iniciativas político-institucionales nuevas y flexibles” (2001: 14). El capital internacional fluye hacia aquellas localidades que disponen de mejores condiciones en términos de conectividad (las ciudades-región son las áreas mejor conectadas a las redes globales), capacidad de innovación (con grandes centros de investigación y desarrollo), o sea, fuerza de trabajo calificada y emprendedora, flexibilidad institucional (capaces de lidiar directamente con las firmas globales), además de una óptima calidad de vida para

---

45 A este respecto véanse, por ejemplo, las polémicas proposiciones de Amin (2004).

46 En este sentido, véase el trabajo precursor de las regiones “ganadoras” y “perdedoras” de Benko y Lipietz, 1992.

los trabajadores (en especial aquellos altamente calificados), lo que incluye infraestructura urbana y seguridad pública –este último es un factor de creciente valoración si no en la práctica, por lo menos, en el discurso de las actuales “sociedades de control” o de “in-seguridad” en la que vivimos–.

Autores como MacLeod (2001), que no se limitan al análisis “regional” de las “ciudades-región”, llegan a afirmar que, por lo menos, en las áreas más influenciadas por el nuevo modelo de acumulación de un capitalismo “conocimiento-intensivo”, las regiones se tornan unidades económicas clave de la economía global. Uno de los geógrafos que más enfatizó esta perspectiva, desde un abordaje crítico no propiamente marxista, fue Michael Storper (1997). Para él, “luego de la producción en masa” del modelo fordista de acumulación, en especial a partir del comienzo de los años 1980, la economía capitalista se volcó profundamente hacia cuestiones del orden de los “regionalismos y de la regionalización” (1997: 3), una especie de “resurgimiento” de la región como foco de la economía posfordista o del llamado capitalismo flexible, pautado en las economías de la información y del conocimiento. De esta manera

En una escala más amplia, se hace evidente que aún con la creciente intensificación del comercio global y de los flujos de inversión, las especificidades nacionales en términos de productos comercializados y de tecnologías producidas crecieron: en cierto sentido, la integración no está trayendo similitud sino especialización, una forma de regionalización. (Storper, 1997: 4; traducción libre)

No solo la economía, sino también las iniciativas de orden político (de la *policy*) pasan a tener en cuenta como escala fundamental la “región subnacional”, que incluye también regiones transfronterizas, que reúnen más de un país. Desde las “regiones prototipo” de este modelo, centradas en la experiencia europea, como la famosa Tercera Italia y Baden-Wurtemberg, en Alemania, además de una otra configuración, el Valle de Silicio, en los Estados Unidos, muchos debates fueron emprendidos en torno de la posibilidad, o no, de generalización conceptual en torno de estos nuevos “sistemas regionales” (o, en otros sentidos, tipos de “arreglos productivos” y *clusters* regionales), ligados a la producción de innovaciones y articulados, sobre todo, a sectores económicos emergentes como las industrias vinculadas a la comunicación y al ocio.

Con relación a las ciudades-región, una cuestión importante es que, obviamente, estas no son espacios inmunes a las serias problemáticas generadas en el propio seno de los procesos globalizadores. Todas ellas se ven así involucradas, en menor o mayor grado, en dilemas

como la migración ilegal, la miseria y la pobreza, la lucha contra la degradación ambiental, los reclamos por derechos de ciudadanía en diversos niveles y la defensa de las identidades culturales. Se debe tener cuidado, por tanto, para no caer en una visión optimista de las ciudades-región globales como “modelos” por defender, tal como el Estado-región “óptimo” de Ohmae, ni en una lectura economicista en la que la economía es el único “motor” de esas ciudades-región.

Aunque ellas aún no funcionen como entidades institucionalizadas, su peso político es cada vez más evidente en la constitución de un poder mundial multifacético y multiescalar, y las representaciones o los símbolos que se construyen sobre (y con) ellas, no obstante no ser siempre enfatizados en el mismo grado que aquel apuntado por Allen *et al.* para el sudeste de Inglaterra, pueden ser tan importantes como su “realidad” económico-política, en un sentido más explícito.

Para finalizar este apartado, es interesante observar que más que distinciones claras, hay muchos puntos comunes entre diversos autores enfocados aquí como responsables por la “resurrección” de la región en las últimas décadas. Así, mientras en el pasado la región –o, de manera más concreta, el fenómeno regional– terminaba refiriéndose básicamente a la relación con el Estado, ahora ella se coloca, sobre todo, frente a las dinámicas de carácter global, enfatizadas en diferentes niveles por cada uno de esos abordajes. En términos de escala, mientras algunos se preocupan más por el nivel local o cotidiano de relaciones (caso de Thrift y algunos de los partidarios de la teoría de la estructuración), otros privilegian lo regional en su tradicional carácter mesoescalar (caso de Ohmae, Allen/Massey/Cochrane, Agnew y Scott/Storper), pero todos referidos, de algún modo, a la dinámica globalizadora, los circuitos regionales que “reaccionan” contra y/o sirven de base para la asimilación de los procesos globales –como si, dependiendo del contexto, diferentes escalas fueran accionadas como articuladoras de la cohesión y/o relativa coherencia regional–.

La cuestión del debilitamiento o de la reconfiguración del Estado, directa o indirectamente, también es enfocada en todas las perspectivas. Mientras que para unos, conservadores, con Ohmae a la cabeza, el Estado está prácticamente condenado a la desaparición, para otros, como Agnew y Allen *et al.*, este aún es un actor fundamental aunque pierda terreno hacia un poder de carácter más pluriescalar. El surgimiento o la necesidad de una nueva escala de gestión es defendida especialmente por Ohmae (“gestión” del libre mercado en las “economías regionales”) y por Scott *et al.* (en una preocupación mucho mayor con las condiciones sociales de los habitantes de las “ciudades-región”).

Finalmente, una perspectiva a veces de tendencia economicista está presente en algunas de estas interpretaciones, como en las que enfatizan únicamente el cambio del modelo de acumulación (del fordismo más centralizado hacia el posfordismo más flexible). Muchos, sin embargo, abren un amplio espacio para la introducción, también, de cuestiones políticas y culturales. El campo de las representaciones o de las imágenes moldeadas sobre la región, destacado por Allen *et al.*, por ejemplo, trae a la superficie, más de una vez, la discusión en torno de las identidades regionales y del regionalismo –este, aunque enfocado ahora mucho más en un sentido económico, pudiendo ser releído a través de la perspectiva de la lucha por autonomía dentro de la esfera nacional-global, como enfatiza John Agnew–.

#### **4. ENTRE REALIDAD EMPÍRICA Y CONSTRUCCIÓN INTELLECTUAL: LA REGIÓN COMO HECHO Y COMO ARTIFICIO**

Como vimos en la discusión sobre las distintas concepciones de región, hablar de región es también, concomitantemente, involucrarse con los diversos procesos y/o métodos de regionalización; ya sea priorizando el campo epistemológico, como un procedimiento operacional o instrumento de análisis propuesto por el investigador; ya en una perspectiva más realista, como un “hecho” o, de forma más matizada, como un proceso efectivamente vivido y producido por los grupos/sujetos sociales.

De otra forma, podemos afirmar que el concepto de región y, por extensión, los procesos de regionalización que lo acompañan, epistemológicamente hablando, son moldeados dentro de un amplio espectro, desde la visión más racionalista que percibe la región como mero constructo de nuestro intelecto, especie de artificio o instrumento que permite el entendimiento de las “partes” del espacio geográfico (a través de principios generales de diferenciación/homogeneización), hasta abordajes más realistas en torno a fenómenos socioespaciales efectivos, tanto en el sentido más objetivo y/o funcional, que se refiere a la organización de espacios económicos a partir de su incorporación en la división interregional del trabajo, como en el sentido de las realidades inmatriciales, simbólicas, a través, por ejemplo, de la manifestación de identidades regionales en el contexto de nuestros espacios vividos.

Agnew (1999) propone trabajar el debate regional a partir de un contrapunto entre lo que él denomina “regiones en la mente” y “regiones de la mente”, en otras palabras, posiciones “realistas” y “constructivistas”, como si la región pudiera simplemente “estar allí” y, como tal, debiera ser reconocida; o como si fuera un mero producto de la mente del investigador; en una clara tensión entre la idea de que algo es efectivamente “real”-objetivo o, simplemente, es “construido”/ajustado subjetivamente. De esta forma, este autor parte de la distinción entre

[...] aquellos que reivindican el manto “real” para sus regiones y aquellos que ven todas las regiones como meras invenciones de un observador cuyas definiciones dicen más sobre la posición político-social del observador que los fenómenos que las regiones mantienen para clasificar. Así, tenemos conflictos entre realistas y constructivistas, empirismo y posmodernismo [...]. (Agnew, 1999: 92; traducción libre)

En sus extremos, estas posiciones corresponderían de forma bastante genérica a una contraposición entre regiones que simplemente estarían en lo “real” (y a partir de allí pasarían a ser “reflejadas” o reconocidas por nuestra mente) y regiones que serían producto solo del propio intelecto, de la propia razón o de la subjetividad del investigador. De otro modo, proponemos denominar estas dos perspectivas de la región como *hecho*, evidencia “real” y, así, susceptible de ser objetivamente reconocida y/o producida, y la región como *artificio*, como instrumento, medio o constructo moldeado por el sujeto (en una perspectiva epistemológica o intelectual del investigador).<sup>47</sup>

El primer significado para “artificio” que aparece en el *Diccionario Novo Aurélio* es “proceso o *medio* para obtener un artefacto o un objeto artístico” (p. 205, énfasis propio); le sigue “habilidad, ingenio, mecanismo” o, simplemente, “aquello que es artificial”. Esto no quiere decir, obviamente, que por ser solo un medio, un mecanismo “artificial” –o, en otras palabras, algo que puede ser visto como una especie de “ardid”, falso o superfluo, negativo– él se contrapondría a lo no-artificial, a lo “natural”, a lo evidente que, en una perspectiva empirista, sería entonces lo “verdadero” y por extensión, en cierto sentido, también lo “bueno”, lo “útil”.

Tal como en el debate más amplio sobre las “representaciones” que, por lo menos en su lectura más tradicional, podrían ser vistas también, en cierto sentido, como “artificios”, la región, aunque mero artefacto analítico, obviamente no deja de tener su relevancia en cuanto indicadora/viabilizadora de caminos (“direcciones”, tal como lo expresa su etimología) y estrategias (políticas, obviamente). Esto nos

---

47 En una perspectiva un poco distinta, Ribeiro propone la región como hecho y la región como herramienta, la primera asociada “a los juegos dinámicos de la disputa de poder, inscritos en las diferentes formas de apropiación (construcción y uso) del territorio” (2004: 195), independientemente de la “acción hegemónica del presente” (2004: 194), la segunda ligada a la planificación y a los “movimientos del presente”, objeto de disputa del Estado, de las corporaciones y de los movimientos sociales (2004: 197). A nuestro entender, esta “región como herramienta” se aproxima más a lo que aquí vamos a considerar como una tercera perspectiva, más normativa y pragmática, distinguiendo así el sentido de la región como “herramienta” o instrumento analítico, intelectual, y en las acciones de efectiva transformación, especialmente aquellas ligadas a la planificación.

recuerda el famoso cuento de Jorge Luis Borges en el que un rey, fascinado por el “rigor de la ciencia” (título del relato) encomienda el mapa más perfecto de sus dominios. Al coincidir con el mismo tamaño del reino, el mapa pierde toda su razón de ser –“despedazado”, pasa a servir como abrigo para animales y mendigos (Borges, 1999)–.

El mapa o la representación cartográfica tiene su razón de ser, justamente, en el hecho de que es una simplificación, una representación, capaz –por las opciones que elija el cartógrafo– de orientar nuestra localización y nuestros desplazamientos. De la misma forma que nuestras regionalizaciones son vistas como meros recursos analíticos o representaciones (en sentido simple), sus “recortes” (o “aglutinaciones”) pueden revelarse indispensables para una serie de procedimientos prácticos. Es imprescindible, sin embargo, que tengamos plena conciencia de la condición (metodológica, en este caso) en que estamos utilizando el concepto.

Así, la región, por un lado, se puede concebir como un hecho o una realidad –sea en el ámbito materialista, a partir de organizar relaciones materiales o naturales del espacio, sea en la perspectiva idealista de las representaciones y símbolos que se construyen y comparten a través de ella (un “fenomenólogo” podría afirmar que, insertando allí un “espacio [efectivamente] vivido”, estaríamos superando la diada materialismo-idealismo)–. Por otro lado, en un ámbito más estrictamente epistemológico, la región puede ser vista como un artificio o mecanismo social-intelectual, necesario para la comprensión y, de forma más amplia y pragmática, para la propia producción de una nueva realidad. En verdad, si las escalas –y la propia región– son construidas y contingentes, como afirma Moore (2008), también son objeto de disputas sociales y políticas continuamente repuestas –por ejemplo, a través de las propias iniciativas de composición de “regiones-plan” promovidas por órganos estatales de planificación–.

Podríamos, entonces, agregar otra perspectiva, aquella que proyecta la concepción de regionalización no como acción efectiva de la multiplicidad de sujetos sociales (y, para algunos, también, de procesos naturales) que la producen, ni solo como recurso o convención analítica para el discernimiento de la diferenciación espacial, sino como instrumento para proposiciones concretas de transformación, o sea, a través de la región vista como instrumento de análisis pero, sobre todo, de acción/intervención –una especie de “región por construir” o ideal–, en un abordaje que adquiere un carácter normativo. De cierta forma se trata aún de un enfoque de la región como “artificio”, pero con la importante diferencia de que aquí es un artificio moldeado no exactamente para la comprensión de lo que *es* la región (o, de forma más compleja, de cómo la región *viene a ser lo que es*), sino mucho más para proyectar lo que ella *debe(ría)* ser.



En un sentido amplio, proponemos entonces identificar tres grandes caminos de referencia en el tratamiento de la región y/o de la regionalización que, a pesar de estar encajados, pueden (y muchas veces deben) ser reconocidos en su especificidad, ya que no son reducibles uno al otro:

- Un abordaje más “realista” de la región como hecho, en el sentido epistemológico más tradicional de la región como un dato, evidencia empírica externa al sujeto conocedor (al que corresponde entonces “reconocerla”), así como en el sentido más ontológico de la praxis que, a partir de allí, propone trabajar con la interacción sujeto-objeto, teoría-práctica;
- Un sentido en una línea más estrictamente epistemológica, en un abordaje racionalista de la región como artificio o constructo que, en cuanto instrumento metodológico, responde a cuestiones analíticas, de manera que se vuelve “operacional” para los requisitos y/u objetivos del investigador.
- Un sentido más normativo o pragmático-político (de lo que la región “debe ser”), de la región como instrumento de acción y/o proyecto de intervención en lo real, o sea, de alguna forma vinculada a mecanismos de planificación y acción.

Finalmente, al lado de estas tres grandes formas de abordaje defendemos, más adelante, la región/regionalización como *arte-facto* –una expresión que busca conjugar, al mismo tiempo, el carácter “factual” o, en un sentido más amplio, fenoménico (y que extrapola la dimensión material, tan frecuentemente priorizada, extendiéndose por la concepción de lo simbólico y de lo “vivido”)–, y el carácter “artificial” o, en una perspectiva no-dicotómica, constructivo/constructivista de la región. Consideramos que el término *arte-facto* (o, si queremos, *artefacto*) consigue sintetizar bien esta ambivalencia o, de otra forma, este carácter relacional del espacio regional.

#### **4.1. ABORDAJES “REALISTAS”: LA REGIÓN/REGIONALIZACIÓN COMO HECHO Y/O EVIDENCIA EMPÍRICA**

Utilizamos el término “realismo” entre comillas para enfatizar uno de sus sentidos, bastante amplio, sin entrar, así, en la gran polémica que el término involucra en sus diferentes manifestaciones histórico-filosóficas. Nos centraremos en aquello que algunos llaman “realismo científico”, el cual reconoce que nuestros objetos de conocimiento son absoluta (mucho más en las ciencias naturales) o relativamente (mucho más en las ciencias sociales) “independientes

de la investigación o, de modo más general, de la actividad humana” (Bhaskar, 1996: 647).<sup>48</sup>

En su sentido más amplio, en la historia de la geografía regional encontramos varias posiciones que podemos considerar de forma genérica como “realistas”, desde las más “naturalistas” correspondientes a la primera mitad del siglo XIX, hasta otras más culturales, por ejemplo, en “un cierto” Vidal de la Blache, a comienzos del siglo XX. No obstante, debemos tener cuidado en no generalizar, pues, como ya vimos, hay diversos Vidal de la Blache. En uno de sus primeros textos sobre regionalización, “Las divisiones fundamentales del territorio [o del suelo] francés” (Vidal de la Blache, 1888), trata explícitamente la región como un dato, “algo vivo que el geógrafo debe desear y reproducir”. La base empirista allí implícita, lo real como un dato por “reflejar” en nuestro pensamiento, es clara, y se sobreentiende también la lectura del mundo, de las “regiones” como una realidad evidente.

Así como hay diversos La Blache, hay además un número mayor de lablacheanos. Por ejemplo, si consideramos a Camille Vallaux, un autor que recibió su influencia, es curioso observar que Hartshorne lo utiliza justamente para corroborar la idea contraria de que la síntesis regional no pasa de ser un “artificio lógico y un método de enseñanza [o de instrucción]” (Vallaux, citado en Hartshorne, 1939: 461). Hartshorne criticaba el concepto de región a partir de “unidades definidas, concretas, cuando no naturales” (1939: 426), que reaparecerá en la transición del siglo XIX al XX, argumentando la hipótesis de que la región no era ni evidente ni un producto de la investigación geográfica.

Algunas lecturas positivistas clásicas, más directamente fundadas en el empirismo, en la experimentación y en los “hechos”, pueden ser tomadas como realistas en el sentido de que defendieron “reflejar” o “representar” fidedignamente la realidad por medio de sus conceptos, siempre susceptibles de verificación,<sup>49</sup> como si fueran sus “dobles”.<sup>50</sup>

---

48 El *Diccionario Cambridge de filosofía* (Audi, 1999) identifica también un “realismo metafísico” referido a la existencia de la “realidad” (o del “ser”) del mundo exterior, independientemente de la experiencia o de la idea/conocimiento (para muchos, del sujeto).

49 “Aunque no todos los positivistas restringieran tan claramente el significado de las formas de experiencia que los empiristas tenían en mente, ellos estaban convencidos de que una acepción contingente genuina sobre el mundo debía ser verificada a través de la experiencia o de la observación” (Audi, 1999: 514).

50 En una posición diferente y más estricta del realismo, como el realismo crítico, que reconoce la distinción entre el mundo y su pensamiento, más allá de la diada verdad absoluta-relativismo, Sayer (2006) defiende justamente el “no-realismo” de los positivistas al imaginar el conocimiento como simple reflejo de nuestro mundo.

Ciertos neopositivistas (o positivistas lógicos), como bien sabemos, terminaron sin embargo, sobrevalorando modelos *a priori* y concentrando su atención en el sujeto del conocimiento, en la razón, en los modelos teóricos. En este caso, la región aparece no como un hecho, realidad empírica, sino como simple artificio, instrumento analítico del investigador. Este enfoque será tratado en el próximo apartado.

La dialéctica marxista, en su crítica a la lógica formal neopositivista, de cierto modo reubica el realismo sobre bases fundamentalmente nuevas, en el centro de la arena geográfica, valorizando la praxis geográfica e históricamente producida. La región, mucho más que un mero recurso analítico aparece como realidad social e histórica, construida permanentemente a través de la dialéctica sociedad-espacio y/o cultura-naturaleza. Las reacciones más subjetivas de diversas corrientes ligadas a la llamada geografía humanista, enfatizando, por ejemplo, la región como “espacio vivido”, correrán paralelas en una crítica tanto al idealismo objetivista de los neopositivistas como al estructuralismo materialista de muchos marxistas.

Murphy (1991), en un intento de realizar la interacción entre perspectivas estructuralistas (o “estructuracionistas”, en los moldes teóricos de Anthony Giddens) y humanistas, argumenta que el efectivo carácter (realista) de las regiones debería ser considerado en la concepción de los procesos sociales que allí tienen lugar:

Esto, a su vez, requiere una teoría social en la que composiciones regionales [*regional settings*] no son tratadas como simples abstracciones o datos espaciales *a priori*, sino como resultado de procesos sociales que reflejan y moldean ideas particulares sobre cómo el mundo está o debería estar organizado. (1991: 24; traducción libre)

Gregory (2001), en una lectura más estrecha del realismo, lo afilia, sobre todo, al materialismo histórico y a la teoría de la estructuración a partir de la vinculación entre realismo y práctica. A pesar de la fuerza que estas corrientes tuvieron, como ya vimos, en la renovación del pensamiento regional, especialmente en el tratamiento de la región como producto del desarrollo capitalista desigual y combinado y de las diversas formas de división espacial del trabajo, el autor reconoce que

El realismo era una presencia poderosa en la geografía humana de los años 1980, pero su estrella parecía declinar en la década de 1990. En parte, tal vez, como parte del resultado de las conexiones establecidas entre el realismo y el materialismo histórico, y entre el realismo y la teoría de la estructuración. La retirada (o el avance más allá) de estas formulaciones parece haber ocurrido paralelamente al desplazamiento del realismo de la posición central que había asumido en la geografía humana pos-positivista. En parte, tal vez, también como resultado de una profunda incertidumbre

acerca de cómo venían siendo escritos aportes conducidos bajo el signo del realismo. (Gregory, 2001: 675)

Corrientes contemporáneas dentro del posestructuralismo pasaron a valorar el carácter más relativo del conocimiento, llegando más recientemente al colmo de reacciones de autocrítica con el subjetivismo y/o al culturalismo de algunas de sus proposiciones, como hace la llamada “teoría no-representacional”, más realista (o, tal vez, defienden sus partidarios, más allá de la díada realismo-idealismo), acuñada por Nigel Thrift (1996, 2008), ya citada aquí al comentar su propuesta de una “nueva” geografía regional. Según el mismo autor, en resumen escrito para el *Diccionario de geografía humana* organizado por Johnston *et al.* (2001), este abordaje propone una “teoría de las prácticas móviles” que cuestiona la sobrevaloración del campo de las representaciones y enfatiza “teorías de la práctica que amplifican el potencial de flujo de los eventos” (Johnston *et al.*, 2001: 556).

Sin duda, como se percibe, en el debate sobre el realismo –o, si se quiere, para valorar también una de sus manifestaciones en un sentido más propiamente epistemológico, el empirismo– en geografía y, más específicamente en la geografía regional, aún queda un amplio camino por recorrer.

#### **4.2. ABORDAJES ANALÍTICO-RACIONALISTAS Y/O “CONSTRUCTIVISTAS”: LA REGIÓN/REGIONALIZACIÓN COMO ARTIFICIO O CONSTRUCTO INTELLECTUAL**

Al contrario de determinadas perspectivas llamadas realistas, para buena parte de los que son conocidos como “constructivistas”, el conocimiento no proviene de lo que “está” en la misma empiria; antes bien, es producto de nuestras prácticas e interpretaciones sociales. Entre sus diversas versiones, muchos sustentan también que como en la expresión del *Diccionario Cambridge de filosofía*, “el mundo nos es accesible solamente a través de nuestras interpretaciones, y que la idea de una realidad independiente es, en la mejor de las hipótesis, una abstracción irrelevante y, en la peor, incoherente” (Audi, 1999: 855), pues, el estar en el mundo implica al mismo tiempo experimentarlo e interpretarlo. Una de las raíces de este constructivismo social estaría en el idealismo kantiano, cuando afirma que no podemos conocer las cosas en sí mismas, el mundo se hace cognoscible solo a través de la imposición de categorías *a priori* del pensamiento sobre la experiencia que, de otra forma, sería rudimentaria. Hoy, en lugar de estas categorías *a priori*, los constructivistas “creen que conceptos relevantes y prácticas asociadas varían de un grupo o período histórico [y de un espacio, podríamos agregar] a otro” (Audi, 1999: 855).

Algunos geógrafos considera(ro)n la región y la regionalización, sobre todo, o simplemente, como un instrumento analítico o constructo intelectual propuesto por el propio investigador. En este caso, podemos estar tratando con una lectura más amplia y maleable de región, en la que ella puede adquirir el sentido genérico de recorte o parcela de espacio cuya coherencia o unidad es dada solo por el criterio adoptado por el investigador. En su extremo, como ya se anotó al comentar la región de muchos neopositivistas, se identifica regionalización con clasificación o, más específicamente, la región se confunde con una clase de área.

Una de las referencias clásicas a la región como instrumento de análisis, como vimos, se encuentra en la obra de Richard Hartshorne. No obstante, es evidente que no podemos simplificar sus ricos posicionamientos, que igualmente deben ser contextualizados dentro de las transformaciones promovidas a lo largo de su extensa obra. Hartshorne afirma que le interesa la región no a partir de un “hecho obvio” sino en cuanto “construcción intelectual”. Al mismo tiempo, sin embargo, tampoco se trata de la región como “un producto de la investigación” (1939: 429). En su concepción ideal-racionalista, esto significa que la región es construida por aquello que, a falta de un término más adecuado, él denomina *pensamiento filosófico* sobre la geografía (1939: 427).

Hartshorne se refiere a autores que lo precedieron, como Camille Vallaux, ya citado aquí. En “Les Sciences Géographiques”, Vallaux afirma que, “para que la síntesis descriptiva de las regiones” pueda satisfacer todas nuestras expectativas, sería necesario aplicarla a toda la superficie terrestre, que las regiones coexistieran sin superposición y que los “hechos de la geografía física y humana” concordaran plenamente entre sí. Como esto está lejos de ocurrir, por lo menos para muchas partes del globo, “la síntesis regional” no es “nada más que un artificio lógico y un método de enseñanza” [“un artifice logique et un procédé d’enseignement”], (Vallaux, 1929: 164). Ya en este momento el geógrafo ubicaba claramente su opción entre la región como hecho, evidencia concreta, y la región como artificio, constructo, la región (“real”) por re-conocer y/o vivir y la región por “construir” (intelectualmente).

En suma, Hartshorne concluye que “no es posible definir secciones de la superficie de la Tierra como regiones que forman unidades en la realidad”, y “no podemos considerarlas correctamente como objetos individuales concretos” (1939: 457). Así:

La región en sí misma, pensamos, no está determinada en la naturaleza o en la realidad. No podemos esperar “descubrirla” mediante la investigación, sólo podemos buscar la base o las bases más inteligible(s) para determinar sus límites –en general, para dividir el mundo como un todo en regiones–. (1939: 460)

El prototipo o el ejemplo más emblemático de este abordaje analítico-racionalista fue aquel construido por algunos geógrafos de la corriente cuantitativa o neopositivista, como el geógrafo David Grigg, cuya perspectiva ya fue tratada aquí (véase “Muerte y vida de la región en una perspectiva neopositivista”). La región como simple instrumento analítico, independientemente de la “realidad”, proviene de posiciones como la de Christaller, para quien “[...] es necesario desarrollar los conceptos imprescindibles para una posterior descripción y análisis de la realidad, la teoría tiene una validez independiente de la realidad concreta, una validez basada en su lógica y coherencia interna” (Christaller, citado en Mendoza, 1982: 108-109).

De allí, como ya remarcamos, la aversión inicial de la geografía neopositivista a un concepto clásico, empirista y objetivo de región, y su priorización, muchas veces, de la regionalización como simple clasificación de áreas, mero instrumento de análisis del investigador. Se trata, en verdad, de dos perspectivas extremas: aquella en que la región se reduce a un “hecho”, una realidad objetiva por ser simplemente reconocida por el geógrafo, y aquella en que ella se restringe a un mero “artificio” elaborado intelectualmente a partir de los más diversos criterios, propuestos dentro de una pretendida objetividad del investigador.

Al mismo tiempo que identificamos esta visión de región/regionalización que denominamos analítico-racionalista, típica de la lógica formal neopositivista, encontramos también la región como “constructo social” en otras perspectivas, especialmente en aquella denominada de modo más riguroso, y por eso con un sentido mucho más apropiado, “constructivista”, que se impuso en la segunda mitad del siglo xx, y que tuvo sus raíces en pensadores como Jean Piaget y Gaston Bachelard, para luego proyectarse hacia la obra de contemporáneos como Donna Haraway y Bruno Latour.

Perspectivas que sobrevaloran el campo de las interpretaciones, como la de la región posestructuralista como “invención discursiva”, abordada anteriormente, se encuentran entre las formas más extremas de (des)constructivismo. Más adelante, sin embargo, a título conclusivo, al enfocar la región como arte-facto, regresaremos a este debate a fin de discutir posiciones más matizadas, en el sentido de un constructivismo no-dicotómico entre campo de las ideas y campo de la materialidad, o, en términos epistemológicos, entre racionalismo y empirismo. Se busca superar lecturas duales o, por lo menos, enfatizar el carácter plural del (los) constructivismo(s).

#### **4.3. ABORDAJES NORMATIVOS: LA REGIÓN COMO INSTRUMENTO DE ACCIÓN**

Esta perspectiva, muy explícita en la llamada geografía activa, en los años sesenta, que buscaba conceder un papel más comprometido y

práctico, más allá de los simples análisis regionales, ya estaba presente en autores clásicos como Paul Vidal de la Blache, demostrando la permanente relevancia del eslabón entre teoría y práctica, o más bien, entre campo analítico y campo de intervención (política). La propia región lablacheana tuvo vinculaciones muy fuertes con el Estado, y sus regionalizaciones no solo tuvieron un sentido de comprensión de lo “real”, sino que también sirvieron como instrumento de evaluación y despliegue de la base territorial de la política vigente (Mercier, 1995).

Se trata allí de una noción más normativa de región, no tanto –o no solo– interesada en reconocer “lo que es” efectivamente la región en cuanto realidad empírica o en desdoblarse y evaluarla en cuanto instrumento analítico, sino en proponer acciones efectivas, caminos, “señalar un futuro” o un devenir (delineando nuevas conexiones) de las configuraciones regionales, de modo que se adecúen a determinados propósitos político-económicos, vinculándose de alguna forma también, por tanto, a la llamada planificación regional. Aunque los cruzamientos sean múltiples, es interesante en algunos casos distinguir la regionalización que se hace primordialmente con propósitos académicos, a fin de analizar/comprender un determinado proceso social y que puede o no ser incorporada posteriormente en un proyecto político, y aquella que, de antemano, se propone para una intervención política o de planificación con todas sus limitaciones e implicaciones.

Algunos autores alega(ron) que la geografía regional, como un todo, sería “aplicada”, frente al carácter más “puro” o teórico del conocimiento efectuado por la llamada geografía general o sistemática. Este debate involucra aquel levantado por autores como Schaefer, aún en los años cincuenta, entre “ciencia pura” (que sería preferible sustituir por “conocimiento puro”) y “ciencia práctica” (“conocimiento práctico”) que, para él, es un falso dilema. Toda ciencia “aplicada” es, también, simplemente “ciencia”, a partir de sus grandes presupuestos (que Schaefer, en su ardor cientificista, denomina siempre “leyes”) y, en este sentido, el papel que algunos geógrafos proponen para la geografía regional como “ciencia aplicada” es falso:

Existe solo ciencia y ciencia aplicada. Cualquier distinción que exista será de orden práctico, una cuestión de interés o de énfasis. (1977: 27) [...] es necesario prevenirse del siguiente silogismo: la ciencia aplicada constituye el quid de la ciencia; la geografía regional constituye la esencia de la geografía. (Schaefer, 1977: 28)

De cualquier modo, concebir regiones/regionalizaciones buscando la intervención política, buscando un cambio regional en términos de descentralización política, reducción de las desigualdades

socioeconómicas o resolución de cuestiones ambientales y de discriminación político-cultural, implica no solo conocer “lo que es” la región o “cómo” ella “viene a ser lo que es” a través de la acción (y, por qué no, también de la “percepción”) de sus propios habitantes, y dominar los instrumentales teórico-metodológicos que permitan identificar “recortes” o “parcelas” regionales, sino también, estar conscientes de los impedimentos y de los requisitos específicos a las que está sujeta la acción práctico-política. Así, cuando realizamos una regionalización con vistas a determinados propósitos de intervención, nos vemos forzados a hacer concesiones y a utilizar un instrumental propio o por lo menos adecuado o adaptado al tipo de acción/resulta-do que nuestro proyecto (“plan”) pretende alcanzar –y al cual estamos, de alguna forma, también sujetos–.

Esta brecha relativa entre nuestras propuestas conceptuales y los requisitos de la práctica política, notablemente aquella vinculada a la llamada planificación regional, que exige varias concesiones teórico-metodológicas, quedó bastante evidente, por ejemplo, en nuestro trabajo de regionalización de la faja fronteriza brasileña, realizado en conjunto con el Grupo Retis, dirigido por la geógrafa Lia Machado (Universidad Federal de Río de Janeiro), y vinculado al Ministerio de Integración Nacional (Brasil. Ministerio de Integración Nacional, 2005). Los requisitos de la propia planificación estatal ya establecían, *a priori*, algunos límites a nuestra proposición conceptual (por ejemplo, dos “vectores” por priorizar: el económico –sin focalizar sus circuitos ilegales– y el cultural). Por otro lado, se trata siempre de un camino de doble vía: al mismo tiempo que puede constreñirnos teóricamente, constituye una experiencia muy rica, justamente porque puede apuntar las limitaciones de nuestros, muchas veces, demasiado pretenciosos y/o abstractos intentos teórico-conceptuales.

Queda claro, sin embargo, que no se trata de confundir el papel académico del geógrafo con el papel administrador/gestor de lo político. Como ya alertaba Pierre George con relación a la diferencia entre una geografía activa y una geografía aplicada:

[...] es muy importante separar la misión de una geografía activa, que es trabajo científico, de una geografía aplicada, o más exactamente, de una aplicación de los datos provistos por la geografía, que es tarea de administradores sensibles por esencia y por obligación a otras consideraciones y a otras presiones que las que se derivan de la investigación científica. (George, 1975: 36)

Es interesante hacer referencia también a un abordaje externo –en modo alguno ajeno– al debate geográfico y que alrededor de la misma época, o un poco antes, era sostenido, sobre todo, entre los



economistas, relativo al mismo dilema entre “ciencia” (“pura” o de ámbito más estrictamente académico) y “ciencia aplicada”. A partir de la propuesta de una “ciencia regional” por Walter Isard (1956), alrededor de los años cincuenta y sesenta, se entabló una importante interlocución con trabajos como los de Walter Christaller y August Losch, entre otros, y muchos geógrafos neopositivistas abrazaron esta perspectiva dentro de la geografía como “ciencia espacial”, orientada también hacia la planificación regional por la vía de las regiones funcionales o polarizadas. Según Di Méo, transitando entre los métodos de la econometría espacial y la sociología de los actores, la ciencia regional estudia

[...] tanto la localización de las actividades, la interacción entre los lugares como la planificación regional, los efectos de redes y escalas, la estructuración del espacio (en particular por las infraestructuras de transporte y por las ciudades) y la medida de las disparidades económicas en el espacio, especialmente referidas a las desigualdades regionales. Se dedica a la evaluación de los proyectos de desarrollo y a la economía del medio ambiente. [...] ofrece, en fin, un corpus teórico-metodológico para el ordenamiento [*aménagement*] territorial y el desarrollo regional. (Di Méo, citado en Lévy y Lussault, 2003: 778, traducción libre)

Aunque haya perdido terreno en las décadas posteriores, la “ciencia regional” representa un marco en el que estamos identificando aquí como el carácter normativo de la región o la región como instrumento de acción, implicada antes que nada, con un sentido político-pragmático. Según Benko (2009), sin embargo, hoy está ocurriendo una recuperación de la ciencia regional, especialmente en el contexto europeo, donde las políticas de regionalización están un poco por todos lados. La reciente revigorización, en la misma geografía, de una concepción económica de la región a lo largo de los años noventa mostró una paralela reapropiación de elementos regionales en la planificación bajo la forma de políticas específicas, como aquellas que creían en la “exportación” y la reproducción de modelos como el de la Tercera Italia o del Valle de Silicio y de la noción de “*clusters*” (o, en términos semejantes, de “arreglos productivos” locales/regionales).<sup>51</sup>

Finalmente, es importante registrar que este carácter “normativo” de la región o, si preferimos, de forma más amplia, el interés por la región en cuanto devenir, delineamiento de nuevas posibles articulaciones regionales (en el caso, no de cualesquiera articulaciones, sino de aquellas políticamente deseables), no se restringe a los mecanismos

---

51 En este sentido, para un análisis crítico en el caso de la política regional inglesa y sus “estrategias económicas regionales”, véase Painter (2005).

del Estado. Este se puede ampliar también a los diferentes grupos sociales que hoy, como muchos grupos subalternos en América Latina, vienen intentando rediseñar el espacio, “regionalizándolo” de otra forma, a modo de subvertir el antiguo orden tanto en el sentido de las diferencias, en sentido estricto, con el reconocimiento y la convivencia de distintos grupos y territorios (y/o regiones) culturales, como en el de las desigualdades, instituyendo, a través de la misma reconfiguración del Estado, nuevos mecanismos simultáneos de reconocimiento y de redistribución.

Evidentemente, como ya destacamos, este carácter normativo-político de la región no excluye a los otros dos, sino que a partir de ellos elabora otra perspectiva que, dependiendo de las circunstancias, también es preciso interpretar en su especificidad. Esta “región instrumento de acción” está íntimamente ligada a la segunda, una región de alguna forma imaginada o “idealizada”, en este caso, con una finalidad muy especial, ya que implica la intervención concreta, o sea, uno de los presupuestos del primer abordaje: la región en la medida en que es efectivamente “hecha” por los sujetos sociales (en este caso, por la intervención del Estado).



## Capítulo 2

### **POR OTRA REGIONALIZACIÓN: LA REGIÓN COMO *ARTEFACTO***

A los fines de indicar algunas reflexiones propositivas, buscando por sobre todo abrir nuevas preguntas y señalar posibilidades de futuras profundizaciones y no tanto ofrecer una propuesta bien acabada, pretendemos esbozar algunos caminos o perspectivas orientados a elaborar un nuevo abordaje para los procesos de regionalización y, en parte para el propio análisis regional con carácter indicativo. Esto supone también recuperar algunas de las consideraciones ya formuladas. Nos dirigimos, sobre todo, hacia la comprensión de la región no simplemente como un “hecho” (concreto), un “artificio” (teórico) o un instrumento de acción, sino como un “*artefacto*”, tomado de la estrecha relación entre hecho y artificio y, de cierto modo, también, en cuanto herramienta política.

La región vista como *artefacto* se concibe en el sentido de romper con la dualidad que muchos defienden entre posturas más estrechamente realistas e idealistas, “constructo” al mismo tiempo de naturaleza ideal-simbólica (sea en el sentido de una construcción teórica, como representación del espacio, sea de una construcción identitaria a partir del espacio vivido) y material-funcional (en las prácticas económico-políticas con las que los grupos o clases sociales construyen su espacio de forma desigual/diferenciada). “*Arte-facto*” (con guion) también permite señalar que lo regional es abordado, al mismo tiempo,

como creación, auto-hacer-se (“arte”) y, como construcción ya producida y articulada (“facto” –“fato” en portugués, como “hecho”–).

En síntesis, a partir de la discusión de la región como *artefacto* (o arte-*facto*, con guión), nuestra propuesta se basará en algunas cuestiones fundamentales, como:

- La región como producto-productora de los procesos de diferenciación espacial, tanto en el sentido de las diferencias de grado como en el de las diferencias de tipo o de naturaleza, y en el de las diferencias discretas como en el de las continuas.
- La región como producto-productora de las dinámicas concomitantes de la globalización y fragmentación, en sus distintas combinaciones e intensidades. Esto significa trabajar la extensión y la fuerza de las principales redes de cohesión o, como preferimos, de articulación regional, lo que implica identificar también, por otro lado, el grado de desarticulación y/o de fragmentación de espacios dentro del espacio regional en un sentido más amplio.
- La región construida a través de la actuación de diferentes sujetos sociales (básicamente el Estado, las empresas, otras instituciones de poder y los distintos grupos socioculturales y clases económico-políticas) en sus lógicas espaciales, zonal y reticular, aunada a la “i-lógica” de los aglomerados, que resulta, principalmente, de procesos de exclusión y precarización socioespacial (Haesbaert, 2004a; 2004b), cuya consideración es hoy, cada vez más, imprescindible.

## **1. NI SOLO UN “HECHO”, NI SIMPLE “ARTIFICIO”: LA REGIÓN COMO ARTE-FACTO**

La palabra *arte* viene del latín *ars*, que significa ‘talento’, ‘saber hacer’, y que inicialmente se asociaba con técnica, o sea, con lo que es del dominio humano, social, con lo *artificial*. *Artefacto*, más literalmente, significa ‘lo que se hace con arte’, un producto de la cultura. Aunque se refiera en primer lugar a un “objeto manufacturado, pieza” (*Diccionario Novo Aurélio*), “aparato, equipo” (*Diccionario Houaiss de sinónimos y antónimos*), en una perspectiva material se puede entender también, más en abstracto, como ‘mecanismo, dispositivo’ –o sea, se encuentra en el cruce entre lo concreto de un “hecho” y la abstracción de un “artificio” o instrumento de análisis, como abordamos antes–.<sup>1</sup>

---

1 En este sentido, *artefacto* se aproxima también a la concepción foucaultiana de *dispositivo*, que, en el resumen propuesto por Agamben (2007), es visto como un

Moore (2008), en la misma línea de lo que proponemos aquí para la región, comienza su discusión sobre escala a partir de dos lecturas con las que comúnmente se aborda: la escala como entidad socioespacial material (como ocurre entre muchos geógrafos marxistas, que él denomina “económico-políticos”), correspondiente a procesos materiales reales, y la escala como construcción epistemológica, representación o construcción discursiva (que, obviamente, puede tener profundos efectos materiales). Las críticas, tanto a esta visión “sustancialista” y reificadora de la escala como a su concepción como mero recurso analítico esconden, según Moore, un problema más de fondo, aquel que involucra la (in)distinción entre escala –y, por extensión, la aquí propuesta, región– como categoría de análisis y como categoría de la práctica. Así, con base en Bourdieu, el autor propone trabajar con esa distinción entre “categorías de la práctica” y “categorías de análisis”, las primeras relativas a la experiencia cotidiana de actores ordinarios, las segundas, distantes de la experiencia, ligadas a su uso por los científicos sociales.

Muchas veces son justamente las categorías más impregnadas del sentido común las que acaban por ser también las más reificadas, las más a-críticamente utilizadas por los científicos sociales. Por otro lado, con el argumento de que determinados conceptos, como escala y región, “no sirven” como instrumentos heurísticos, a menudo se ignora toda su importancia a través del uso en la vida común (cuando no en las propias prácticas políticas) y sus innumerables efectos materiales en las prácticas cotidianas. El menosprecio “científico” o del saber dominante, “calificado”, hacia los saberes subalternos, “dominados”, acaba por descalificar e ignorar formas de conocimiento ampliamente difundidos a través de “categorías de la práctica” –entre las cuales, sin duda, se encuentran región y regionalismo–.

Muchas concepciones operan, por tanto, en ambas categorizaciones. El problema es que, como en el caso de región, son categorías (o conceptos) que se encuentran impregnados de tal forma del sentido común que muchos científicos sociales terminan por abandonarlas como categorías de análisis o, al contrario, por esencializarlas, confundiendo completamente región como categoría de análisis y como categoría de la práctica. Aunque Moore (2008) ilustre su debate con otras dos categorías muy difundidas, nación y nacionalismo, el

---

conjunto heterogéneo de elementos materiales e inmateriales, discursivos y no discursivos, reunidos/articulados en red (de algún modo, una “región”), con función fundamentalmente estratégica, concreta, y que, así, resulta de la intersección entre relaciones de saber y de poder. Valter do Carmo Cruz, en un trabajo aún inédito, hace una interesante analogía entre *dispositivo*, en una lectura deleuze-foucaultiana, y el papel de los conceptos, más específicamente con relación al concepto de territorio.

razonamiento se aproxima mucho al que referimos aquí con respecto a la región y el regionalismo.

Queda claro que es posible evidenciar allí el carácter, a falta de un mejor término, “constructivista” de nuestros conceptos, pero en ninguna hipótesis dentro de un constructivismo moldeado solo en torno a la figura del sujeto y de sus construcciones ideales –se trata de un constructivismo no idealista que envuelve una construcción a la vez enfocada mentalmente y sustentada concretamente–. “Construcción” que, a nuestro entender, en ninguna hipótesis es fruto solo de la acción antropocéntrica de la producción intelectual, pero sí inserta en un mundo material que, al mismo tiempo que es constantemente reconstruido y/o reapropiado socialmente, se construye a sí mismo. De allí, por ejemplo, la indefectible alianza entre las dinámicas de producción e interpretación de los mundos “humano” y “no humano”, tan discutida en nuestros días.

El geógrafo Michel Lussault (2003) distingue en el constructivismo una vertiente más epistemológica y otra, digamos, más ontológica, concerniente al estatuto de aquello que los constructos cognitivos abarcan. El sujeto de conocimiento, desde este punto de vista constructivista, no refleja una realidad “objetiva”, sino que la construye al mismo tiempo que es construido por ella, oponiéndose así al positivismo realista que ve en el pensamiento un “doble” o un reflejo de la realidad objetiva. Según Gustavo Castañon, quien focaliza las múltiples vertientes y los múltiples usos del término *constructivismo*, desde su origen en la perspectiva piagetiana:

Todo constructivismo es antiobjetivista. Sin embargo, este puede asumir la tradición realista de la filosofía occidental, como en los casos del cognitivismo, del constructivismo piagetiano y del constructivismo realista del realismo crítico –o asumir un rostro idealista, que niega cualquier acceso a una posible realidad externa a las construcciones mentales o lingüísticas, como en los casos del constructivismo radical y del construccionismo social–. Es lo que ubica Held (1998) cuando observa que los construccionistas sociales presumen que un proceso activo de conocimiento por parte del sujeto, implícito en el mismo término *construccionismo*, necesita de una ontología antirrealista para sustentarse. Discrepando de esta posición, ella recuerda que la misma epistemología genética de Piaget es una forma de construccionismo que se basa en una ontología realista, al mismo tiempo que defiende la posibilidad de acceso racional del sujeto a una realidad objetiva e independiente. (Castañon: 2005: 6-7)

Así, el mismo mundo físico, para el constructivista, no es un dato, está permanentemente por construir, reinventar, en constante emergencia o devenir. Más que “dobles”, los modelos de nuestra cognición son “representaciones circunstanciales” de esa realidad (Lussault, 2003: 200). Lo “construido” no necesita, por tanto, quedar reducido al campo del

conocimiento, pues los propios fenómenos componen esta “realidad constructivista”, en la cual no solo el humano y su intelecto re-construyen el mundo como la misma dimensión “no-humana”, de alguna forma participa como “act(u)ante” (para utilizar un término acuñado por Bruno Latour) en este proceso. El espacio, en este sentido, abordado de modo relacional, lejos de aparecer como un palco o un “teatro”, se torna parte integrante e indisoluble de las mismas relaciones sociales, constituyente inherente a la condición de lo humano y de lo social.

Bruno Latour es uno de los autores que trabaja con un constructivismo matizado, al mismo tiempo realista y relativista; es decir, en verdad intenta romper la dicotomía simple entre realismo y constructivismo. Latour cuestiona radicalmente el dualismo moderno que concibe la existencia de un “mundo exterior”, separado. En la lectura de Michel Lussault, estaríamos inmersos entre:

[...] colectivos de humanos y no-humanos, de constructos momentáneamente estabilizados, en cuyo seno la ciencia es un instrumento, justamente, de estabilización. El conocimiento no revela una realidad preexistente, sino que permite que las cosas “se mantengan juntas” en un contexto dado y es este ajuste y esta estabilización construida, este artificio, lo que los actores consideran verdadero. (Lussault, 2003: 202)

Sin embargo, no se trata de “artificio” simplemente en el sentido que aquí utilizamos, hace poco, para caracterizar una determinada lectura de la región y de la regionalización. En un interesante ensayo, Latour (2002) elabora toda una crítica al antifetichismo de la modernidad que, contradictoriamente, crea su propio culto a los *fe(i)tiches*.<sup>2</sup> Él parte de la ambigüedad de la expresión “fetiches” en portugués, cuyo origen está ligado a *hechizo*, a su vez, proveniente de *hecho* “forma, figura, configuración, pero también artificial, fabricado, artificio y, finalmente, fascinado, encantado” (Latour, 2002: 16). Analizando expresiones de Pasteur sobre su actividad de laboratorio y científica, afirma que, para él, *constructivismo* y *realismo* terminan siendo sinónimos. “Los hechos, sabemos desde Bachelard, son hechos, pero el pensamiento crítico nos prepara para ver en esta etimología ambigua, el fetichismo del objeto”.

Según Maia (s. d.), la gran cuestión ubicada por Latour (o Latour-Callon, como él prefiere) es “escapar de los éxtasis relativistas sin recaer en la antigua tradición de la objetividad que emerge de las cosas en sí, de los hechos de la naturaleza, de los eventos que componen la realidad del mundo”. Así:

---

2 El autor propone un neologismo que surgiría del cruce entre “feito” (hecho) y “fetiches” (Nota de la revisora).



Su blanco es deshacerse tanto del constructivismo sociológico como del lingüístico, defendiendo algún “neorrealismo” que dé a las prácticas científicas el derecho de hablar sobre el mundo, y permita que simultáneamente también lo construyan. Así, la realidad persiste como construcción societaria pero es igualmente un agente activo (sic), con alguna autonomía de los sujetos. La orientación Callon-Latour rescató el compromiso con un realismo rediseñado que salta del mero realismo cientificista e incorpora matices constructivistas. (Maia, s. d.: 7)

En lo que concierne a la región, como vimos en el apartado “La región como hecho y como artificio”, no podemos concebirla mediante un simple recorte empírico, como una especie de “categoría de lo real” (como si la propia geografía se pudiera reducir a una ciencia empírica, definida por un objeto concreto), ni por una simple forma de interpretación, por un método, como mera “categoría de análisis”. Debemos reconocer que todo método, en cuanto “medi-acción”, o sea, como “medio-acción” (tanto “medio para la acción” como “medio/contexto y acción”), no solo es una forma de interpretar sino también de crear, y que hecho e interpretación, al contrario de la máxima nietzscheana según la cual “no hay hechos, solamente interpretaciones”, no se deben disociar.

Como el hombre es un ser reflexivo, él re-actúa tanto sobre/con los objetos (conformando así “prácticas espaciales” o un “espacio percibido” y “espacios de representación” o un “espacio vivido”, en términos de Lefebvre [1986]), como sobre/con las mismas ideas respecto de estos objetos (las “representaciones del espacio” o el “espacio concebido”). De este modo, dice Agnew, el “comportamiento humano no puede ser reducido a uno u otro, sino constituido por los dos”. Obviamente, entonces, “las regiones reflejan tanto diferencias en el mundo como ideas sobre diferencias” (1999: 92). O, en palabras de Bourdieu (1989), la región se encuentra en la esencia de una retroalimentación permanente entre representaciones de la realidad (“divisiones de la realidad”) y realidad de las representaciones (“realidad de las divisiones”).<sup>3</sup>

Es tan peligroso reducir las regionalizaciones a meras construcciones intelectuales como a prácticas concretas, explícitamente políticas, por ejemplo (que, sin embargo, también las regiones involucran).

---

3 “De hecho, no hay que escoger entre el arbitraje objetivista, que mide las *representaciones* (en todos los sentidos del término) por la ‘realidad’ olvidando que ellas pueden acontecer en la realidad, por la eficacia propia de la *evocación*, lo que ellas representan, y el empecinamiento subjetivista que, privilegiando la representación, confirma en el terreno de la ciencia la falsificación en la escritura sociológica por la cual los militantes pasan de la representación de la realidad a la realidad de la representación” (Bourdieu, 1989: 118).

Estas regionalizaciones “juegan con hechos sobre el mundo al mismo tiempo que reflejan las tendencias, intelectuales y políticas, de sus formuladores” (Agnew, 1999: 95). De esta forma, cualquier análisis regional que se pretenda consistente (y que supere la lectura de la región como genérica categoría analítica, “de la mente”) debe tomar en cuenta tanto el campo de la producción material como el de las representaciones y los símbolos, los ideales, tanto la dimensión de la funcionalidad (político-económica, desdoblada a su vez sobre una base material-“natural”) como de lo vivido (simbólico-cultural, más subjetivo). En otras palabras, como destacaremos más adelante, tanto la cohesión o lógica funcional como la cohesión simbólica, en sus múltiples formas de construcción y des-articulación (donde, es claro, dependiendo del contexto, una de ellas puede terminar imponiéndose sobre –y rehaciendo a– la otra).

Los abordajes funcionalistas sobre región terminan abandonando, a veces de forma radical, la dimensión específica de lo vivido. Como afirma Entrikin (1991) para el concepto de lugar, “caracterizar lugares como todos funcionales o como sistemas regionales tiene una utilidad clara en la planificación de actividades o en la vida cotidiana, cuando vemos el lugar como algo que nos es exterior y como algo por manipular para fines particulares”. Esta concepción funcional de lugar y región (región como “sistema” regional) “es, con todo, un constructo intelectual que abstrae las cualidades contextuales específicas que proporcionan su significación existencial” (Entrikin, 1993: 131). De este modo, otros autores también pusieron de relieve la dimensión del espacio vivido (Frémont, 1976) y las identidades territoriales en la producción de la diversidad geográfica regional.

En lo que se refiere a esta vinculación indisociable entre dimensiones funcionales y simbólicas tenemos, en el ámbito geográfico anglosajón, además de las posiciones ya destacadas de autores como Allen, Massey y Cochrane (1998) y Agnew (1999, 2000, 2001), proposiciones como las del geógrafo finlandés Anssi Paasi, en sus distintos trabajos sobre región (Paasi, 1986, 1991, 2002a y 2002b). En su abordaje de los años ochenta aún se percibe la influencia de la teoría de la estructuración de Anthony Giddens (Paasi, 1986). Este autor parte de dos grandes perspectivas del concepto de región que recuerdan un poco la distinción aquí trabajada de región como categoría de análisis y como categoría de lo “real”, de la práctica: una, ligada a la perspectiva de la región como “clase de área”, instrumento de análisis del investigador, otra, relativa al abordaje de la región como “comunidad de habitantes”, a partir del propio espacio vivido.

Paasi se refiere a Whittlesey, para quien, aún en la década de 1950, la “psicología es un elemento del complejo regional” (Whittlesey,

citado en Paasi, 1986: 118), en la participación de un conjunto de valores culturales comunes o, en otras palabras, en la construcción de una especie de “conciencia regional”. Podemos decir que, aquí, en una determinada perspectiva, también se trata de la región como “arte-facto”, en la imbricación hecho-artificio –“artificio” no en el carácter más estrictamente epistemológico antes enfatizado, sino en el sentido ontológico (donde, en verdad, es imposible distinguir entre artefacto y hecho) de una “comunidad imaginada” (en los mismos términos de Anderson [1989] para la nación), “ilusión” performante, concebida más en su eficacia (de cohesión simbólica, podríamos decir) que en su “verdad”–.

Aunque se perciba como “ilusoria” o “mítica”, Paasi advierte que la conciencia regional se debe abordar a partir de algunas cuestiones fundamentales, más objetivas, como las que hablan respecto a los mecanismos que construyen, a lo largo de la historia, este “sentimiento de ‘estar-juntos’ [*togetherness*] entre los habitantes de una región”. Para él, puede tratarse más “de la cuestión de una *identidad escrita* representada en la esfera institucional (por ejemplo en los medios de comunicación) como una expresión de control social y, por tanto, de poder” (Paasi, 1986: 119). El autor se cuestiona con respecto a las fuerzas e instituciones responsables por este tipo de “sentimiento de comunidad” tan amplio, cómo se relaciona con otras identidades aún más amplias (como la identidad nacional), cómo emerge y cuáles son sus consecuencias prácticas.

Al contrario del abordaje discursivo de Albuquerque Júnior, ya comentado, Paasi trabaja con una concepción, podríamos decir, más propiamente “geográfica” de identidad regional, al mismo tiempo subjetiva y objetiva (Paasi, 1986: 136). “Subjetiva” porque se refiere a imágenes regionales formuladas tanto desde dentro, por sus propios habitantes, como desde fuera, de forma “contrastante” con/por los habitantes de otras regiones; y “objetiva”, porque se refiere a clasificaciones regionales basadas en diferenciaciones ambientales, paisajísticas, culturales, etc. Más recientemente, Paasi (1991, 2002b) se refiere a una “identidad ideal” y una “identidad factual”, distinguiendo analíticamente la “identidad de la región” de la “identidad regional”. Aunque se trate de una distinción de carácter analítico, epistemológico, también habla acerca del carácter ontológico o de la “existencia” regional en sus sentidos ideal y material.

La “identidad de una región” se refiere “a las características de naturaleza, la cultura y de los habitantes que distinguen o, de hecho, pueden ser *usadas* en los discursos de la ciencia, de la política, del activismo cultural o de la economía para distinguir la región frente a las demás”, mediante clasificaciones que excluyen determinados elementos e incluyen otros, expresando así “el poder de delimitar, nombrar

y simbolizar el espacio y grupos de personas” (Paasi, 2002b: 140). Por otro lado, la *identidad o conciencia regional* implica la identificación de los habitantes con su región, tanto dentro como fuera de ella. Participan en su construcción activistas sociales, instituciones y organizaciones, etc.

Agnew, al focalizar su reflexión sobre el Norte italiano –la región de la Padania, prácticamente fundada por el movimiento derechista de la Liga Norte–, y Allen, Massey y Cochrane, al estudiar la “invención” del Sur de Inglaterra bajo el gobierno de Thatcher, plantean cuestiones muy próximas: no hay, hoy, cómo analizar la región sin considerar su doble filiación, en el campo material de las cohesiones (y redes) funcionales, producida fundamentalmente por sujetos hegemónicos, con acción de largo alcance, como el Estado y las grandes corporaciones, y en el campo ideal de lo que aquí proponemos denominar de cohesiones simbólicas, producidas en un juego de tendencias más complejas, con participación también, en mayor o menor grado, de los grupos subalternos, en sus diversas formas de articulación, entre sí y con los llamados poderes instituidos.

Es claro que no se trata aquí de ninguna “receta de cocina” que se aplique indiscriminadamente a cualquier espacio. La fuerza “cohesiva” del eslabón funcional-simbólico, por ejemplo, puede estar mucho más presente en algunos espacios –como los descritos (aunque, en este caso, mucho más en el ámbito “idealizado” por determinados grupos y políticas regionales, como las de la Liga Norte italiana y del gobierno de Margaret Thatcher)–. En el caso brasileño, considerando las debidas especificidades, este abordaje también tiene su validez, aunque más restringida a espacios como el nordestino y el gaúcho. Fue en esta perspectiva que propusimos, en el análisis de la Campaña Gaúcha, aún en los años 1980, el concepto de región como

[...] un espacio (no institucionalizado como Estado-nación) de identidad cultural y representatividad política, articulado en función de intereses específicos, generalmente económicos, por una fracción o bloque regional de clase que reconoce en él su base territorial de reproducción. (Haesbaert, 1988: 25)

En estos casos se trata de centrar la cohesión (o, como preferimos, articulación) regional en la imbricación relativamente clara entre múltiples dimensiones del espacio: política, cultural y económica (en el caso de la Campaña Gaúcha, por lo menos en un determinado contexto histórico, también la propia dimensión “natural”). En este sentido, podemos hablar de región como arte-facto en la medida en que está vinculada a dinámicas sociales efectivas que, inclusive, reelaboran, en la práctica, las categorías de región y regionalismo. En el caso de Río Grande del

Sur, la denominación “regionalismo gaucho”, por ejemplo, se encuentra bastante esparcida en las prácticas de los más diferentes grupos sociales, pudiendo indicar al mismo tiempo un movimiento político y una identidad regional. Tal vez, este se podría tomar como un “caso prototípico” de articulación regional, a partir del cual otras dinámicas de articulación regional, más o menos densas, se podrían diseñar.

Estos ejemplos revelan, así, procesos sociales complejos en los que, de alguna forma, tenemos la conjugación de múltiples dimensiones del espacio. Se pueden ver como uno de los extremos de un amplio espectro de construcción de aquello que proponemos denominar *articulación regional*. En este caso, la articulación se da entre diferentes esferas sociales, hasta el punto de manifestar una cohesión que es al mismo tiempo de carácter funcional, económico-político, y simbólico-cultural. En el otro extremo de este espectro tenemos articulaciones mucho más simples, que se manifiestan, por ejemplo, en un carácter de amplio predominio funcional –en este caso, muchas veces, la regionalización termina confundándose con una simple clasificación de áreas a partir de uno o de pocos elementos o criterios definidos por el investigador en función de esas articulaciones más simples–.

Para no limitarnos a una “clasificación” genérica, proponemos mantener el término *región*, en sentido más estricto, para esos espacios-momento que resultan, efectivamente, en una articulación espacial consistente (aunque mutable y “porosa”), compleja, sea esta de dominancia económica, política y/o cultural. En este caso, cabe siempre discutir la fuerza espacial/regional, al mismo tiempo articuladora y desarticuladora, a partir de los sujetos e intereses político-económicos involucrados. Una de las nuevas cuestiones más relevantes, hoy, por la fuerza de su evidencia –por lo cual la retomaremos más adelante–, es que las “articulaciones” regionales del espacio pueden manifestarse no solo en la tradicional forma zonal, generalmente continua, sino también en redes, dentro de una lógica discontinua de articulación reticular.<sup>4</sup>

En este recorrido entre realidad efectiva, material e inmaterial, y recurso analítico, debe entenderse que la región incorpora la multiplicidad y la complejidad de procesos que marcan los arreglos espaciales contemporáneos, en especial, como veremos a partir de ahora, las dinámicas de diferenciación, cohesión/(des)articulación, fragmentación/exclusión y movilidad y fijación.

---

4 En Haesbaert (2004) discutimos la relación entre esta (relativamente) nueva condición de discontinuidad y el fenómeno, fundamental, de la compresión espacio-tiempo. Es claro que discontinuidad y distancia, tal como continuidad y proximidad, no implican, necesariamente, en conexión o en desconexión.

En sentido amplio, podemos afirmar entonces que toda regionalización implica, para utilizar la expresión de Smith (1988), un “compromiso geográfico” entre:

- des-ecualización y diferenciación en sentido más estricto (o más bien, entre diferencias de grado y diferencias de naturaleza);
- homogeneización (siempre relativa) y cohesión (funcional y/o simbólica) y, en términos espaciales, entre una lógica zonal y una reticular;
- articulación y desarticulación, esto es, entre espacios más “lógicamente” ordenados/articulados y espacios sin una lógica clara de ordenamiento (los “aglomerados”), pautados por algún tipo de proceso social excluyente.

## **2. DE LAS CARACTERÍSTICAS ELEMENTALES DE LA REGIONALIZACIÓN AL ESBOZO DE UNA NUEVA PROPUESTA PARA EL ANÁLISIS REGIONAL**

Es importante que retomemos ahora, de una forma sintética, y también propositiva, los elementos que dieron consistencia y, así, de cierta forma, “sobrevivida” al concepto de región a lo largo del tiempo hacia un posterior cuestionamiento de hasta qué punto estos aún se mantienen y cómo se podrían re TRABAJAR frente la maraña de nuevas interpretaciones sobre la cuestión regional, especialmente frente a la complejidad de los procesos de globalización-fragmentación en curso.

En el abordaje de algunos autores fundamentales de la geografía regional (más específicamente Vidal de la Blache, Carl Sauer y Richard Hartshorne), en el subcapítulo: “Región: de los orígenes al período hegemónico” (sobre todo en las páginas 34-35), identificamos puntos comunes en el tratamiento que ellos daban al concepto de región y que cabe constantemente re-evaluar, pues, a fin de cuentas, por tratarse de estudios clásicos ellos pueden pautar el debate más general sobre región y regionalización y servir de referencia a nuestro cuestionamiento acerca de la relevancia para, aún hoy, continuar recurriendo a la región como instrumento conceptual consistente.

En síntesis, estos elementos comunes se identificaron como:

- a) La especificidad o singularidad regional, que implica la cuestión más amplia de la “diferencia”, de la regionalización como proceso de diferenciación espacial.
- b) El carácter regional integrador –que preferimos ahora denominar como “articulador”–, que percibe la región mucho más

que a partir de criterios de homogeneidad y continuidad, por criterios de cohesión o, para ser más precisos, de articulación y dis-continuidad promovida por dinámicas/sujetos sociales en el entrelazamiento diferenciado de múltiples dimensiones del espacio geográfico.

- c) El juego entre la relativa estabilidad o solidez y la movilidad o fluidez de la región.
- d) La correspondencia entre región y mesoescala, en especial aquella inmediatamente colocada frente al Estado-nación (infranacional y supralocal).

Es interesante observar que incluso las concepciones más tradicionales de región, las cuales, de alguna forma, incorporan el conjunto de esas propiedades, como la famosa región llamada “lablacheana” o de las relaciones entre el hombre y el medio, no desaparecieron por completo. Vimos que conceptos como el de biorregión, aun con toda su especificidad, retoman como base de la articulación de los contextos regionales la relación sociedad-naturaleza –enfoque este que, aunque no profundizado aquí, reconocemos como uno de los de mayor potencial para debates futuros–.

En una perspectiva un poco más lejana que se remonta a los años 1980, entre todos los autores el caso más sorprendente con un resurgimiento de una conceptualización más tradicional de región, expresada mediante sus ires y venires conceptuales, tal vez sea el de Ann Markusen. Inicialmente, se rehúsa a utilizar el concepto, como ya vimos (reconociendo, en una óptica marxista, solo la pertinencia de “regionalismo”); luego propone entender la región como un espacio contiguo, producto histórico dotado de una base físico-natural, un ambiente socioeconómico, político y cultural diferenciado, en relación con otras “unidades territoriales básicas” en la escala de lo urbano y de lo nacional. En sus propias palabras, la región se definiría como: “una sociedad territorial contigua, históricamente producida, que posee un ambiente físico, un *milieu* socioeconómico, político y cultural distinto de otras regiones y en relación a otras sociedades territoriales básicas, la ciudad y la nación” (Markusen, 1987: 16-17; traducción libre).

Lo más sorprendente es que la autora, marxista, traduce en esta conceptualización una de las propuestas más tradicionales de región, corroborando prácticamente todos aquellos elementos considerados como más apropiados en una lectura de la geografía regional clásica. Aparece claramente aquí la idea de contigüidad, la idea de que la región es un producto histórico (único punto en que se podría alegar una influencia materialista histórica más explícita), síntesis de múltiples

dimensiones del espacio (físico-natural, socioeconómica, política y cultural), y dotada de cierta singularidad (“*milieu*” distinto) en una mesoescala (entre la ciudad y el Estado-nación).

La famosa “síntesis” regional estaba vinculada al reconocimiento de una singularidad coherente (que implicaba, más que la uniformidad, la unidad regional), capaz de demarcar una parcela del espacio geográfico preferencialmente continua y relativamente estable, bien delimitada. En la práctica, si Vidal de la Blache, por lo menos en una determinada fase de su obra, habría sido el autor de mayor éxito en esta empresa “integradora”, variable conforme el contexto geográfico en causa, la mayoría de los geógrafos terminó destacando, de forma genérica y *a priori*, una dimensión del espacio: sea la dimensión natural a partir de la geología, en buena parte de las regionalizaciones del siglo XIX; la económico-urbana, en las regiones funcionales; o la política, a través del vínculo más recientemente enfatizado entre región y regionalismo.

En la búsqueda del (los) elemento(s) integrador(es), principal(es) responsable(s) por la “síntesis” o, de forma más coherente, por la integración, unidad y/o cohesión –o aun, como preferimos aquí, articulación regional– los geógrafos, en especial “discípulos” altamente simplificadores de Vidal de la Blache, muchas veces cayeron en la esquematización generalista de un método pretendidamente complejo, que convirtió el análisis (sin alcanzar nunca, efectivamente, la “síntesis”) regional en un mero cúmulo de “cajones” donde se sucedían elementos como relieve, clima, población, economía, etcétera.

En la mayoría de las veces en que fue reelaborado el concepto de región, en particular en perspectivas estructuralistas, al contrario de una amalgama de dimensiones, singular para cada espacio regional, se buscó priorizar una de esas dimensiones o conjunto de relaciones (económicas, por ejemplo, en el caso de la región funcional y de la región como producto de la división territorial del trabajo). Esta dimensión o sus constituyentes se entendieron como “estructurantes” universales por responder mejor a la organización espacial de la región, o sea, como los principales responsables de los fundamentos, sea de la relativa homogeneidad (en la concepción de región homogénea), sea de la cohesión regional (en el caso de la región funcional).

Regresando a la propuesta de Ann Markusen, se trata también de un concepto aún moldeado de forma que se priorizara la integración o síntesis de las múltiples dimensiones del espacio a través de una lógica zonal de constitución de regiones, en plenos años 1980, cuando los procesos de globalización ya daban claros indicios de que la lógica reticular o de flujos y redes y las discontinuidades o la fragmentación de los espacios se estaban imponiendo con mucha fuerza.



No es difícil percibir, sin embargo, que mucho más que la superación de una lógica por otra se trata de la convivencia entre distintas formas de manifestación del fenómeno regional y, en consecuencia, de su propia conceptualización.

Como ya vimos, en muchos casos, regionalismos e identidades regionales aún se pueden relacionar, de algún modo, con la forma intraestatal clásica, zonal, o sea, se pueden construir teniendo como referencia nítidos recortes político-administrativos dentro del juego de poder del Estado-nación y sus disputas por mantener una hegemonía. Allí, pueden surgir “regiones” de dinámicas sociales complejas que, de alguna forma, buscan articular múltiples dimensiones de la sociedad, un poco lejos, sin embargo, de realizar la genérica conjugación totalizadora propuesta por Ann Markusen.

En resumen, mientras componentes de la visión llamada clásica de región en geografía –que en modo alguno habrían simplemente desaparecido–, las características elementales descritas pueden servir de parámetro para una evaluación de la “crisis regional” y de la re-emergencia de la región como concepto capaz de responder a muchas cuestiones referentes al des-ordenamiento territorial contemporáneo. Veamos en mayor detalle, entonces, una re-evaluación de estas propiedades y, aún con carácter embrionario, la proposición de nuevos caminos.

## **2.1. LA SINGULARIDAD REGIONAL Y LA CUESTIÓN DE LA DIFERENCIA: POR UN ABORDAJE REGIONAL QUE ENFOQUE LOS PROCESOS DE DIFERENCIACIÓN ESPACIAL CON BASE EN DIFERENCIAS TANTO DE GRADO COMO DE NATURALEZA**

La región, en cuanto especie de unidad espacial definida a partir de una determinada articulación de relaciones socioespaciales, dotada de similitudes (“homogeneidad relativa”) y/o de cohesión (funcional y/o simbólica), evidentemente, siempre es definida desde su especificidad, su diferenciación o su contraste –en aquello que muchos geógrafos en una perspectiva más tradicional identificaron como el foco central de la disciplina, la diferenciación espacial o de áreas–.

Según Hartshorne (1978 [1959]), la expresión “diferenciación de áreas” fue propuesta por Sauer en 1925, parafraseando una propuesta de Hettner sobre la concepción de geografía, pero deriva de la síntesis hecha por Richthofen, a partir, a su vez, de las posiciones de Humboldt y Ritter. Hettner, en su obra de 1898, afirmó que “la materia específica de la Geografía, desde los tiempos más remotos hasta los días de hoy, consiste en el conocimiento de las áreas de la tierra en la medida en que difieren unas de otras” (Hettner citado en Hartshorne, 1978: 14), o, sintéticamente, inspirándose en Richthofen,

“la Geografía es el estudio de la superficie de la Tierra conforme a sus diferencias” (Hettner, citado en Hartshorne, 1978: 182).

Combatiendo las críticas que sufrió al proponer la expresión en *The Nature of Geography* (Hartshorne, 1939), especialmente las que lo acusaban de sobrevalorar las formas, las distinciones y la mera descripción de áreas, Hartshorne plantea que la idea de “diferencia” es inherente a todo cuerpo científico y que “las variaciones de características estáticas o formas, y las variaciones de características de movimiento o funciones, ya en la misma área, ya entre ella y otra área, se incluyen ambas en el concepto de variación espacial o diferencias entre áreas” (1978 [1959]: 20).

De esta forma, Hartshorne alega que los críticos se engancharon más al término *diferencia* que al contenido y sentido del concepto. Buscando evitar “incomprensiones”, propone entonces, en su reevaluación de algunos puntos de “A Natureza da Geografia” (en la obra de 1959, *Perspectives on the Nature of Geography*, traducida al portugués por el IPGH como *Questoes sobre a Natureza da Geografia*):<sup>5</sup> “[...] la geografía tiene por objeto proporcionar la descripción y la interpretación de manera precisa, ordenada y racional, del carácter variable de la superficie de la Tierra” (Hartshorne, 1978: 22).

La “variación espacial” (término que Hartshorne parece, al final, preferir en vez de “diferencia”), fue un elemento fundamental en el trabajo del geógrafo y, así, la razón de ser de la disciplina –solo si las diferencias espaciales llegaran a desaparecer, las regiones también desaparecerían–. Como ya reiteramos, en sentido amplio, esta diferenciación (que incluye la propia exacerbación de las desigualdades,<sup>6</sup> o sea, tanto las diferencias de naturaleza o de género como las diferencias de grado, como veremos) no solo no disminuyó sino que, en muchos casos, hasta aumentó, sin ser prerrogativa de la globalización neoliberal la simple estandarización y/u homogeneización de las relaciones socioespaciales, por el solo hecho de que la reproducción ampliada del capital exige también, constantemente, el rehacer de la diferenciación social y geográfica.

Fundir en nuestra lectura de la regionalización la construcción jerárquico-sistémica (y funcional) de las desigualdades, principalmente aquella(s) promovida(s) por el des-orden económico capitalista con la producción de las singularidades, de la vivencia del espacio y

---

5 Es importante recordar que estamos utilizando aquí otra edición, la revista publicada por las editoras Hucitec y Edusp, en 1978, bajo el título *Propósitos e Natureza da Geografia*.

6 Johnston, Hauer y Hoekveld llegan también a asociar (con un signo de igualdad) desarrollo desigual = diferenciación de área = geografía (1990: 4).

de nuestra identificación territorial (aunque con territorios cada vez más móviles e híbridos) se torna, al mismo tiempo, una necesidad y un desafío. Algunos autores, sin embargo, prefieren reconocer una distinción clara entre abordajes regionales donde el reconocimiento de la diferenciación; al final, terminan siempre convergiendo hacia algún tipo de generalización y abordajes que, efectivamente, enfatizan las singularidades. Corrêa (1995), por ejemplo, propone distinguir el énfasis de las “particularidades” relativas al concepto de región (que presuponen siempre un ámbito general o un “todo” al que estas particularidades estarían asociadas –o del que serían derivadas–), y el énfasis de las “singularidades”, que él prefiere relacionar con el concepto de lugar.<sup>7</sup>

En una nueva concepción de lo singular o de lo específico, Massey (2000) parece vincular estas dos lecturas, la de la particularidad y la de la “unicidad” –o más bien, del carácter único de los lugares–. Propone, así, que lo que hoy da singularidad a los lugares (y, por extensión, podríamos decir también, al espacio geográfico en sentido amplio), no son propiamente los fenómenos “únicos” o la completa especificidad de los eventos que allí ocurren. En un mundo globalizado como el nuestro, lo específico no se refiere tanto a los eventos en sí sino, en especial, a sus distintas combinaciones. En síntesis, es sobre todo la especificidad de la combinación lo que hace la diferencia. Podríamos agregar que esta combinación se da tanto en el sentido de las diferencias de grado, discretas, como de las diferencias de naturaleza, continuas. En la sobrevaloración de la movilidad y de la continuidad tenemos que cuidarnos hoy, sin embargo, para no olvidar el peso, aún evidente, de las fijaciones (aunque relativas) y de las discontinuidades.

En la lectura de la diferenciación geográfica, sobre la cual se emprenden las dinámicas de regionalización, nos inspiramos en la lectura bergsoniana de diferencia (Bergson, 1993 [1927]), aunque no en los estrechos límites de la “duración” (ligada a la intuición) y de la sobrevaloración de la dimensión temporal efectuadas por el autor. El filósofo francés Henri Bergson reconoce la existencia de dos “especies de multiplicidad” y, consecuentemente, de diferencia: una de carácter cualitativo, intensivo, continuo, que no admite medida (asociada por él a la efectiva temporalidad en cuanto “duración”), y otra cuantitativa,

---

7 Para el autor, la “diferenciación de áreas” no se encuentra “asociada a la noción de unicidad hartshorniana (*uniqueness*)”. Inspirado en Lukacs, él defiende que la diferenciación de áreas “no se asocia a la idea de *singularidad* que entendemos vinculada al concepto de lugar, pero sí a la idea de *particularidad*, esto es, una mediación entre lo universal (procesos generales advenidos de la globalización) y lo *singular* (la especificación máxima de lo universal)” (Corrêa, 1995: 24, énfasis original).

extensiva/discreta, mensurable (él dirá también “espacial”, en una concepción bastante estrecha y cuestionable de espacialidad).<sup>8</sup>

Tenemos allí una diferencia “de lo otro” y una diferencia “de lo mismo”. Deleuze afirma que el más general de los engaños de nuestro pensamiento consiste en “concebir todo en términos de más y menos, y de ver solo diferencias de grado o diferencias de intensidad allí donde, más profundamente, hay diferencias de naturaleza” (1999 [1966]: 13). En este caso, podemos afirmar, cuando se traspasan estas diferencias de naturaleza hacia el campo de las diferencias de grado (o de las desigualdades), surgen la segregación y el racismo, que implica siempre una condición de superioridad o de inferioridad con relación al Otro.

Con cierta libertad para apropiarnos de forma particular de sus nociones de diferencia o de multiplicidad, proponemos asociar lo que Bergson denominó *diferencias de grado* a procesos de *des-igualación*, a la producción, fundamental, de las desigualdades socioespaciales y, en términos más materiales, del espacio mensurable, como una especie de composición de discontinuidades. Por otro lado, sus “diferencias de naturaleza”, de una manera más simplificada, se pueden vincular a las diferencias en sentido estricto, aquellas que son irreductibles a procesos de estandarización buscando jerarquizaciones y/o clasificaciones como, en un sentido amplio, a las identidades regionales vinculadas a grupos étnicos, religiosos o lingüísticos.

A partir de una visión bergsoniana, diferencia de naturaleza o diferencia en sentido estricto se definiría como aquella que está siendo continuamente construida y rehecha y que, por ser continua, no admite fronteras o límites rígidos. Proponemos hablar aquí no exactamente de “diferencia”, sino de diferenciación en sentido estricto –como aquella que ocurre en la lectura contemporánea de identidad social, que implica siempre la presencia, indisociable, del Otro; alteridad que, al mismo tiempo que contrasta con ella, la define–. En una aparente paradoja es esta misma diferenciación, en su carácter continuo, mutante, la que no permite hablar en parámetros comunes

---

8 Sobre la diferencia de grado, “[...] se trata de una multiplicidad de términos que son contados o que concebimos como susceptibles de ser contados; pero, pensamos entonces en la posibilidad de exteriorizarlos unos en relación a los otros; los desarrollamos en el espacio” (Bergson, 1993: 90). Tendemos siempre a sustituir la multiplicidad o la diferencia continua de la “duración” o “heterogeneidad pura” por la “representación simbólica, sacada de la extensión” (Bergson, 2006: 5), esto es, del espacio. Para una crítica geográfica fundamentada en esta interpretación del espacio como dominio de la multiplicidad cuantitativa en Bergson véase Massey, 2008 (especialmente la parte 2).

de comparabilidad. Así, cuando nos referimos a características regionales ligadas a etnias, grupos lingüísticos, religiosos, estamos hablando de diferencias cualitativas “incomensurables” y, en cierto sentido, incomparables.

Diferencias discretas o de grado, por otro lado, serían antes que nada discontinuas, porque son “contables” y, así, separables cuantitativamente, pero no dejarían de tener el carácter subliminal de una especie de continuidad en la disociación, por cuanto tienen siempre un patrón referencial frente al cual se construyen –en este sentido, se tornan mucho más gradaciones o particularidades dentro de un mismo género que géneros distintos– como, de algún modo, termina ocurriendo en las diferencias de naturaleza. Sin olvidar que el cambio cuantitativo también puede indicar, con el tiempo, un cambio cualitativo, “de naturaleza” (el famoso principio de la transformación de la cantidad en cualidad, sin que esta se confunda, obligatoriamente, con la intensificación del movimiento de aquella). La continuidad, de hecho, marca los procesos del movimiento real, efectivo, mientras que la discontinuidad acostumbra ser una prerrogativa de nuestros instrumentos analíticos y/o dirigidos hacia las prácticas/políticas de reordenamiento del espacio.

Al referirnos a Bergson es interesante recordar que, contrariamente a un alegado “empirismo” bergsoniano (denominación con la cual él quizás no concordaría), debemos trabajar siempre la regionalización dentro de este amplio espectro entre diferencias de grado y diferencias de naturaleza. Es importante resaltar, sin embargo, que al contrario del autor, no estamos aquí, de antemano y genéricamente, priorizando las diferencias de naturaleza sobre las de grado. Ellas adquieren para nosotros, cada una y dependiendo del contexto, su propia relevancia, porque en nuestra concepción ambas –y no solo, como en Bergson, las diferencias de grado– se encuentran referidas al espacio que, en ninguna hipótesis, es solo un espacio homogéneo y discreto como muchas veces su pensamiento sobreentiende.

Así, perspectivas de regionalización como la que enfatiza la división territorial (interregional) del trabajo, vinculada a la reproducción desigual y combinada de los circuitos de acumulación capitalista, se pueden expresar como diferencias de grado (aunque, evidentemente, no se reduzcan a ellas), mientras aquellas que destacan manifestaciones culturales como la formación de identidades regionales se pueden asociar, prioritariamente, a diferencias de naturaleza (sin desconocer la controversia que el término *naturaleza* implica). Obviamente, aunque es difícil que lleguen a coincidir en términos de sus manifestaciones espaciales, una no puede prescindir de la otra.

Esta conjugación entre diferencias de grado y diferencias de naturaleza aparece también en la distinción que hicimos entre “múltiples territorios” y “multiterritorialidad”, igualmente pertinente para el análisis regional. El espacio geográfico estaría constituido, en primer lugar, por una multiplicidad de tipos de territorio, a través de las diferentes relaciones de poder desencadenadas por las más distintas instituciones y grupos sociales. Se trata allí de una diversidad territorial discontinua y “contable”, territorios más fácilmente reconocibles en su dinámica de manifestación discreta en la superficie de la Tierra. Límites jurídicos y fronteras político-administrativas bien delimitadas, dentro de las diferentes escalas del orden estatal planetario (comenzando por la propiedad privada), serían sus mejores indicadores. Por otro lado, en una perspectiva más cualitativa y continua, tendríamos procesos de construcción y experimentación de múltiples territorios al mismo tiempo, construyéndose así una efectiva multiterritorialidad, tanto en el sentido de que vivenciamos un espacio en sí mismo híbrido y multiterritorial, como en el de que tenemos acceso a otras territorialidades, por movilidad física, sucesivamente, o mediante la compresión del espacio-tiempo, simultáneamente (Haesbaert, 2007c).

A propósito, este cambio radical en nuestra manera de interpretar y de vivenciar el espacio por la llamada compresión del espacio-tiempo instituye la condición paradójica de un espacio al mismo tiempo más fluido –y de cierta forma, por lo menos a lo largo de determinadas redes, continuo– y más fragmentado, en la medida en que las mismas redes tienen como una de sus características el “no-lle-namiento” del espacio en su conjunto, lo que intensifica, también, las discontinuidades espaciales. Además, como ya destacamos en otros trabajos, muchas son las estrategias, aunque malogradas, de control de los flujos, incluso, mediante la construcción de nuevas cercas y muros.

## **2.2. LOS PRINCIPIOS DE LA HOMOGENEIDAD Y DE LA COHESIÓN Y LA “INTEGRACIÓN” REGIONAL: POR UN ABORDAJE REGIONAL A PARTIR DE LOS PROCESOS DE DES-ARTICULACIÓN ESPACIAL**

Homogeneidad (siempre relativa) y cohesión (básicamente la funcional), como ya discutimos en el capítulo anterior (cuadro 1: 45), corresponden a los fundamentos que, durante mucho tiempo, a lo largo del último siglo, marcaron el debate regional, organizado fundamentalmente en torno al binomio regiones homogéneas y regiones funcionales, no mutuamente excluyentes. En el cuadro 2 se exponen las principales características que moldean estas dos perspectivas.

**Cuadro 2. Principios tradicionales de regionalización**

	<b>Principio regional de la homogeneidad o uniformidad</b>	<b>Principio regional de la cohesión funcional o de la polarización</b>
Propiedades básicas	Uniformidad o semejanza de características (fisonómicas o paisajísticas en una perspectiva más empirista, “formales” o cuantitativas en una perspectiva más racionalista)	Flujos y relaciones de organización/cohesión (de complementaridad en un abordaje más conservador, de dominación en una perspectiva más crítica)
Configuración espacial típica	Áreas o zonas (superficies y límites) yuxtapuestas Fronteras/límites relativamente claros, no admite superposición “Realidad horizontal” (De Jong, citado en Hartshorne, 1978)	Nodos o polos y flujos-redes (puntos y líneas) Fronteras/límites poco definidos, admite superposiciones (“campos de fuerzas”, jerarquía y centralidad) “Unidad vertical” (De Jong)
Fenómenos privilegiados	Zonales o en área. Ej. actividades rurales, uso del suelo	Reticulares. Ej. red urbana, circulación económica
Ejemplos de indicadores	Región homogénea compleja: área de dominio de un tipo de paisaje Simple: tipo de producción, composición social, étnica, lingüística	Flujos de transporte (pasajeros/migrantes, carga), prestación de servicios (atenciones en educación y salud), comunicaciones/informaciones (llamadas telefónicas) y capitales
Método de regionalización / análisis regional predominante	Descripción y/o clasificación de “lugares” (Hartshorne) o de áreas (Grigg)	Medición y análisis de la dirección e intensidad de los flujos a partir de las conexiones urbanas
Limitaciones	Prioriza la homogeneidad y la estabilidad, la extensión (uniforme) de los fenómenos, subvalorando la movilidad y la fluidez	Sobrealora fenómenos dotados de mayor movilidad u organización en red, funcionales, menospreciando aquellos mejor expresados en términos de área o extensión y los de orden simbólico

Fuente: Hartshorne, (1978 [1966]); Juillard (1965); Hilhorst (1975); Richardson (1975); Roncayolo (1986).

Es importante recordar, como ya enfatizamos antes, el carácter al mismo tiempo distinto y complementario de estos dos principios generales de regionalización, cuyo origen se remonta, podríamos afirmar, a dos de los conocidos “principios generales” de la geografía: la homogeneidad o uniformidad ligada al principio de extensión, y la cohesión regional (funcional) ligada al principio de conexión (que incluye la

conexión entre diferentes dimensiones y la conexión multiescalar). Se trata también, y de allí la posibilidad de re-trabajarlas aún hoy, del reconocimiento de dos lógicas de des-articulación espacial, una llamada más zonal, por considerar prioritariamente los fenómenos que se manifiestan más en términos de área (o superficie), y otra más reticular, por priorizar los fenómenos que se traducen mejor en términos de redes o flujos.

Es evidente que, en un espacio al mismo tiempo articulado (“cohesionado”) y desarticulado (“disperso”), ordenado y desordenado, como el nuestro, algunos espacios también se podrían definir más por la desarticulación o por la dispersión que por la cohesión o articulación. Es en este sentido que, hoy, procesos diversos pero relacionados, como fragmentación, exclusión y producción de discontinuidades también están a la orden del día de los estudios regionales.

Aún en los años 1980, Gilbert (1988) hablaba de una “renovación de la síntesis regional” bajo un no muy claro “modo pos-positivista de explicación de lo específico” (que hoy, como vimos, va desde el marxismo y la teoría de la estructuración hasta diferentes vertientes de posestructuralismo y/o de constructivismo). “Análisis y síntesis”, dice ella, son “usados como complementarios para entender la región” y su singularidad. La síntesis sería antecedida de una base teórica que pasa a considerar la especificidad regional como resultado “de la interconexión de procesos en diferentes escalas, procesos no necesariamente complementarios, sin duda frecuentemente antagónicos” (Gilbert, 1988: 220).

En cuanto a la cohesión regional, obviamente, hoy continúa ocurriendo, pero, como sabemos, no simplemente como una “síntesis” de todas las dimensiones sociales en un espacio dotado de continuidad. Muchas veces se trata de la ya comentada cohesión funcional destacada por Santos (1999), dada fundamentalmente por los flujos económicos dominantes que, aunque puedan desarrollar relaciones directamente del nivel local al global, aún mantienen lazos importantes con contextos más típicamente “regionales”, mesoescales e infranacionales. Para algunos, como queda más o menos claro en la posición de Nigel Thrift, la fragmentación socioespacial y la profundización de las desigualdades en una malla cada vez más fina, lleva a reconocer una cohesión espacial (“regional”) básicamente en los niveles de mayor escala, de los “nuevos localismos”. Otro hecho fundamental, complementador de estas cohesiones, es que estas aparecen de modo creciente, no solo en un aspecto funcional sino también simbólico –aunque, muchas veces, uno esté al servicio del otro, como en el caso de los simbolismos regionales, ya comentados, forjados con la clara intención de “vender” la imagen de la región al gran capital, a los grandes inversores, en un eficaz *marketing* de las regiones–.



Frente a la enorme dificultad, hoy, de encontrar una efectiva síntesis o integración entre las múltiples dimensiones del espacio, y menos aún, de forma continua, defendemos la expresión “articulación” regional (o, para ser más rigurosos, *des-articulación*, con guion, para destacar el carácter concomitante de estructuración y desestructuración regional, espacios al mismo tiempo conectados, cohesionados y desconectados, disjuntos). No decimos esto para defender simplemente la positividad de espacios regionales articulados, “ordenados” –que pueden justamente estar al servicio de un orden altamente excluyente y/o segregador–, sino para mostrar el carácter siempre ambivalente de la articulación y de la desarticulación (o, si se quiere, también, en sentido semejante, del orden/ordenamiento y del desorden/desordenamiento).

El sentido ambivalente de la “desarticulación” es destacado por Doreen Massey cuando critica a Ernesto Laclau por su relación a veces unilateral de “desarticulación” (*dislocation*) con tiempo, y no con espacio. Ambos, sin embargo, enaltecen la desarticulación como fuente de lo nuevo, de nuevas propuestas políticas, de “libertad”, en fin:

El espacio ha sido interpretado por muchos como apolítico porque él es conceptualizado como un todo sin costuras, como el sistema totalmente cerrado e interconectado de una estructura sincrónica. No es desarticulado, y la “desarticulación es la fuente de la libertad”. (Laclau, 1990: 60; Massey, 2008: 71)

Dependiendo del contexto, diferentes elementos podrían ser responsables por la des-articulación regional, siempre a través de procesos complejos que obligatoriamente implican tanto la continuidad y la contigüidad como la discontinuidad y la fragmentación espaciales. Así, en vez de una integración o síntesis en un espacio zonal dotado de homogeneidad, como en las lecturas clásicas de región, tenemos la articulación en un espacio de dominante reticular dotado tanto de relativa cohesión interna como de parcelas de alguna forma desarticuladas, que manifiestan la discontinuidad como un componente indisoluble de los espacios regionales.

Lo que denominamos aquí como des-articulación del espacio ocurre en por lo menos dos perspectivas: una, más general, que implica las dinámicas de continuidad y discontinuidad espacial, en sentido amplio, y que será discutida con mayor detalle en el próximo apartado, y otra, más específica, que trata de la relación entre las múltiples dimensiones del espacio (aquellos que algunos, de forma muchas veces impropia, denominan, por ejemplo, “espacio económico”, “cultural”, “político”, “natural”, etcétera).

Partiendo del presupuesto de que toda espacialidad envuelve dimensiones (siempre entrelazadas) como la económica, la política, la cultural, la social (en sentido más estricto) y la ambiental, proponemos trabajar la regionalización a partir de la imbricación, o más bien, de la *des-articulación* de las siguientes dinámicas o procesos espaciales y/o territoriales más generales, cada uno de ellos enfocado prioritariamente en una determinada dimensión del espacio:

- a) Funcionalización, privilegiando las transformaciones económicas a través del espacio.
- b) Control o dominio territorial, enfatizando las relaciones entre espacio y poder.
- c) Simbolización y/o identificación espacio-territorial.
- d) Precarización y contención territorial, en una perspectiva más estrictamente social.
- e) Exclusión territorial, en un sentido que implica, sobre todo aquí, cuestiones llamadas ambientales.

Toda regionalización, en sentido amplio, trataría de las formas de des-articulación entre esos procesos distintos (pero, en su conjunto, interrelacionados y concomitantes). Esta des-articulación se manifiesta en diferentes grados de complejidad, incluidas allí las conexiones involucradas en la acción de los distintos sujetos sociales responsables por la construcción de los espacios regionales. Tal como en la propuesta de Milton Santos para los dos circuitos de la economía urbana (Santos, 1979), que trajo una importante complicación en la configuración de las regiones funcionales y sus áreas de influencia, en razón de las diferentes clases sociales y sus respectivos circuitos de trabajo y consumo, debemos considerar que diferentes articulaciones regionales se desdoblán a partir de los distintos grupos/clases sociales vinculados (no solo en el aspecto económico-funcional, sino también en el político y el cultural).

Así, tendremos regiones más complejas y más simples –o más bien, menos complejas–, no en el sentido meramente epistemológico con que originalmente se trabajaba con esta distinción (las regiones “simples” tomando en cuenta solo un aspecto, dimensión o “variable”), pero sí, a partir de la efectiva conjugación diferenciada de los múltiples procesos y sujetos que participan de la construcción regional. La complejidad, así, sería valorada teniendo en cuenta la intensidad (cuantitativa) y la multiplicidad (cualitativa) de la articulación regional, tanto en el sentido económico-funcional como en el

simbólico-cultural, reconociendo al mismo tiempo la densidad de las redes de circulación económica y de poder y aquellas de los distintos grupos culturales allí conjugados.

Aun cuando no es nuestro objetivo, por ahora, ahondar en el abordaje de cada uno de estos procesos generales y las formas de articulación profundamente distintas con que se manifiestan de acuerdo con los sujetos sociales, la escala y el contexto geo-histórico privilegiados –lo que proponemos hacer en un trabajo futuro–, consideramos importante aquí, por lo menos, enfocar un poco más los dos últimos que, de alguna forma, constituyen proposiciones nuevas, mientras los tres primeros son más fácilmente reconocidos y ya fueron mucho más trabajados.

Aquello que denominamos precarización territorial<sup>9</sup> se refiere a la pérdida de control (aunque siempre relativa) sobre nuestros territorios, o sea, corresponde a un proceso de desterritorialización en una perspectiva más estrictamente social, por involucrar, sobre todo, la precarización de lazos sociales por la fragilización de nuestra vida económica, política y/o cultural. Nos inspiramos aquí en la concepción propuesta por el sociólogo José de Souza Martins (1997, 2002), cuando cuestiona el término *exclusión* social y sugiere *precarización* como expresión más consistente para identificar los actuales procesos de empobrecimiento y subalternización. Proposiciones conceptuales innovadoras sobre región, como la de Allen *et al.* (1998), aquí presentada, destacan la relevancia creciente de este proceso, aunque bajo el término *exclusión* social.

Justamente, como una de las consecuencias de la actual dinámica de precarización social y territorial, surge otro fenómeno al que propusimos denominar “contención” territorial. Esta se da asociada a las estrategias políticas del llamado biopoder que, como ya destacamos en un trabajo anterior (Haesbaert, 2009), inspirados en Foucault (2004), se refiere sobre todo al control de la circulación, a una acción sobre el direccionamiento y la intensidad de los flujos en aquel espacio que el autor, rescatando propuestas originales del término (como la de Newton), denomina *medio* –el espacio donde se da la circulación, inclusive la circulación “natural” (hoy, tan poco “natural”) de las aguas y de los vientos–.

En nombre del poder sobre la vida, o sea, de una biopolítica, se puede intentar controlar –o más bien, contener– el desplazamiento de poblaciones (en el sentido de los hombres, con relación a especie); en busca de impedir la difusión de condiciones sociales y culturales estigmatizadas como peligrosas o inferiores –o también del pretendido

---

9 Sobre esta noción, véase principalmente la discusión que efectuamos en el apartado 7.2 (“Desterritorialización y aglomerados de exclusión”) del libro *El mito de la desterritorialización* (Haesbaert, 2004).

control del esparcimiento de epidemias– a nombre de una vida “sana” (y privilegiada) de los que, así, tienen sus espacios de reproducción debidamente resguardados.

Es igualmente dentro de la esfera del biopoder que se construyen otras estrategias de control territorial capaces, por su amplitud y especificidad, de interferir de modo considerable en la des-articulación de los espacios regionales. Se trata de aquello que, a través de una expresión que reconocemos polémica, proponemos denominar procesos de *exclusión* territorial (Haesbaert, 2006).

En una asociación con el pensamiento foucaultiano y de Agamben, podemos afirmar que en un mundo biopolítico como el nuestro no solo el hombre, “animalizado”, puede retornar a una condición próxima a la “naturaleza”, como diría Hobbes, o más bien, de “bando” (en los términos de Agamben), dentro de la ambigua clausura de los “campos” (Agamben, 2002), como la misma naturaleza, pretendidamente reducida a su condición de *natura naturata*, en nombre de la garantía de la sobrevivencia del hombre como entidad biológica, es “contenida” en reservas ampliamente vedadas al usufructo de la sociedad.

Se “excluyen” territorios –o, si se quiere, creamos “territorios excluidos”– no en relación con los llamados procesos de exclusión social (en este caso, como ya vimos, optamos por el término *precarización*), sino en el sentido de retirar de ellos la posibilidad de usufructo social directo. Esto ocurre especialmente por intermedio de dos procesos al mismo tiempo opuestos e interligados:

- el primero, referido a la definición de grandes espacios naturales protegidos y completamente vedados al usufructo social en sentido directo, pautado en una práctica que legitima el discurso dualista de una “naturaleza sin sociedad”, como la llamada “preservación natural” de carácter ilimitado;
- el segundo, dialécticamente articulado al primero y que en parte lo explica, relativo a la transformación de grandes áreas en espacios prácticamente inhabitables (jugando con las palabras, una especie de “sociedad sin naturaleza”), a través de la degradación provocada por el uso indiscriminado dentro de una lógica depredadora militarista (conflictos bélicos) o de producción-consumo y lucro a cualquier precio, como en áreas de grandes desastres ambientales y depósitos de desechos tóxicos (incluyendo la basura nuclear).

Una de las consecuencias de trabajar con la articulación regional del espacio por medio de procesos de “exclusión” territorial en la

perspectiva aquí propuesta es que ellas incorporan en el análisis regional la dimensión que abarca las llamadas cuestiones ambientales (aunque, en este caso, probablemente más por el lado de la desarticulación que de la efectiva articulación regional, ya que son espacios ubicados prácticamente al margen del efectivo usufructo social).

Procesos como los de precarización, contención y exclusión territorial, enfocados aquí de forma sintética por haber sido ya expuestos en trabajos recientes, quedan así como un indicativo para que sean realizados/valorados en trabajos futuros relativos a propuestas más concretas de regionalización.

### **2.3. LA CUESTIÓN DE LA CONTINUIDAD ESPACIAL: POR UN ABORDAJE REGIONAL ENFOCADO EN LA DIS-CONTINUIDAD DE LAS REGIONES**

Frente a las posiciones posestructuralistas que privilegian el hibridismo, la yuxtaposición y la fluidez, es fácil imaginar la intensidad del debate trabado con relación a la cuestión de la discontinuidad espacial. Para muchos autores, como ya evidenciamos, la misma condición de un mundo susceptible de ser regionalizado (por lo menos en sus modelos más tradicionales) estaría ahora puesto en jaque. Se trata, sin duda, de discutir de forma más elaborada lo que entendemos por discontinuidad, no en el sentido de secciones desconectadas y más claramente diferenciadas, sino, y sobre todo, de parcelas relacional y diferencialmente articuladas.

Tradicionalmente, bien sabemos, la región es vista como un espacio dotado de relativa estabilidad. Aun cuando, a través del concepto de región funcional o polarizada, pasó a enfatizar la lógica de los flujos y a admitir de forma más clara superposición y, así, a relativizar límites, era posible delinear, en cada momento histórico, un determinado espacio o área continua de influencia de las ciudades. La gran cuestión, hoy, para mantenernos en este énfasis, en las relaciones entre ciudad y región, es que ellas se tornaron mucho más complejas y sin jerarquías claras, donde el hecho de que un centro urbano ejerza influencia más allá de un área continua a partir de su área “core” es una realidad (o, como mínimo, una posibilidad) cada vez más presente.

Una de las investigaciones que realizamos en este sentido abordó el espacio y la red urbana recientemente formados a partir de la intensa migración brasileña en territorio del este paraguayo (Haesbaert, 1999a). Muchos núcleos urbanos en esa área manifestaban vinculaciones directas mucho más intensas con ciudades en territorio brasileño del otro lado de la frontera –no solo en cuanto a relaciones económicas sino también culturales– y menos con aquellos centros que, “naturalmente”, por cuestión de relevancia y mayor proximidad, tenderían a ejercer su influencia mayoritaria: Ciudad del Este, segundo

centro urbano paraguayo, y Asunción, capital del país. Las migraciones, en un sentido más amplio, son responsables hoy de un gran complicador en términos de articulaciones regionales, principalmente cuando se refieren a las grandes redes de diásporas de migrantes.

En la historia del pensamiento geográfico la efectiva continuidad como marca de la región prácticamente solo estuvo ausente en la región como clase de área (Grigg, 1974) –que muchos, por eso mismo, no reconocían efectivamente como una región, sobre todo porque esta discontinuidad estaba mucho más ligada a principios de método que a evidencias empíricas–. Más que la simple discontinuidad “formal”, por tanto, interesa saber con relación a qué procesos, a qué “contenido” social se define.

Algunos autores, de un modo más general, refiriéndose al espacio geográfico como un todo, consideran la discontinuidad una de sus características fundamentales. En una obra específica sobre el tema (Carroué *et al.*, 2002), se enfatiza, de forma un tanto polémica, que rupturas bruscas y no “graduales” son la norma. Aunque los autores en general insistan mucho más en la discontinuidad *interregional*, o sea, la discontinuidad como condición para la existencia de regiones y para la posibilidad de la regionalización, si “el espacio geográfico es ‘fundamentalmente discontinuo’” (Di Méo e Veyret, 2002: 8, citando a Brunet y otros autores), podemos afirmar que estas discontinuidades también deben ser destacadas en el mismo contexto *intra*regional. De una u otra forma, hoy, el debate sobre la discontinuidad o la “fragmentación” interna de las mismas regiones está a la orden del día.

Thrift, por ejemplo, afirmó que “la región está fragmentándose, tornándose tan desorganizada [...] en tanto *desplazada* en los términos en que acostumbramos considerar regiones como áreas continuas y demarcadas” (1996: 239). Esta fragmentación ocurre tanto por la enorme selectividad y “flexibilidad” económica promovida por la globalización capitalista como por la manifestación de múltiples y/o híbridas identidades culturales y sistemas políticos de gobernabilidad. Mostrando la desconexión entre “consumo” y “producción” de/en los espacios, Thrift afirma que, en este mundo “globalmente local”, los “contextos pueden ser consumidos localmente (aunque, hasta esto esté en cuestionamiento) pero son cada vez menos producidos localmente” (1996: 240). Se vincula a este punto, en un sentido también político, aquello que Santos (1996) destaca como la disociación entre los espacios de control y los de ejecución de la acción –o, en otras palabras, de su comando y de su realización–.

En un trabajo anterior (Haesbaert, 1999b) llegamos a sugerir una “regionalización global en red” que distinguiría “territorios-red de múltiples agentes, como los que envuelven las grandes diásporas

de migrantes [...]. Ellos funcionan integrados al sistema-mundo pero tienen importantes especificidades que permiten una lectura geográfica particular de sus actuaciones” (Haesbaert, 1999b: 31). Es posible imaginar, a partir de allí, una “regionalización global” en “rebanadas”, o más bien, en haces regionales de cohesión/articulación reticular que, dependiendo de los sujetos y de las actividades sociales en juego, componen espacios discontinuos pero sustancialmente articulados entre sí –esto, obviamente, no solo en la escala global–.

Una propuesta más profunda que hicimos en este sentido fue la de trabajar no propiamente con la “región”, sino con la concepción de “red regional”, en particular cuando los procesos priorizados en el fenómeno regional son los regionalismos y las identidades regionales de referente nacional. El ejemplo de los migrantes gauchos en el interior de Brasil reveló la pertinencia de este enfoque (véanse Haesbaert, 1997 y 1998b). Al mismo tiempo en que, de alguna forma, ellos “cargan consigo su región”, o más bien, sus referencias espaciales de carácter regional (en otros términos, su “regionalidad”), reproducen, sobre todo en el ámbito local (un barrio, un municipio –o también, más rara vez, en procesos de creación de nuevos estados–), territorialidades que, organizadas en red a lo largo de gran parte de la trayectoria construida por la migración, articulan una serie de dinámicas que deben su articulación a este perfil “regional” de los grupos migrantes.<sup>10</sup> En este caso, podemos decir, una importante parcela de lo que ocurre con las diásporas en el mundo ocurre también con las migraciones internas en el plano nacional, en especial cuando ellas cargan un fuerte diferencial étnico-cultural.

Fundamentados en el término clave *articulación* para definir los procesos contemporáneos de regionalización, podemos tener la producción de articulaciones que resultan en cohesiones en el sentido más tradicional de región, definiendo una base zonal más clara (a partir de movimientos regionalistas por autonomía territorial frente al Estado, por ejemplo), y otras cuya base es mucho más nítida en el sentido reticular (como la aludida red “gaucha” en el interior de Brasil, u otras redes de diásporas migratorias alrededor del mundo) –que, si no configuran propiamente una región, como mínimo exigen la introducción de nuevas concepciones, como las de “región-red”<sup>11</sup> o “red regional”–.

---

10 Duarte (1988), por ejemplo, llegó también a utilizar el término *voto étnico*, con base en el origen regional de los votantes en áreas de migración sureña en el Mato Grosso.

11 Propusimos este término en un trabajo de 1994, donde afirmábamos: “La región, tal como ha sido vista a lo largo del tiempo por los geógrafos, pasó poco a poco, de una región-territorio, en el sentido más tradicional de territorio [precisando, diríamos hoy, región-zona], donde se define con claridad la frontera entre lo mismo y lo Otro, lo ‘mío de lo tuyo’, lo igual y lo diferente, hasta una región-red, moldeada más

Así como son enfocados más por la discontinuidad que por la continuidad, más por la heterogeneidad que por la homogeneidad, la realidad y el espacio contemporáneos, relacionalmente hablando, son siempre abordados mucho más por el carácter de mutación, de movilidad y también de fluidez que por su conservación, fijeza y estabilidad. Muchos autores, sin embargo, últimamente han cuestionado este relativo menosprecio por la conservación y por el carácter “fijador” del espacio.<sup>12</sup> Esto se verifica, antes que nada, por el simple hecho de que una de las propiedades del espacio es “acumular”, o más bien, “condensar” tiempo, sintetizada en la denominación “acumulación desigual de tiempos”, de Santos (1978). El tiempo materializado en espacio interfiere directamente en el potencial que los espacios ofrecen para la transformación y la propia fluidez. Así, contextos o articulaciones regionales dependen también del “tiempo espacial” allí sedimentado. De allí la extrema relevancia del análisis temporo-espacial dentro del análisis regional, pues la des-articulación regional depende no solo de las des-conexiones que es posible realizar en el presente (para el futuro) sino también de aquellas que realiza (o que realizó) con el pasado, sea a través de la misma materialidad previamente construida, sea por la memoria espacial que con frecuencia accionamos.

#### **2.4. EL CARÁCTER ESCALAR INTERMEDIO O DE MESO-ESCALA: POR UNA REGIONALIZACIÓN VINCULADA A LAS MÚLTIPLES ESCALAS DE PODER EN UN MUNDO GLOBAL-FRAGMENTADO**

Si existe consenso de que la región siempre implica un nivel “mesoescalar”, ya que se define con relación a un todo más amplio, no se puede decir lo mismo cuando se trata de determinar a qué “mesoescala” se refiere prioritariamente. No hay duda de que la región, especialmente cuando se toma en su sentido más genérico y de naturaleza fundamentalmente epistemológica, como instrumento de análisis, como “recorte” espacial o “parte de un todo”, siempre se trabajó como escala intermedia, sea aquella más típica entre lo local y lo nacional (entendida equivocadamente como una marca central del abordaje clásico lablacheano), sea entre lo nacional y lo mundial (en la popular geografía “de los continentes” y/o de los “bloques regionales” con que

---

por las desigualdades (económicas) que por las diferencias (culturales) (1994: 209) [...] donde, más que la desterritorialización desenraizadora, se manifiesta un proceso de reterritorialización espacialmente discontinuo y extremadamente complejo” (Haesbaert, 1994: 214).

12 Un ejemplo es Jones, quien propone “considerar un medio camino conceptual entre espacio como anclaje y fijidez territorial y concepciones de espacio como topológico, fluido y relacionalmente móvil” (2009: 496).



muchos currículos de cursos de licenciatura aún hoy organizan sus “geografías regionales”).

En verdad, como ya se pudo deducir por la discusión planteada hasta aquí, dependiendo del autor y de su filiación teórica, en términos de escala podemos estar confundiendo la región con:

- cualquier nivel escalar por debajo del nivel global, especialmente en el abordaje más general de región como recorte analítico o parcela del todo;
- un nivel escalar intermedio entre lo local y lo nacional, como predominó en la llamada geografía clásica de matriz francesa;
- más recientemente, dependiendo de la perspectiva, pueden ser priorizados también el nivel local (como en la región a partir de los “nuevos localismos”) y el nivel intermedio entre lo nacional y lo global (como en la lectura de los “nuevos regionalismos” de los bloques económicos desarrollada por muchos economistas).

Autores como Milton Santos, aunque privilegian un proceso social más específico en la estructuración de regiones (“la energía que preside” su formación viene a ser “la de las divisiones del trabajo sucesivamente instaladas” [1994: 98]) no reconocen una escala prioritaria para la manifestación de esta diversidad regional, y se refieren a mesoescalas, prácticamente, en cualquier nivel. Para Santos, de manera relativamente simple y, digamos, analítica, “regiones son subdivisiones del espacio: del espacio total, del espacio nacional y también del espacio local” (1994: 98).

Pero esta posición, desde luego, no es consensual. También autores contemporáneos, como Scott (1998), asumen abiertamente solo la escala más tradicional en sus definiciones de región. Para Scott, lo “regional” es trabajado también como un “nivel jerárquico” (1998: 10), en cuanto “área geográfica de extensión subnacional” (1998: 1) –y, podemos deducir, supralocal, pues él trabaja con áreas donde existe un mínimo de desarrollo metropolitano y densidad de actividades socioeconómicas–. De este modo, el autor excluye explícitamente del uso de la expresión “regional” dimensiones como, por ejemplo, aquella que se refiere a la escala continental.

Por lo menos en el plano político-administrativo y en una visión más pragmática (ligada a la planificación regional), al ser directamente vinculada a la figura del Estado parece haber cierto consenso, por lo menos en la geografía clásica, de que la región es, como decía Bernard Kayser:

[...] un nivel intermedio indispensable entre el poder central y los organismos locales. Ella es el cuadro territorial en el que se aplican las decisiones, para lo cual son estudiados los programas de acción. (Kayser, 1975: 282)

Sin embargo, el retorno de la región en los años ochenta y noventa ocurrió también a partir del énfasis en procesos desplegados en otra escala, algunas veces menospreciada por la geografía clásica, que valoraba sobre todo las mesoescalas infranacionales y supralocales. Se trata de la escala internacional, principalmente desde la formación de grandes bloques económicos, llamados también bloques “regionales”. Como ya comentamos, se llegó al punto de analizar la relación entre globalización y “regionalización”, y se creó un nuevo binomio en el cual el antagonismo no es tan evidente en la medida en que “se regionaliza para globalizar mejor” –los bloques económicos (Unión Europea, Nafta, Mercosur, etc.) actuando ora como contrapuntos, ora como nuevas arenas o como una especie de “escala operacional” de la globalización comercial y financiera–.

Este nuevo discurso de la “región” que reúne varios países es típico de una determinada línea de economistas, muchos que incluso abusan del término *regionalismo*, que pierde su carácter eminentemente político, como movimiento de base territorial por autonomía frente al Estado (como lo define, por ejemplo, Markusen [1981]) y adquiere una connotación fundamentalmente económica y supranacional.

Sassen (2001), por otro lado, inspirada en el trabajo de Scott *et al.* (2001), ya comentado aquí, habla de la elaboración de una “nueva escala estratégica” (Sassen, 2001: 78) a partir de la concepción de ciudad-región global. La autora, sea como “escala territorial” (efectiva), sea como “constructo analítico”, extrapola la simple “ciudad global”, que termina contenida en la región. Por otro lado, bien sabemos que las relaciones construidas por la ciudad global, en una característica que le es inherente sea cual fuera su definición, pueden también configurar regiones de influencia en el ámbito macro, continental. O sea, lo regional, en este caso, al mismo tiempo contiene y es contenido por los circuitos de la ciudad-global.

Aún en los años ochenta, Paasi propuso una distinción entre lugar y región a partir, no exactamente de la escala en sentido cartográfico (en cuanto extensión en área), sino en relación con la vida cotidiana.<sup>13</sup> En una visión “estructuracionista” de región y lugar, él dice que ambas son abstracciones que han de ser “concebidas en la relación entre

---

13 En este sentido, véase nuestra distinción entre escalas cartográficas y geográficas y la concepción de escala geográfica local como espacio cotidiano de relaciones (Haesbaert, 1993a; 2002).

acción individual y estructura social a través del proceso de estructuración de la sociedad”:

Al revés de la categoría de lugar, centrada en el hombre, una región es interpretada como una categoría con una explícita dimensión colectiva que representa prácticas institucionales y la historia de la región, no la historia de un individuo, como hace el lugar. [...] En determinado sentido, regiones como estructuras simbólicas trascienden la interacción social cara a cara, cotidiana local, y los sistemas simbólicos de regiones se basan fundamentalmente en controles y transacciones no locales. (cf. Pred, 1985b: 340) (Paasi, 1986: 113)

Sin embargo, dentro del mismo razonamiento geográfico que, hoy, prioriza la dinámica más amplia de globalización-fragmentación, algunos señalan que la región pasa a manifestarse, sobre todo, a nivel local –o también a confundirse con el “lugar”– pues, como ya remarcamos, este sería el mejor *locus* para reconocer una realidad espacial mínimamente cohesionada y que realiza una cierta integración entre diferentes dimensiones socioespaciales. Es así que, un autor como Nigel Thrift (1996), al recuperar el debate regional, lo relaciona con la entrada en un “nuevo período de localismo”. Otros, aunque no siempre de manera explícita, sugieren la misma reconfiguración de los regionalismos (los “nuevos regionalismos”), que adquieren de cierta forma una dimensión más “popular” y local (Vainer, 1995).

Este “nuevo localismo” no puede, sin embargo, quedar circunscrito a la lectura fragmentadora del posestructuralismo. Smith (1988), en su enfoque marxista, afirma que el localismo representa “una ‘desestructuración’ de la coherencia geográfica que dominaba la expansión económica en la mayor parte del mundo de la posguerra, una destrucción de la vieja estructura regional”, resultado de la intensa competencia en un nuevo modo de regulación moldeado por las propuestas neoliberales posfordistas. Para él, en una crítica a veces demasiado negativa, muy al contrario de las tesis posmodernistas de la “política de la diferencia”, el localismo correspondería hoy a una “política reaccionaria sin salida” en la que, “las viejas reglas están desapareciendo y las nuevas, lejos de ser evidentes, son el objeto de la lucha política”. No podemos, así, restringir la vida cotidiana simplemente al “localismo”, transformado en “apriorismo filosófico que privilegia lo local sobre todas las otras escalas espaciales” (Smith, 1988: 151). Como en la década de 1980, detrás de ese localismo pueden estar emergiendo nuevas reestructuraciones regionales.

Lo que tenemos que destacar dentro de este cuadro contradictorio entre antiguas y nuevas dinámicas es, justamente, las imbricaciones escalares proporcionadas, principalmente, por la densificación

de los circuitos globalizadores, mucho más evidente, claro está, en el mundo capitalista europeo, norteamericano y de las economías más capitalizadas del Extremo Oriente.

Así, autores como Thrift y Scott no están simplemente retomando viejas configuraciones regionales, sea a nivel más estrictamente local, sea a nivel intermedio, infranacional o supralocal. Thrift no habla de una simple recuperación del “localismo” sino de su reformulación a través de lo que él denomina “localismo globalizado”, muy difícil de ser aprehendido por el geógrafo regional; una “nueva sociedad globalmente local”, “un localismo sistematizado y racionalizado que busca absorber las mercancías al producir y reproducir consumidores” (1996: 240). Para él:

[...] la urgencia de identificarse con localidades parece haberse hecho más fuerte. La súbita aparición de una enorme cantidad de literatura local y de historias de herencia cultural sugiere una fijación a la localidad, pero una vinculación mediatizada por los medios de comunicación [...]. Un localismo “global” domina nuevamente. (Thrift, 1996: 241)

Por otro lado, lo que Scott también de cierta forma se empeña en enfatizar, es el cambio en la relación de *subordinación* (término nuestro) privilegiada, ahora no a partir del nivel regional con relación a lo nacional (Estado) sino del nivel regional directamente con relación al global. O sea, aún si se mantiene la escala clásica de análisis al definir la región, podemos decir que, como esta nunca se establece de forma aislada sino relacionamente, lo que de hecho representa un cambio sustancial es la relación interescalar privilegiada, que muchas veces no es más la relación de la región frente al poder del Estado sino frente a los macrocircuitos (marcadamente económicos) de la globalización.

Esto hace recordar un anuncio del gobierno regional catalán difundido en periódicos europeos cuando se realizaron los Juegos Olímpicos de Barcelona: en un mapa de Europa se diseñaba solamente la región de Cataluña, resaltando que ahora todos sabían que los juegos se estaban realizando en un “país” llamado Cataluña. Pasando por encima del Gobierno nacional español, se manifestaba allí la fuerza del nivel regional directamente articulado con los circuitos globales o, por lo menos, de la Unión Europea.

Todo esto nos muestra que lo que ocurre, de hecho, es una compleja articulación escalar –y he allí un tercer sentido para el término *articulación*– mucho más imbricada y múltiple que en el pasado. Ningún espacio, ni siquiera aquellos más aislados del planeta, es inmune a un tipo de mecanismo global que, de alguna forma, ejerce su influencia sobre él. Evidentemente que esta interferencia, como ya destacamos aquí, se da de las formas más diversas, desigualmente distribuida en la faz de la Tierra. De allí la propia dificultad, hoy, de una

definición relativamente clara de lo que sería una escala “local” o también “nacional” –para no hablar del debate sobre una escala “regional”, objeto más directo de este estudio–. Propuestas contemporáneas como la del neologismo *glocal* o *glocalización* (Swyngedouw, 1992; Robertson, 1995) serían una de las mejores evidencias de esta dificultad.

Queda claro que, en un mundo entendido en proceso de globalización, como especialmente vimos aquí para las ciudades-región globales, hablar de estabilidad y continuidad (física) de los fenómenos en el espacio es muy problemático. Ya a inicios del siglo –pese a lo que afirman muchos de sus críticos– Vidal de la Blache demostraba que analizar una región de Francia o al país en su conjunto, demandaba claramente abordar contextos más amplios, en la escala de Europa, por ejemplo. Los recortes de su “Atlas” ya mostraban, igualmente, esta preocupación por un tratamiento multiescalar.<sup>14</sup> En verdad, La Blache también preveía claramente la necesidad de que se trabajara –y se priorizara– la Tierra como un todo, en su conjunto, aunque muy lejos del uso del término *globalización*.<sup>15</sup>

Esta superposición escalar de extensión y/o articulación de los fenómenos sociales, mucho más intrincada en el mundo contemporáneo, dificulta el análisis regional en la medida en que es imposible encontrar espacios cuya coherencia y especificidad se puedan analizar independientemente de su inserción en procesos visibles, sobre todo, en otros niveles escalares. Por otro lado, es claro que no podemos ser reduccionistas a tal punto que ignoremos toda la fuerza de los contextos locales/regionales que, incluso a través de elementos plenamente insertos en la propia globalización, como la mercancía, pueden ofrecer mecanismos de resistencia. Como afirma Thrift, “algunas veces las [mismas] mercancías son usadas como símbolos de resistencia”, y “la recepción [local] por las personas de los significados de los medios no es un proceso pasivo sino transformativo” (1996: 237).

---

14 Sobre el “Atlas Vidal-Lablache” véase el análisis hecho por Robic (2002). Para la autora, el atlas tiene una “estructura compleja, multiescalar y polimórfica, pues él utiliza ‘espacios de referencia’ diferentes de una tabla a la otra”. El atlas se encuentra disponible en línea en <[www.cosmovisions.com/atlasVL.htm](http://www.cosmovisions.com/atlasVL.htm)>.

15 En “El principio de la geografía general”, por ejemplo, Vidal afirma que “La idea de que la Tierra es un todo en el que las partes están coordinadas, proporciona a la geografía un principio de método [...]. Si nada existe aisladamente en el organismo terrestre, si en todo lugar repercuten las leyes generales [...], la tarea del geógrafo toma un carácter diferente de aquel que a veces se le atribuye. Cualquiera que sea la fracción de la Tierra que estudie, él no puede encerrarse en ella. Un elemento general [global, diríamos hoy] en todo estudio local. No hay, de hecho, área donde la fisionomía no dependa de las influencias múltiples y lejanas de las cuales importa determinar lo local del origen” (Vidal de la Blache, 2002 [1896]: 135). Muy lejos está, por tanto, del geógrafo “regional” de una única escala, como muchas veces se le acusó.

Otro dilema en el enganche escalar de la regionalización es que el “nivel escalar” siempre se piensa en términos de una lógica zonal de organización del espacio, esto es, que enfatiza recortes en cuanto a superficies o áreas. Cada vez más, sin embargo, es necesario introducir en la discusión sobre escalas (tomadas o no como “regionales”), la lógica reticular, esto es, pensar lo regional también en términos de su proyección escalar en red, como propusimos aquí a través de la concepción de red regional.

Regionalizar en un mundo en globalización se convierte en una tarea doblemente difícil en términos escalares: ¿cómo se puede dividir, y dividir dentro de una misma escala lo que, en tesis, está en creciente, imprevisible y rápido proceso de des-conexión? Lo que proponemos es que los procesos de regionalización, primero, no pueden quedar presos o restringidos a una escala en particular; y, segundo, que deben plantearse dentro de lógicas diferenciadas, tanto en el sentido, más radical, de su reconfiguración dependiendo del contexto macrorregional que se va a trabajar (por ejemplo, criterios distintos para el África subsahariana, la India o América Latina), como en el sentido de que, manteniendo los mismos criterios, ellos pudieran ser reconocidos a través de escalas distintas dependiendo de esos contextos. Así, un mismo proceso socioespacial que se evidencia en una escala (cartográfica, en este caso) mayor en un contexto puede revelarse en una escala diferente en otro, lo que hace aún más compleja la relación entre los niveles cartográfico y geográfico.<sup>16</sup>

Aunque defendamos la concepción de región como un espacio dotado de articulación (funcional y/o simbólica), debemos recordar que ni siquiera en las más tradicionales “regiones naturales” podemos concordar con la utilización de una misma escala para la regionalización de todo el espacio planetario. Dependiendo de las fracciones del espacio por abordar, este se presenta con un nivel de articulación y complejidad de interacciones mucho mayor en determinados contextos que en otros, lo que hace que determinados recortes regionales se propongan a partir de criterios semejantes pero en escalas diferentes. O sea, simplificando, no es la escala la que hace a la región, sino la regionalización (en cuanto acción al mismo tiempo concreta y abstracta de creación de regiones) la que define la escala que se ha de priorizar. Definir *a priori* una escala cartográfica como escala “regional” sería una temeridad.

---

16 De cierto modo, estamos complejizando la afirmación de Dias de que “en lugar de definir *a priori* el tamaño de la región –de lo macro a lo micro– podemos pensar en regiones con geometrías variables, resultantes de nuevos arreglos institucionales y espaciales” (Dias, 2004: 170).

Todo este debate sobre escala regional tiene una especie de telón de fondo en la discusión, ya varias veces enunciada aquí, entre constructo intelectual y evidencia práctica, especialmente en la medida en que podemos percibir la regionalización, en cierto sentido, como un simple proceso general de producción de recortes escalares o analíticos en el espacio geográfico. Tal como en la discusión de Moore (2008) sobre escala, la región, aunque concebida como simple recorte escalar, debe ser vista siempre en su doble condición de arte-*facto*, de artificio y hecho, por cuanto su referencial escalar, más o menos definido, es al mismo tiempo un constructo analítico para operacionalizar nuestra investigación y una categoría “de la práctica”, lo “regional”, como mínimo, que impregna una serie de discursos regionales. Y categoría “de la práctica” no solo en el ámbito más estricto de sentido común sino también, de alguna forma, retroalimentada por su sentido pedagógico (por medio de la enseñanza escolar) y normativo (por medio de la gestión y/o planificación estatal).

## Capítulo 3

# LA REGIÓN EN UNA “CONSTELACIÓN” DE CONCEPTOS: ESPACIO, TERRITORIO Y REGIÓN\*

A partir de una comprensión más clara de las diferentes posibilidades de trabajar con el concepto de región y con los procesos de regionalización, es importante destacar desde su relación y su alcance frente a otros conceptos, hasta porque, como ya afirmamos, en determinado momento el concepto de región se convirtió en el más pretencioso –o incluso paradigmático– dentro de la geografía y, tal vez por esto mismo, también el que, algunas veces, es el más nítidamente reconocido como un concepto geográfico por otros científicos sociales.

Sea como instrumento analítico, pedagógico o de acción/intervención, el concepto de región se encuentra obligatoriamente sumergido en la relación con otros conceptos frente a, o con los cuales, se le puede definir mejor. Se trata de aquello que Deleuze y Guattari (1992) denominan “constelación” de conceptos. Así, dentro de la constelación de conceptos donde se inserta la región encontramos, sin sombra de duda, como uno de sus principales “satélites” (o, al contrario, para algunos, hoy, verdadero “planeta” delante del cual ella gira), el concepto de territorio. Basta verificar la superposición entre los dos conceptos, que en la mayor parte de los diccionarios son siempre tratados, en algún momento, como sinónimos.

---

\* Este capítulo se construyó a partir del despliegue de la primera parte del artículo “Dilema de conceptos: espacio-territorio y contención territorial” (Haesbaert, 2009).



Sin embargo, no podemos olvidar que detrás de conceptos como región y territorio se encuentra nuestro “concepto maestro” o, como preferimos, nuestra categoría clave: el espacio. Vale la pena retomar, entonces, a título prácticamente conclusivo, el gran debate sobre el espacio como categoría y su relación con la “constelación” geográfica de conceptos, en especial, los de región y territorio.

En principio, es importante recordar que el carácter fundamental de los conceptos no se encuentra, a no ser desde una posición estereotipada de la lógica formal positivista, en su distinción, en el énfasis dado a su separación frente a otros conceptos. La “identidad” de un concepto, un poco como en la propia construcción de una identidad social, no se define simplemente por la clara concepción de un “otro” frente al cual él se impone, sino por la propia definición que este otro, en su imbricación, le concede. Esto significa que las “identidades” conceptuales deben ser trabajadas, también, *a través* de las fronteras, en el interior de esas delimitaciones que aparentemente separan, o sea, también en los liminares, en las interfaces, en las intersecciones, sin el a veces obsesivo establecimiento de un recorte de delimitación estanco y bien definido.

Además de esto, lejos de ser visto como simple abstracción, representación, generalización (condición fundamental, sin embargo, en nuestras conceptualizaciones), un concepto es también, en sí, una realidad (un evento o “acontecimiento”, diría de forma más provocativa Gilles Deleuze). En este sentido, este no simplemente “traduce” o “representa”, como en el positivismo clásico, sino que al pretender “traducir”, “reproducir” o “re-presentar”, de la misma forma y concomitantemente produce realidades, o sea, es también un instrumento de creación o, como ya dijimos, de *devenir*, de apertura hacia la producción de lo nuevo.

Véase lo que acontece con la región: producir una regionalización, definir regiones, no significa solo “aplicar” un concepto a partir del “reconocimiento” de una realidad, pues estas mismas delimitaciones acaban teniendo “efectos de verdad”; de alguna forma entran en la composición de la producción de este ser que el concepto dice re-presentar. Para algunos, como ya resaltamos, se trata igualmente de una realidad constantemente recreada en una compleja dinámica de re-construcción material-ideal.

Muchos autores hablan de trabajo con sistemas o con constelación de conceptos, de lo contrario podríamos estar hasta desconociendo la propia multiplicidad del mundo (o del espacio). Además de eso, cada autor, en particular aquellos que pretenden construir una especie de teoría general o de un sistema dentro de una disciplina, debe haber reconocido cada concepto propuesto, siempre dentro

de esa amalgama, sin que pueda jamás ser leído de forma aislada con relación a los demás. Así, por ejemplo, “exigir” a un geógrafo como Milton Santos una concepción diferente de, digamos, el paisaje, puede significar quebrar toda una cadena de significados en la cual este concepto está inserto y dentro de la cual precisa ser leído. En este sistema, constelación o familia (o, para los más pretenciosos, “teoría”) más amplia, es donde el concepto adquiere su consistencia y no aisladamente. Las eventuales controversias se deben construir a partir del conjunto, no desde propuestas conceptuales disociadas –que, cuando son consistentes, nunca son formuladas aisladamente por un autor–.

En la amplia constelación de conceptos de la geografía, dos de los más utilizados son, sin duda, el de región –mayoritario en la llamada geografía regional clásica– y el de territorio, dominante en la actual geografía latinoamericana –o, probablemente, de una forma más amplia, en las geografías de lenguas latinas, pues, contextos como el francés y el italiano también han sido bastante marcados por este debate–.<sup>1</sup> Lo que distingue muchas veces un concepto de otro es simplemente una cuestión de foco, ya que todos ellos inciden de una u otra forma sobre un mismo universo o problemática general –en el caso de la geografía, la dimensión espacial de la sociedad–.

Si partimos de este presupuesto –hoy casi sentido común– de que la geografía se define como la disciplina enfocada en la dimensión espacial de la sociedad, su concepto maestro –para nosotros, categoría, por su mayor amplitud– no es la región o el territorio, sino el espacio. Solo que las cosas no siempre fueron así. Correspondió a los llamados geógrafos cuantitativos o neopositivistas alzar el espacio al nivel de categoría o concepto central de la geografía. A partir de una visión muchas veces abstracta, idealista, basada a menudo en modelos matemáticos, especialmente cuando se confronta con el empirismo materialista presente en parte de la geografía más tradicional que lo antecedió, este espacio de los neopositivistas ya incorporaba la idea de relación, de movimiento, de proceso (en fin, de “red”). Configuraba así, también, un “espacio relativo”, basado no en el carácter absoluto de referencias locacionales estandarizadas, por ejemplo, sino en las referencias entre objetos que, móviles, “relativizaban” la propia noción absoluta de distancia y de movimiento.

Fue principalmente en el pasaje hacia una geografía “radical” o “crítica”, de fundamentación marxista, que se añadió a esa lectura absoluta y relativa del espacio otra más compleja, que fue definida

---

1 Sobre la contribución italiana al debate sobre territorio, véase Saquet (2006).

por Harvey (el mismo autor que, en *Explanation in Geography* tanto enfatizó la díada absoluto-relativo) como “relacional”. Según Harvey:

Si tomamos el espacio como absoluto este se torna una “cosa en sí misma” con una existencia independiente de la materia. Posee entonces una estructura que podemos utilizar para clasificar o para individualizar fenómenos. La caracterización de un espacio relativo propone que este debe ser entendido como una relación entre objetos, la cual existe solamente porque los objetos existen y se relacionan. Hay otra acepción según la cual el espacio se puede tomar como relativo, y propongo llamarlo espacio relacional –espacio tomado, a la manera de Leibniz, como contenido *en* objetos, en el sentido de que un objeto existe solamente en la medida en que contiene y representa dentro de sí mismo las relaciones con otros objetos–.<sup>2</sup> (1980: 4-5, énfasis original)

Sin embargo, más importante que esta distinción es percibir que “el espacio no es ni absoluto, ni relativo ni relacional *en sí mismo*, pero puede transformarse en uno u [‘y/o’, podríamos señalar] otro, dependiendo de las circunstancias” (Harvey, 1980: 5). En un trabajo reciente, en el que retoma estas cuestiones, el autor propone “mantener los tres conceptos en tensión dialéctica uno con el otro y pensar constantemente a través de la interacción entre ellos” (Harvey, 2006a: 276), pues, “estamos inexorablemente situados en las tres estructuras simultáneamente, aunque no necesariamente de la misma forma” (Harvey, 2006a: 277, traducción libre).

En un cuadro más complejo, Harvey (2006a y 2006b) propuso ajustar su matriz de los espacios absoluto, relativo y relacional a los tres “momentos” del espacio de Lefebvre (los espacios percibido, concebido y vivido),<sup>3</sup> lo que dio como resultado la “matriz de significados” espaciales sintetizada en el cuadro 3.

---

2 Es importante recordar que Harvey, al trabajar con la visión de espacio de Leibniz, implícitamente está incorporando también su hábil distinción entre el espacio como el orden de las cosas en su coexistencia/ simultaneidad y el tiempo como el orden de las cosas en su sucesión.

3 Harvey (2006a y 2006b) utiliza los términos “material”, “conceptual” y “vívida” para estas tres dimensiones del espacio. Para Lefebvre, las “prácticas espaciales” involucran producción y reproducción, realidad cotidiana, una cierta “competencia” y “*performance*”; las “representaciones del espacio” se ligan al espacio instrumental, de los científicos y planificadores, mientras que los “espacios de representación” significarían “el espacio vivido a través de las imágenes y de los símbolos que lo acompañan” (Lefebvre, 1986: 49).

**Cuadro 3. Matriz de significaciones posibles para el espacio**

	<i>Espacio material o de la experiencia (percibido)</i>	<i>Representación del espacio o espacio conceptualizado (concebido)</i>	<i>Espacios de representación o espacio vivido</i>
<i>Espacio absoluto</i>	Cuerpos físicos (de los muros a las ciudades y a los continentes)	Mapas catastrales y administrativos, Metáforas de confinamiento (Newton, Descartes)	Sentimientos de satisfacción, de miedo, de inseguridad con relación a ciertos espacios
<i>Espacio(-tiempo) relativo</i>	Circulación y flujos de varios tipos; aceleración y desaceleración con la fricción de la distancia	Mapas temáticos y topológicos Metáforas de movilidad y desplazamiento (Einstein, Reimann)	Tensiones o divertimentos vinculados a la compresión del espacio-tiempo o a la velocidad, frustración en un congestionamiento
<i>Espacio(-tiempo) relacional</i>	Flujos y campos de energía electromagnéticos, relaciones sociales, sonidos, olores y sensaciones proporcionados por la brisa	Ciberespacio, Metáforas de internalización de fuerzas y poderes (comando y control muy difíciles) (Leibniz, Whitehead, Deleuze, Benjamin)	Visiones, fantasías, deseos, memorias, sueños, estados psíquicos (ej. agorafobia, vértigo, claustrofobia)

Fuente: adaptada de Harvey, 2006a: 282 y 2006b: 135.

Se trata de una matriz provocadora, aunque discutible en algunos puntos. Por ejemplo, ¿podrían las concepciones generales de espacio absoluto, relativo y relacional (desde nuestro punto de vista situadas en otro nivel de análisis, más general y abstracto), ser simplemente equiparables a las dimensiones –por eso mismo concomitantes e indisociables– “percibida”, “concebida” y “vivida” del espacio? Así, no queda claro en el cuadro, hasta qué punto una de estas dimensiones es –o debe ser– priorizada, dependiendo de la concepción general de espacio al que nos estamos refiriendo.

Lefebvre parece implícitamente indicar que la gran cuestión sería cuál de las tres dimensiones identificadas se privilegia en cada perspectiva, y no esta especie de caracterización “igualitaria” (equitativamente distribuida) propuesta por Harvey. Como concepciones universales de espacio, los espacios absoluto, relativo y relacional, sin duda, implican todas las dimensiones identificadas por Lefebvre,<sup>4</sup>

4 Como dice Lefebvre: “El concepto de espacio no está en el espacio. De la misma forma, el concepto de tiempo no es un tiempo dentro del tiempo. [...] El concepto de espacio no tiene por contenido el espacio absoluto (en sí); tampoco contiene en sí un espacio. [...] El concepto de espacio denota y connota todos los espacios posibles,

pero en combinaciones bastante diferenciadas, que, como reconoce el mismo Harvey, la forma de representación “autoconfinada a un espacio absoluto” de su matriz no consigue contemplar.

Sería importante también destacar –o por lo menos reconocer (lo que no ha hecho Harvey)– que Lefebvre trabaja con otra concepción, por ejemplo, del espacio absoluto. Él contrapone el espacio absoluto al espacio abstracto, en una lectura muy propia del espacio absoluto. Así, absoluto es el espacio que conjuga todas aquellas dimensiones, sin separarlas, y bajo el dominio del espacio vivido, con profundo valor simbólico, como predominaba aproximadamente hasta el Imperio romano. Ya en el espacio abstracto, dominante en el mundo moderno-capitalista, aquellas dimensiones se separan bajo el dominio de lo funcional o de lo instrumental, o sea, de las prácticas espaciales del espacio concebido. La “matriz igualitaria” propuesta por Harvey no permite reconocer este énfasis diferenciado en las dimensiones (de las prácticas y de las representaciones) –mucho menos sus diferentes combinaciones–<sup>5</sup> conforme la concepción más general de espacio a la que nos estuvimos refiriendo.

Todo este debate es de particular relevancia para nuestro razonamiento, en la medida en que debemos admitir que la propia construcción de la “región” y del “territorio” adquiere diversos rasgos de acuerdo con la espacialidad a la cual aparece prioritariamente vinculada en sus múltiples dimensiones (en este entrecruzamiento entre lo vivido, lo percibido, lo concebido, y lo absoluto, lo relativo y lo relacional).

## 1. EL ESPACIO Y EL TERRITORIO

Para empezar, es preciso aclarar, aunque de forma bastante general, en qué medida los términos “espacio” y “territorio”, a pesar de que suelen utilizarse como sinónimos, deben ser tratados como concepciones distintas, principalmente cuando otras disciplinas hacen referencia a

---

abstractos o “reales”, mentales y sociales. Entre otros, contiene estos dos aspectos: el espacio de representación-la representación del espacio” (Lefebvre, 1986: 345; énfasis original; traducción libre).

5 Sin embargo, muchas de estas restricciones, especialmente aquella referente a las distintas combinaciones, son reconocidas por el propio autor, al admitir que, “por definición, [...] la matriz que establezco y el modo como puedo utilizarla tienen un poder de revelación limitado. Pero, reconocido todo eso, considero útil examinar las combinaciones que surgen de diferentes intersecciones en el interior de la matriz. La virtud de la representación en el espacio absoluto es que nos permite individualizar fenómenos con gran claridad, y con un poco de imaginación es posible pensar dialécticamente [y también, deberíamos agregar, en su ambivalencia] a través de los elementos que componen la matriz, de modo que cada momento es imaginado como una relación interna de todos los otros” (Harvey, 2006a: 281; traducción libre).

la dimensión geográfica de los fenómenos sociales, pero no la geografía. Probablemente la distinción más conocida (y citada) sea la de Raffestin (1993), para quien el espacio está más cerca de una “noción” y el territorio de un “concepto” –“que permite una formalización y/o una cuantificación más precisa”–.

Para Raffestin, espacio y territorio no son equivalentes, y el primero antecede al segundo. El territorio resulta de “una acción conducida por un actor sintagmático (que realiza un programa) en cualquier nivel” (y no solamente el estatal) (1993: 143). La “territorialización” del espacio ocurre por los procesos de “apropiación”, sea ella concreta o simbólica (por la representación, por ejemplo). Del “encarcelamiento original”, que es el espacio, el hombre pasaría al “encarcelamiento construido” por su propio trabajo y por las relaciones de poder que lo acompañan. Desde una visión materialista, “el espacio es, de cierta forma, ‘dado’ como si fuese una materia prima”, “la realidad material preexistente a cualquier conocimiento y a cualquier práctica” (Raffestin, 1993: 144).

Al afirmar que “el territorio se apoya en el espacio, pero no es el espacio, es una producción a partir del espacio” (1993: 144), Raffestin, por lo menos en este momento, termina confundiendo en la misma alusión que hace a Lefebvre, como si este también compartiese ese “pasaje” del espacio al territorio. Al contrario, para Lefebvre (1986) el espacio también, y sobre todo, se produce socialmente; desde ningún tipo de hipótesis se trata de un *a priori* (en este caso, en una lectura materialista, una especie de “primera naturaleza”) sobre el cual reproducimos nuestro trabajo y ejercemos poder. Sin embargo, el territorio, tal como queda implícito en ciertos pasajes del autor, y allí estamos de acuerdo, privilegiaría la dimensión política (en especial la estatal) de ese espacio socialmente producido.

Para algunos neokantianos el espacio sería también un *a priori*, pero un *a priori* abstracto (no la “realidad material preexistente”, como en Raffestin), almacén intelectual –o más bien, “intuitiva”– indispensable para la comprensión de las relaciones sociales concretas –estas sí, realizando entonces procesos de “regionalización” (Werlen, 2002) o, en términos asociados, de “territorialización”–.

En verdad, no se trata, evidentemente, de distinguir de manera clara o también rígida, espacio de territorio. Aunque no equivalentes, como refiere Raffestin, espacio y territorio nunca podrán ser separados, ya que sin espacio no hay territorio –el espacio no como otro tipo de “recorte” u “objeto empírico” (tal como en la noción de “materia prima preexistente” aún no apropiada) sino, desde una perspectiva también epistemológica, como otro nivel de reflexión u “otra mirada”, más amplia, cuya problemática específica se confunde con una de las dimensiones fundamentales de la sociedad, la dimensión espacial–.

Dentro de esta dimensión, le cabería al territorio poner el foco en la espacialidad de las relaciones de poder.

Tal vez podríamos afirmar de manera más simple que, así como el espacio es la expresión de una dimensión de la sociedad, en sentido amplio, priorizando los procesos en su extensión y coexistencia/simultaneidad (incorporando allí, obviamente, la propia transformación de la naturaleza),<sup>6</sup> el territorio se define más estrictamente a partir de un abordaje sobre el espacio que prioriza o que establece su foco en el interior de esta dimensión espacial, en la “dimensión”, o más bien, en las problemáticas de carácter político o que involucran la manifestación/realización de las relaciones de poder en sus múltiples esferas. Como ya afirmamos:

[...] el territorio se puede concebir a partir de la imbricación de múltiples relaciones de poder, del poder más material de las relaciones económico-políticas al poder simbólico de las relaciones de orden más estrictamente cultural. (Haesbaert, 2004a: 79)

En verdad, para ser más rigurosos, no se trataría del “poder más material” sino de los efectos, sobre todo, de naturaleza material del poder, ya que no nos referimos aquí a un poder como “objeto” o “cosa”, sino en su sentido relacional, geográficamente aprehendido a partir de las formas con que es ejercido y que él produce y/o a través de las cuales es producido.

Como ya lo hemos señalado en trabajos anteriores (véanse especialmente Haesbaert, 2004a y 2007b), tomamos como referencia en ese debate la idea de un *continuum* de articulación territorial desde los territorios –o, para ser más precisos, los procesos de territorialización– con mayor carga funcional (y “material”, podríamos agregar) hasta aquellos con mayor carga simbólica, sin perder el foco sobre las relaciones de poder. Considerando los dos extremos (que, si existieran de forma separada, sería solo como “tipos ideales”), diríamos que no es posible concebir territorios puramente funcionales (ya que siempre, por menos evidente que sea, ellos contendrán una dimensión simbólica, un proceso de significación), ni puramente simbólicos (en este caso, alguna referencia a un espacio material deberá estar presente).

En ese caso, proponemos trabajar con el término “territorialidad” en su sentido más amplio –ya que no se trata, obligatoriamente, de la territorialización concretamente manifestada–. Esto no quiere decir que ella sea menos importante, pues, dependiendo del contexto, estas significaciones construidas en referencia a un espacio, aunque

---

6 Al respecto, véase por ejemplo Massey (2008), especialmente el capítulo 12.

simbólico y/o históricamente datado, como en el caso de muchas comunidades judaicas, puede ser fundamental en la constitución del grupo social. Aunque todo territorio tenga una territorialidad (tanto en el sentido abstracto de “cualidad o condición de ser territorio” como en el de su dimensión real-simbólica), no toda territorialidad –y lo mismo podría decirse de la espacialidad– posee un territorio (en el sentido de su efectiva realización material).

Incluso en el caso prototípico de la Tierra Prometida judía, aunque el espacio de referencia identitaria (una territorialidad entendida como un proceso social de significación y control simbólico sobre un espacio) no tuviera correspondencia directa con un efectivo movimiento de territorialización, terminaron desencadenándose muchos procesos concretos de territorialización (a nivel local, por ejemplo, con barrios y calles judías) basados, en parte, en esa referencia simbólica a la Tierra Prometida.

Aunque toda territorialización se defina conjugando procesos más concreto-funcionales (donde predominan dinámicas de “dominación”, siguiendo de forma genérica la proposición de Lefebvre para la producción del espacio) y simbólico-identitarios (más evidentes en procesos llamados de “apropiación”), o sea, a pesar de que su espacio incorpore, de alguna forma, una dimensión simbólica, no todo territorio necesita tener una clara y preponderante “carga simbólico-identitaria” en su constitución. Además, tal vez deberíamos también reconocer que la mayor parte de los procesos de territorialización, dentro de la lógica capitalista, prioriza las problemáticas materiales-funcionales (de “dominación”) del territorio, aunque hoy, esto sucede en una “sociedad del espectáculo”, cada vez más permeada de valoración simbólica. Por eso algunos autores, radicalizando esta idea, asocian claramente el territorio al campo de las prácticas (o de los “usos”) sociales.

En verdad se trata muchas veces de intentos de funcionalización extrema de los espacios, como en el lema modernista de la forma según el cual la forma se corresponde estrictamente con la función. Pero toda segmentación/delimitación territorial orientada a ejercer el control sobre las dinámicas sociales a partir del control del espacio viene siempre, obligatoriamente, acompañada de diferentes sentidos/significaciones a partir de distintas apropiaciones simbólicas, dependiendo del grupo o la clase social en juego.

Así como la concepción de espacio lefebvrea se modifica a partir de su contextualización histórica y geográfica, lo mismo ocurre con los procesos efectivos de territorialización a partir del binomio espacio-poder. Y como “es en la práctica humana con relación al espacio” que, en la visión materialista de Harvey, se resuelve la cuestión filosófica sobre la “naturaleza” del espacio, creemos también, y con más



razón aún, que es por medio de las problemáticas efectivas involucradas en los procesos de territorialización (al mismo tiempo materiales y simbólicas), que podemos comprender –y, mínimamente, definir– no exactamente “lo que es” el territorio, sino los dilemas/acciones que se emprenden en/a través de su nombre.

Por eso, y para ser coherentes con nuestra discusión anterior sobre la naturaleza de los conceptos, no se trata simplemente de traducir qué es el territorio, o la región, sino además de debatir su uso como categoría de la práctica y su *devenir*, esto es, en qué problemáticas nos involucramos y qué es lo que efectivamente hacemos al accionar y/o al producir nuestras concepciones del territorio, y de la región, siempre abiertas, por tanto, hacia su propia reevaluación/renovación. Es en este sentido, también, que dentro de esta “constelación” más amplia espacio-territorio-región, debemos ahora orientar el debate sobre la relación, más específica, entre la díada de conceptos *territorio* y *región*.

## 2. EL TERRITORIO Y LA REGIÓN

A lo largo de su trayectoria, algunos conceptos pueden adquirir, como ya vimos para el caso de la región, una connotación más instrumental o analítica y menos realista o ligada a las prácticas sociales en cuanto “hecho”. Otros parecen nacer y ser reconstruidos con fuerte connotación realista, en la medida en que se ligan no prioritariamente a la resolución de cuestiones teóricas, epistemológicas, sino a cuestiones vinculadas más directamente a fenómenos o manifestaciones concretas, consideradas por muchos como “reales”. Es esto lo que, muchas veces, parece ocurrir en la geografía con respecto al concepto de territorio y su asociación con el tratamiento de problemáticas que involucran las relaciones entre espacio y poder, esto es, la dimensión política de la sociedad en su composición espacial o geográfica.

Esta distinción se hace evidente cuando verificamos los usos predominantes de los términos “territorialización” y “regionalización”: mientras el primero siempre tiende a dirigirse más hacia el campo de las prácticas y de los sujetos sociales en su esfera concreta de producción del espacio, el segundo en un sentido epistemológico, tiene una mayor trayectoria como principio de recorte analítico del espacio a través de determinados criterios propuestos por el investigador –o, en el caso de la planificación estatal, por el planificador–.

Por otro lado, una concepción aparentemente tan amplia como la de territorio como ya vimos termina por privilegiar un enfoque o, en este caso, cuestiones atinentes a una dimensión social, generalmente la política (esto queda muy claro en propuestas como las de Raffestin, 1980; Sack, 1986 y Souza, 1995). Otros conceptos tradicionales en

el lenguaje geográfico, como paisaje y lugar, a su vez, aparecen con relativa frecuencia vinculados a la dimensión simbólico-cultural, o sea, acaban por centrar el foco en las relaciones sociedad-espacio desde el marco de la cultura o desde un campo más subjetivo y/o simbólico como el de las representaciones y las identidades sociales.

¿Y con respecto a la región, cuál sería su *foco* conceptual? Ha quedado claro a lo largo de este trabajo que se presentan dos grandes posibilidades: tratar la región como una respuesta a cuestiones de orden epistemológico, en cuanto instrumento de análisis, o tratarla como una composición entre categoría de análisis y categoría de la práctica y categoría de la práctica, en otras palabras, entre recurso analítico y evidencia concreta, entre artificio y hecho, como arte-facto. Si decimos que el foco en las relaciones entre espacio y poder, inclusive históricamente, a lo largo de la construcción de la disciplina geográfica está íntimamente ligado al concepto de territorio, no sería pertinente afirmar lo mismo sobre la región. Aún así, se debe ponderar, algunos podrían alegar su papel fundamentalmente político con base en la correspondencia con su etimología (de *regere*, que significa, como vimos, ‘dominar, comandar, regir’), y su reconocido papel en el ámbito institucional a partir de la formación de los Estados-nación modernos y de la cuestión de la des-centralización “regional”. En este caso, se podría ver como una de las expresiones posibles del territorio.

A partir de un foco conceptual propio, la región respondería *no solamente* a cuestiones analítico-metodológicas, sino también al orden de las prácticas efectivas de diferenciación del espacio. La regionalización, al proponer identificar parcelas del espacio articuladas o dotadas de relativa coherencia, que sirvan como instrumento para nuestras investigaciones, revela, al mismo tiempo, articulaciones ligadas indisolublemente a la acción concreta de control, producción y significación del espacio por los sujetos sociales que las construyen, en el entrecruzamiento entre múltiples dimensiones (económica, política, cultural, entre otras) –aunque una de ellas, variable de acuerdo con el contexto geográfico e histórico, pueda imponerse y, de algún modo, “amalgamar” a las demás–.

Veamos, ahora, algunas manifestaciones posibles de esta polémica relación teórica entre diferentes concepciones de región y territorio. Antes que nada, debemos reconocer, obviamente, que son distintas en función de las bases filosóficas y, diríamos también, del contexto geohistórico en el que el investigador está inserto. Así, evitamos quedarnos con una noción universal-totalizante de territorio y región, como si los conceptos no mudaran sus contenidos de acuerdo con el tiempo, la contextualización histórica y, debemos agregar, también con el espacio, el contexto geográfico de donde nacen y/o al cual se refieren.

Algunas de estas posibilidades de (in)distinción y amalgama se pueden analizar partiendo de un elenco relativamente vasto de proposiciones de diversos investigadores y filiaciones teóricas, dentro y también fuera de la geografía. De forma genérica, podemos agruparlas en dos grandes tendencias: las perspectivas disociativas, en las que un concepto aparece claramente separado del otro, o lo sustituye, prácticamente suprimiéndolo; y las perspectivas integradoras, sea de modo “inclusivo”, considerando un concepto en el interior del otro (cuestión que puede ser también de escala), sea del modo que aquí proponemos denominar “focal”, donde lo que define un concepto es su foco de abordaje, no el objeto (empírico o teórico) en sí.

### **2.1. PERSPECTIVAS DISOCIATIVAS**

Se pueden encarar de dos formas: en la primera ambos, territorio y región, se toman como “categorías de la práctica”, que se diferencian por referencias empíricas distintas, ya sea con relación a objetos, procesos o acciones; en la segunda, la región puede ser reducida a una categoría de análisis mientras el territorio es visto, sobre todo, como categoría de la práctica, especialmente por su uso, también, en el sentido común.

Desde una visión disociativa, aquellos a los que podríamos calificar de “separatistas” se radicalizan en sus concepciones diferenciadoras, tanto en un sentido más realista como más idealista. En el primer caso, se propone una especie de recorte empírico claramente distinto, como los que trabajan el territorio casi exclusivamente en su dimensión política, ligado sobre todo a las prácticas del sujeto-Estado y de la región en su dimensión económico-funcional (como en la llamada economía regional [o también en la “ciencia regional”], a través del concepto clásico de región funcional o polarizada), priorizando, digamos, al sujeto-empresa. En el segundo caso, se puede asignar un abordaje puramente instrumental-racionalista a la región, vista como recorte espacial, analítico, variable conforme a los propósitos del investigador, y una lectura más realista al territorio, en cuanto espacio construido básicamente a través de las relaciones o prácticas sociales de poder.

A esta separación bastante clara, a veces hasta rígida, le sigue también la posición que denominamos sustitutiva, en la que un concepto adquiere tan notable importancia que termina, prácticamente, por tomar el lugar del otro, en muchos casos hasta suprimirlo. Es el caso de la región, en gran parte de la llamada geografía regional clásica, durante la primera mitad del siglo xx, cuando en muchos contextos geográficos la utilización del concepto de territorio es prácticamente inexistente o, simplemente, desaparece. Aun el sentido

más tradicional, el territorio político-estatal, puede diluirse como un tipo específico de región: las regiones de sello político-administrativo.

Al contrario, en las últimas décadas del siglo XX, de cierta manera, en algunos contextos, especialmente en las geografías de lenguas latinas, la región casi desaparece frente al dominio del concepto de territorio –que a veces asume inclusive la antigua noción de región como espacio “integrador” o “síntesis” de múltiples dimensiones, en sentido amplio–. Es el caso de la geógrafa francesa Christine Chivallon (1999), quien define el territorio a partir de nuestra “experiencia total” del espacio. Es interesante resaltar que la región llegó a ser considerada también por algunos geógrafos marxistas, como espacio por excelencia de la “totalidad”.<sup>7</sup>

La posición sustitutiva también se presenta en abordajes más ligados a la geografía cultural de raíces humanistas o fenomenológicas, como se observa entre aquellos, pocos, que privilegian una concepción cultural-simbólica del territorio (como Bonnemaïson y Cambrèzy, 1996) y aquellos, un poco mayor en número, que conciben la región, sobre todo, como “espacio vivido” o desde su constitución identitaria.

## 2.2. PERSPECTIVAS ASOCIATIVAS

Denominamos perspectivas asociativas (o, en algunos casos, integradoras) entre los conceptos de territorio y región, aquellas en las que no solo no hay una clara separación entre ellos sino que, además, no incurren en una verdadera dilución de los conceptos, uno con relación al otro. Puede hasta ocurrir que uno se conciba como si estuviera “en el interior” del otro, pero no al punto de diluirlo y sí de verlos, de alguna forma, integrados.

Algunos autores llegan a proponer, por ejemplo, la región como un concepto más amplio que el territorio, englobándolo, en la medida en que el espacio regional, epistemológicamente hablando, implica recortar el espacio en unidades coherentes según múltiples criterios. Cuando nos restringimos a criterios de orden político, entonces, el recorte que de allí resulta comprende un territorio.

Un poco más compleja pero muy próxima a esta perspectiva es la propuesta, hoy clásica, de Robert Sack (1986). Este autor no reduce el territorio a entidades político-administrativas, pues de manera más amplia reconoce en todo control espacial de acceso una forma de territorialidad, por lo que, la región termina siendo un concepto

---

7 Es el caso de Silva (1978), cuando define la región como “unidad y totalidad singular, componente del espacio geográfico” (Silva, 1978: 83), y de Duarte (1983), cuando considera, de forma bastante cuestionable, que los únicos espacios que representan una totalidad social son las formaciones “regionales” y las “generales” (los Estados-nación).

en parte más amplio y, en parte, separado del de territorio, pues un espacio regional solo se convierte en territorio en la medida en que existe alguna forma de “control de la accesibilidad”. Cita el caso del Cinturón de Maíz, o *Corn Belt*, en los Estados Unidos, y afirma que puede ser una región pero no un territorio: región, en la medida en que tiene un uso y una configuración específicos, diferenciados, pero no territorio porque ningún proceso está efectivamente controlado en relación directa con esta área. Esto podría suceder, por ejemplo, si los productores de maíz reivindicaran una política exclusiva de subsidios para su región.

También, a esta perspectiva del territorio “inserto” o como componente de la región –y de la regionalización– asociamos posiciones que, como las de Lévy (1992), definen el territorio a partir de una métrica espacial “topográfica” frente a la métrica “topológica” de las redes. Por extensión, y como ya propusimos aquí, podemos deducir que estos dos modelos que denominamos de lógicas zonal y reticular, aunque en composiciones diversas, son componentes indisolubles en la organización de cualquier espacio regional y/o se deben considerar en cualquier proceso de regionalización.

Esta lectura se aproxima a aquella que, a nuestro entender, aún más dicotomizadora y más recientemente expuesta, especialmente, a partir de un artículo de Ash Amin (2004), en el que se contraponen un “regionalismo territorial”, localista y en zonas delimitadas (“topográfico”, podríamos decir), y un “regionalismo relacional”, topológico y reticular, como si lo “territorial” fuese solo del ámbito de lo absoluto, de las jurisdicciones rígidamente delimitadas y de lo local. Se trata del enfoque “radicalmente” relacional defendido por la “gramática regional relacional” propuesta por MacLeod y Jones (2007), con base en otros autores y trabajos publicados en la última década.

Aunque más raras, también encontramos algunas posiciones que pueden defender una concepción del territorio más amplia que el de región. En una primera perspectiva, de naturaleza política, se aborda el territorio como el espacio de jurisdicción del Estado-nación o, más ampliamente, como cualquier espacio sobre el cual se ejerce alguna especie de dominio, y la región, como una de las escalas estratégicas de este dominio, sobre todo, aquella que se define frente al poder central del Estado (como en el caso de los regionalismos).<sup>8</sup>

---

8 Esta parece ser la posición de Gomes, quien, inspirado expresamente en Robert Sack, define el territorio como “la forma espacial instrumentalizada como forma de poder, por el dominio sobre la distribución o simplemente por el control de objetos espacializados” (2008: 38), y sugiere que, entre los “elementos que deben formar

En otra perspectiva, desde un punto de vista cultural, se trata al territorio como un espacio de identidad en sentido amplio y a la región como una de sus manifestaciones, siempre a nivel infranacional o por referencia al Estado-nación. En este caso, también la cuestión de la escala (geográfica y no simplemente cartográfica), situada siempre frente a la centralidad del poder del Estado, se torna un elemento diferencial relevante.

Otra perspectiva “integradora”, y que privilegiamos en este trabajo, es aquella que denominamos perspectiva “focal”. Hablar de un abordaje focal aquí tiene una gran ventaja. Significa no dicotomizar nuestra interpretación en términos de “categoría de la práctica” y “categoría de análisis”, en la medida en que no se trata solo de un objeto empíricamente definido o construido en el campo de las prácticas sociales y/o del sentido común, ni simplemente de un ángulo de abordaje teórico-metodológico. Cuando “enfocamos” algo estamos, al mismo tiempo, realizando una especie de recorte de lo real y definiendo un campo específico de lectura bajo una determinada mirada en el sentido epistémico, de posición del sujeto.

La idea de foco conceptual es interesante porque permite reconocer que el concepto evidencia ciertas relaciones, concentra su foco sobre ellas; al mismo tiempo, deja otras “fuera de foco”, pero no por ello, desde ninguna hipótesis, niega o ignora su presencia. En este caso, no es posible distinguir claramente, el sujeto “enfocador” y el objeto “enfocado” –cada uno tiene su papel en el conjunto integrado de la dinámica de “visualización”, o sea, participa relacionalmente del proceso común de construcción del conocimiento–. Es justamente cuando disociamos radicalmente estas perspectivas, que encontramos las mayores dificultades para trabajar con el territorio y la región dentro de aquello que denominamos, inspirados en Deleuze, una constelación de conceptos.

Así, dentro de la constelación aquí propuesta para, al mismo tiempo, asociar y diferenciar los conceptos de territorio y de región, debemos tener muy claro el marco teórico-filosófico que vamos a privilegiar. Retomando la discusión hasta aquí desarrollada, obviamente, no se trata de asumir una postura empirista, positivista clásica, que distingue conceptos a partir de un simple recorte empírico, de un realismo simplista, como si el concepto revelara una realidad dada o

---

parte de una nueva definición de región” están “una reflexión política de base territorial”, “comunidades de interés identificadas en una cierta área” y “los límites de la autonomía frente a un poder central” (1995: 73). Por otro lado, estos elementos se acercan bastante a aquellos que destacamos en la conceptualización de región, ya citada aquí (Haesbaert, 1988), al enfatizar su dimensión político-identitaria y la bandera autonomista/regionalista de los principales grupos sociales que la organizan.

como si fuera capaz de “reflejarla”. Al contrario, tampoco se trata de invertir en una posición racionalista que impone nuestras concepciones sobre lo “real”, que este termina por desaparecer, subordinado a la fuerza lógico-idealista de nuestros conceptos-modelos.

Como establece Goldman para otro concepto:

[...] afirmar que es [...] un concepto, o sea, que no es ni un dato empírico inerte ni una metáfora, no significa decir que la noción sea “ideal”, pues no se trata de idealismo sino de constructivismo. Significa, en verdad, en la tradición que va de Marx a Deleuze y Guattari, que el concepto [...] tiene que ser construido, y que esta construcción debe efectuarse en función de eventos históricos [y geográficos] y “en función de problemas que se considera mal vistos o mal ubicados”. Porque aunque el concepto ocupe un plano distinto de aquel de las sensaciones o de las percepciones, este debe, no obstante, ser capaz de hacer percibir y sentir al mundo de otra forma. (Goldman, 2003: 8)

Lo “real”, como ya destacamos, es también, siempre, una construcción, pero no solo discursiva, mental, que está sumergida dentro de este juego indisociable entre el campo ideal y el material, lo subjetivo y lo objetivo. En su complejidad, este “real” se presenta como un conjunto, al mismo tiempo contradictorio y ambivalente de procesos sociales, de prácticas materiales e inmateriales, en una especie de agenciamiento, como diría Deleuze, entre cuerpos y enunciados, vida material y discursiva, sin que una tenga *a priori* y obligatoriamente preponderancia sobre la otra.

Aun cuando, como hacen muchos autores, reconozcamos que la región está *más* ligada a un instrumento de análisis en el campo metodológico, y el territorio *más* al campo de las prácticas sociales efectivas, ninguno de ellos puede, de forma alguna, ser reducido a estas dimensiones, como si, radicalizando, uno se restringiera a mera categoría de análisis, y, el otro, a la simple categoría de la práctica (o, en términos más controversiales, “de lo real”). Lo que define a cada concepto, en primer lugar, es la problemática a la cual está ligado: la región, al responder *también* a una cuestión de orden teórico-metodológico, al análisis de la organización y diferenciación del espacio geográfico (y su “recorte”), pero que incluye, obviamente, a la misma naturaleza práctica de esta articulación/diferenciación, esté ella ligada a fenómenos como la división espacial (interregional) del trabajo, los regionalismos o las identidades regionales; a su vez, el territorio, dirigido a la cuestión de las relaciones entre espacio y poder (si se quiere, uno de los elementos centrales para aquella “diferenciación y articulación” regional), en sus diversas manifestaciones (desde el poder en sus efectos más concretos hasta sus manifestaciones más simbólicas).

En relación a la distinción “focal” entre los dos conceptos debemos percibir que, mientras que el territorio tiene su foco principal en el campo de las prácticas, y de las prácticas –o de las articulaciones espaciales– de poder, la región tiene su foco, más amplio, en los procesos generales de articulación, o, si preferimos, de diferenciación y “recorte” del espacio. Esto implica trabajar en el cruce –o en el umbral– entre la diferenciación como construcción social efectiva, y como recorte espacial clasificatorio/analítico. Aunque nos restrinjamos a considerar la región como instrumento de análisis, no podemos olvidar que el modo como regionalizamos/recortamos el espacio, en sus distintas des-articulaciones, tiene profundas implicaciones en las relaciones de poder que ejercemos sobre los otros.

Finalmente, y, ahora de manera obvia, lo que permite concebir el grado de distinción, o más bien, la forma de relación entre dos conceptos como territorio y región es la perspectiva teórica en la que ellos se insertan dentro de aquello que denominamos una constelación de conceptos filosóficamente coherente. Desde nuestra propuesta de constelación conceptual, que intenta superar el tratamiento dual (sin, por ello, ignorar la distinción) entre los campos empírico y racional o, desde una perspectiva más ontológica, material e ideal, la región no estaría en el mismo nivel conceptual que los de territorio, lugar y paisaje, sino en una situación intermedia entre la gran categoría maestra, el espacio, y estos conceptos más directamente vinculados al mundo de las prácticas –sean estas políticas, económicas y/o culturales (o, si queremos, de modo más estricto: el territorio y las relaciones de poder, el lugar y la experiencia vivida, el paisaje y el campo de las representaciones)–. De allí su vínculo, tantas veces aquí enfatizado, entre instrumento de análisis y campo de las prácticas sociales efectivas que moldean la diferenciación del espacio –hoy dada mucho más por sus distintas formas de des-articulación–, problemática fundamental a la que deberá responder.

Así, frente a la problemática que pretende dar cuenta a través de la pesquisa, corresponde a cada investigador, optar por el mejor sistema teórico-conceptual, consciente de sus implicaciones en la interrelación (o disociación, dependiendo del abordaje) de los conceptos, como, en este caso, región y territorio. Esperamos, pues, con este breve “mapeo” haber contribuido con algunas pistas para esa elección.





## Capítulo 4

### CONSIDERACIONES FINALES

*[...] [la] geografía regional es esencial a la práctica de producir geografía humana. Ella propone cuestiones acerca del mundo en el que vivimos de una manera importante porque es contextual. [...] Lo contextual no puede ser barrido por debajo de la alfombra por grandiosas teorías sociales, pues, él permanece donde realmente vivimos. Es [citando varios autores] el margen que constituye el centro.*  
(Thrift, 1996 [1994]: 242)

Aunque algunos hasta admitan ignorar la región como uno de los conceptos clave de la geografía (como en la colección organizada por Holloway *et al.*, 2003),<sup>1</sup> las cuestiones básicas, incluyendo el debate sobre la regionalización, como son la diferenciación (más concreta) y el recorte (analítico) del espacio, siguen firmes. Si la región y la regionalización no desaparecen, no es solamente porque la diferenciación y/o la desigualdad del mundo continúan fuertes, sino también porque en una visión más integrada y vivida y no simplemente funcional y clasificadora de la región continúan vivos los movimientos, las identidades, las representaciones y las políticas (o bloques económicos) llamadas regionales. Así como la pretendida unidad planetaria no solo está lejos de ocurrir, hecho que se hace evidente, a través de las diversas formas de “fragmentación” (Haesbaert, 1998a);<sup>2</sup> el sentido de homogeneización tampoco sería defendible dada la participación

---

1 En esta obra se trabajan como conceptos clave de la geografía: el espacio, el tiempo, el lugar, la escala, la formación social, el paisaje y el medio ambiente.

2 Desde este abordaje, es importante resaltar que trabajamos con una concepción mucho más allá del sentido de simple “ruptura” o “quiebre” (o como ruptura relativa, en diferentes niveles), a partir de la noción de “fragmento”, sobre todo, como “parte de un todo, pedazo, fracción” (*Diccionario Novo Aurélio*).

imprescindible de las diferencias en la construcción del devenir, esto es, en la propia construcción de lo nuevo.

Partiendo del presupuesto, reiteradamente enfatizado en este trabajo, de que antes de definir o de optar por un concepto es fundamental explicar la cuestión o la problemática en la que estamos involucrados, no hay duda de que muchas son las cuestiones que permanecen implicadas –o se refuerzan–, de algún modo, en el llamado debate regional, dentro y fuera de la geografía. De una forma amplia, podemos considerar algunas de las cuestiones que, en continuidad o ruptura con el pasado, continuarán pautando el debate regional en las próximas décadas:

- La revitalización de los regionalismos e identidades regionales, especialmente frente a la reconfiguración del papel del Estado y de las contradicciones de la globalización –y con ellas, aun, el refuerzo de la dimensión simbólica o de las representaciones regionales, aunque relacionadas, también, a un *marketing* (turístico o mercadológico en su sentido más amplio) de las regiones–.
- El fortalecimiento de las cuestiones ambientales y del llamado biopoder, que lleva a insertar en el propio discurso regionalista dilemas ligados, por ejemplo, a la autosuficiencia alimentaria, a la biodiversidad (de base “regional”) y a los recursos naturales en un sentido amplio (incluyendo la cuestión del agua).
- El papel de la descentralización y de la desconcentración regional del poder político y económico, frente a los flujos económicos cada vez más selectivamente concentrados en espacios como las ciudades-región globales y los llamados complejos regionales de “conocimiento intensivo”, lo que refuerza las desigualdades regionales y los procesos de precarización social en las llamadas regiones periféricas.<sup>3</sup>

Paradójicamente, cuando la globalización parece más evidente se destaca también con más fuerza (o se hace más visible) la necesidad de reconocer las “diferenciaciones regionales”, aunque más simplemente para adecuarse a estos procesos más amplios. Definitivamente,

---

3 Sabemos bien que frente al juego capitalista, aunque puedan cambiar los centros de poder; las relaciones entre las regiones más centrales (o concentradoras) y las regiones periféricas también continúan siendo reformuladas, aunque en escalas mucho más complejas y pormenorizadas (como ocurre hoy en la reproducción –y profundización– de relaciones centro-periferia en el interior mismo de las grandes ciudades globales).

en las próximas décadas, el conocimiento profundo de la diversidad regional de la Tierra será cada vez más un instrumento de poder en torno al cual se trazarán, si no luchas efectivas, por lo menos exacerbados debates.

Como sabemos, ningún concepto es neutro, y cualquier creación de “región”, aunque no tenga una evidencia empírica en nuestro espacio vivido y esté vinculada más directamente a dilemas de orden teórico, no es una mera representación/abstracción en cuanto instrumento (necesario) para la comprensión del mundo; es también, potencialmente, una “creación de realidades” –y así, de alguna forma, instrumento de poder, pues nuestros conceptos también cargan siempre, aunque muchas veces de forma velada, con la fuerza de producir (otras) verdades–. No podemos olvidar que el propio Estado, a través de sus prácticas de gestión, conjugado o no con instituciones de la sociedad civil, continúa siendo uno de los principales productores de “conceptos aplicados” y, a través de ellos, de recortes regionales.

Lo que nos sugiere la diversidad de situaciones y de propuestas conceptuales de región, especialmente en las últimas décadas, es que no podemos seguir procurando resolver el dilema de la regionalización de una manera unitaria y universalmente generalizable, como pretendimos hacer muchas veces en el pasado. Al enfatizar lo “contextual”, como recuerda Thrift, retomando de alguna forma la posición de clásicos de la geografía regional, especialmente Paul Vidal de la Blache, lo regional se impone por su multiplicidad o, si se prefiere, por su complejidad.

Como vimos, la misma convivencia, hoy, de una amplia gama de proposiciones teóricas deja clara esta complejidad del espacio-momento en que estamos situados, e impone, inspirados en el pensamiento poscolonial, la adaptación de nuestras conceptualizaciones a los contextos históricos, geográficos y culturales en los que estamos sumergidos y/o que estamos enfocando. Así, en la actualidad, regionalizar un país como la India o la China, con los mismos instrumentos, los mismos énfasis escalares y los mismos indicadores (sin hablar de la amalgama de sujetos sociales allí involucrados) que utilizamos para regionalizar un país como Brasil, África del Sur o Nigeria sería una imprudencia. Ello se debe a su inserción (y la de sus “regiones”) profundamente desigual en las distintas esferas de la globalización.

Incluso diferentes espacios dentro de un mismo país, especialmente en el caso de Estados de grandes dimensiones como Brasil, pueden exigir importantes adaptaciones de nuestros principios de regionalización, única forma de darnos cuenta de los procesos más relevantes en términos de las articulaciones regionales. Basta recordar la incoherencia de la aplicación del mismo concepto de región

funcional urbana tanto para el espacio “colonial” (de colonización europea) densamente ocupado del Sur de Brasil, como para el interior, de ocupación mucho más dispersa, de la Amazonía. Aún así, como vimos en este trabajo, fue posible identificar algunos principios generales para orientar nuestra reflexión. Obviamente, si lo encaramos por el lado puramente analítico, se puede promover una regionalización genérica en el nivel y con los criterios que nosotros aprobamos, pero en este caso es imprescindible dejar muy claras todas sus limitaciones y estar plenamente conscientes de las posibles implicaciones del proceso.

No podemos olvidar, entonces, que la regionalización puede variar, en un sentido más amplio, de acuerdo con cuestiones y objetivos que estuvieran en juego. Sintetizando, se presentan así a nuestra disposición:

- Una regionalización como instrumento de análisis (que denominamos aquí región como “artificio”), centrada en la figura del investigador, en la investigación y sus dilemas metodológicos, capaz de responder a cuestiones de método, en la medida en que permite que regionalicemos a partir de cualquier “variable” cuya dimensión espacial se busque focalizar.<sup>4</sup>
- Una regionalización como instrumento de la práctica –o de práctica(s) efectiva(s) (comprendiendo la región como “hecho”)– que responda a la cuestión de la misma construcción y uso concretos que diferentes sujetos sociales, en sus espacios vividos, hacen de su región (incluyendo el propio uso más generalizado del término como “categoría de la práctica”), produciendo movilizaciones sociales en torno a fenómenos como los regionalismos y las identidades regionales.
- Una regionalización como instrumento de intervención (la región “plan” o normativa), centrada en la perspectiva política

---

4 No podemos olvidar que, junto a este carácter analítico de la región, en sentido más estricto, se encuentra también su carácter pedagógico, dirigido a la enseñanza, en el que diferentes formas de recorte “regional” son propuestas de acuerdo con el contexto geo-histórico e ideológico en que estamos situados. Basta verificar los recorres espaciales privilegiados por los atlas didácticos; por ejemplo, uno al que tuvimos acceso en una librería egipcia destaca en su primera página las “regiones” musulmanas del mundo, para luego enfatizar el mundo árabe y cada uno de sus países, sin distinguir las fronteras de Israel, que aparece conjugado al territorio de Jordania. Una demostración más de la intersección de estos distintos abordajes, pues, aquí, una regionalización o “representación didáctica”, de carácter estrictamente analítico, puede tener profundas implicaciones en nuestra lectura “práctica” (y político-ideológica) del mundo.

de la planificación (diseñando escenarios de futuro), que busca redireccionar la dinámica socioespacial regional, con claros objetivos político-pragmáticos, sea por parte del Estado, de empresas o también de algunas instituciones de la sociedad civil.

- Una regionalización como proceso, al mismo tiempo teórico y práctico (que propusimos denominar de región como *arte-facto*), que responda, sobre todo, a la cuestión más compleja de las diferentes articulaciones sociedad-espacio en sus múltiples dimensiones (incluyendo su dimensión no humana), del campo tanto de las prácticas como de las representaciones geohistóricamente contextualizadas.

Optar por una de estas regionalizaciones no significa que estamos siendo más o menos “verdaderos”, como se tendería a afirmar en una lectura más apresurada o desde un abordaje tradicional, sino que estamos respondiendo a preguntas, a indagaciones y problemáticas distintas. Por lo tanto, dependiendo de las cuestiones priorizadas, podemos adoptar una u otra de estas posiciones. Lo más importante es tener conciencia del tipo de cuestión que se va a tratar y/o del tipo de respuesta/objetivo que se busca alcanzar y, al mismo tiempo, de las limitaciones y consecuencias (políticas, inclusive) que cada posición implica.

Si proponemos aquí priorizar la región como *arte-facto* es simplemente porque las cuestiones que consideramos más relevantes en el abordaje regional, en geografía, no se restringen a los artificios (imprescindibles, sin embargo) del investigador, desde el campo epistemológico (aunque no se disocien de él), sino que se refieren, sobre todo, a las múltiples formas de des-articulación diferenciadora del espacio a través de sus diversas dimensiones y de los diversos sujetos que, “de hecho”, lo construyen. Nuestra cuestión no se reduce, así, a problematizar la diferenciación/des-igualación espacial a partir de nuestros métodos de análisis y clasificación, sino también teniendo en cuenta la acción concreta que produce esta diferenciación con base en las distintas articulaciones sociales del espacio –o sea, más allá del restringido ámbito académico, la regionalización adquiere también claras implicaciones político-sociales–.

Leer la región a partir de lo que denominamos *articulación* del espacio, en la imbricación entre artificio metodológico y hecho concreto, vivido (y, en cuanto vivido, con todo su valor simbólico, más subjetivo), significa, también, enfatizar en nuestro abordaje la “acción” y la figura de los agentes, o más bien, de los sujetos sociales en cuestión, pues son ellos los que efectivamente, vinculados con su medio

(inclusive, no humano), construyen las diferenciaciones geográficas que llevan a la elaboración de nuestras distintas regionalizaciones.

Por ejemplo, para Markusen (2005), por ejemplo, desde un punto de vista de la geografía económica y/o de la economía regional, las regiones se deben tratar con “renovado énfasis en los actores y en el proceso decisorio”,<sup>5</sup> actores definidos en el caso de las regiones económicas, como “instituciones que funcionan como agentes decisorios, emprendedores que deciden establecer o crear firmas en determinados lugares y trabajadores que toman la decisión de migrar” (Markusen, 2005: 58). Empresas y sindicatos laborales son los principales “actores” abordados en su trabajo. No entraremos aquí en la polémica distinción entre “actores” y “agentes”, ya que preferimos la expresión “sujetos sociales”, incluso para aquellos grupos que, claramente, “sujetan” menos de lo que “son sujetos”.

Como vimos, hoy cualquier nueva propuesta de estudios regionales, debe tomar en cuenta, sobre todo, los cambios en las relaciones de articulación entre sujetos sociales a través de redes que se entrelazan en diferentes escalas, teniendo solamente “una” gran referencia, el Estado, pero también los propios circuitos económicos (y, con desigual fuerza, los políticos y culturales) globalizados y, muchas veces, articulaciones de base más estrictamente local. Se incluyen allí desde grandes corporaciones capitalistas hasta movimientos sociales de resistencia, como los de muchos grupos latinoamericanos llamados tradicionales, sin olvidar las intermediaciones reformuladas del Estado (con el nuevo papel dentro de las actuales sociedades de control o de “inseguridad”) y la configuración de nuevas mesoescalas regionales, como aquellas definidas no solo prioritariamente con relación al Estado sino frente a las propias dinámicas de la globalización (o de los megabloques, como en el caso de muchas “eurorregiones”). No se trata, claro está –como sugieren algunos–, de un ascenso de lo regional frente a lo nacional en crisis, sino mucho más de una nueva relación entre ambos.

En síntesis, desde una lectura geográfica, la “articulación” regional, se refiere a:

- Una articulación entre distintos sujetos sociales, lo que incluye, en el caso de la regionalización, sus propios mentores

---

5 Según la autora: “se gasta energía académica en ‘conceptualizar’ en su mayor parte de manera descriptiva. En narrativas causales, los actores son sustituidos por procesos, tales como la aglomeración. En vez de actores que dan forma a la geografía económica, se atribuyen papeles causales a fenómenos subteorizados tales como el ‘aprendizaje’ y las ‘redes’” (Markusen, 2005: 58).

intelectuales (geógrafos, por ejemplo) y/o planificadores. En este sentido, es importante recordar que, cada vez más, algunas de estas articulaciones regionales pueden tener sentido para determinados sujetos o grupos y no para otros (sin olvidar a muchos intelectuales cuyas regionalizaciones solo tienen sentido para ellos mismos), como muchas veces ocurre con territorios efectivamente ordenados y controlados por grupos hegemónicos frente a territorios (o también “aglomerados”, en cuanto espacios des- o poco articulados) de grupos subalternos.

- Una articulación, en términos más estrictamente vinculados al espacio construido, debe tomar en cuenta, principalmente, que el espacio social “condensa tiempo”, o sea, no se confunde solo con los intereses y estrategias sociales en curso, e incorpora siempre, en mayor o menor grado, una dimensión no humana o irreductible a la acción humana. En este sentido, el espacio regional puede comportar lógicas predominantemente zonales o reticulares, que configuren articulaciones más tradicionales en términos de regiones-área y regiones-red, y/o redes regionales.
- Una articulación entre diferentes escalas y dimensiones del espacio, en el sentido de control (político), de la producción (económica), de las significaciones (culturales) y de la construcción físico-ambiental (natural) involucradas en el des-ordenamiento regional. Aunque las articulaciones regionales tengan la tendencia a privilegiar una dimensión o escala, obviamente todas ellas están siempre diferencialmente conjugadas –en un juego, hoy, de creciente complejidad, dependiendo de la propia fuerza de los sujetos sociales articuladores–.
- La opción por aprehender esta diferenciación a través de los procesos de articulación espacial se debe también al hecho de que hoy la “singularidad” del espacio, como demostró Massey (2000) para el lugar (por lo menos, en su sentido global), mucho más que ligada con las propiedades inherentes a cada una de sus parcelas, se relaciona con la especificidad de las combinaciones –o más bien, de las articulaciones– con la que se vinculan estas propiedades, muchas veces global o ampliamente difundidas.

Es claro que son cada vez más raros aquellos espacios en los que, como en el tradicional concepto de región reformulado por Ann Markusen, aquí comentado, las dimensiones político-económica y cultural, o las articulaciones/cohesiones funcional y simbólica y, más aún, “natural”, se encuentran entrelazadas en una correspondencia aproximada a la



espacialización de la otra. Pero, así como estos casos son poco evidentes, hay diversos contextos (o grupos sociales), como vimos en el transcurso de este trabajo, en los que aún es posible –si no es que necesario–, al menos a nivel de “proyectos” y de redes regionales, pensar la imbricación, por ejemplo, de una determinada distribución funcional del espacio y un complejo de representaciones regionales en el plano simbólico.

Por lo menos la gestión política o las prácticas de “gobernanza” –como vimos, en una perspectiva conservadora, para los casos del sur de la Inglaterra de Thatcher, de la Padánia de la Liga Norte italiana o también del Nordeste brasileiro en cierto contexto– tendrán siempre, como uno de sus momentos indispensables, pensar (y actuar sobre) el espacio en el conjunto de sus dimensiones –o, como mínimo (pretendidamente) “articulado” en función de una de estas dimensiones–.

Una regionalización centrada en los sujetos sociales y, de alguna forma, también en los intereses políticos allí incorporados, permite pensarnos entonces en dos momentos: el de una regionalización “común” por cuanto implica arreglos espaciales que entrecruzan los múltiples sujetos sociales y dimensiones del espacio, mucho más difícil de ser construida/reconocida (aunque muchas veces normativamente necesaria, especialmente cuando se discute gestión y política democrática del/por el espacio),<sup>6</sup> y el de una regionalización restringida a determinado grupo o sujeto social, cuando este busca producir, generar y/o representar *su* espacio de forma articulada en función de *sus* propios intereses.

Desde luego, es muy importante evitar la lectura generalista de que todos los espacios están, de la misma forma, “articulados”, dotados de cohesión y, así, de una lógica espacial plenamente identificable. En primer lugar porque, como resaltamos, cada grupo social puede definir en su beneficio, su propia forma de des-articulación espacial (inclusive con relación a los circuitos de la globalización), y porque, dependiendo de los intereses en juego, puede tener una característica

---

6 Solo para evocar otra cuestión paralela, no hay duda de que la realización de lo “político”, por lo menos en el sentido más estricto defendido por Hannah Arendt (2004), campo del consenso racionalmente construido, desacoplado de la coerción y de la violencia, exige un espacio-momento como “espacio común” o “de todos”, un espacio público de plena interacción y, podemos decir, articulación: espacios al mismo tiempo libremente abiertos (a la convivencia de la pluralidad de los hombres) y coherentemente vinculados (para la toma consciente y reflexionada de las decisiones), capaces de condicionar y estimular una articulación social –o más bien, socioespacial– positivamente accionada en nombre de la colectividad. La “articulación” de/en el espacio político “común”, espacio-momento decisivo, no agota, claro está, la multiplicidad de nuestras articulaciones (inclusive, en el ámbito más privado), siendo, sin embargo, la propia garantía de la existencia de esta multiplicidad.

básicamente funcional. Además de ser profundamente diferenciada de acuerdo con el contexto (sujetos y espacio-tiempo), esta articulación –pensada siempre dentro del binomio des-articulación (con guion)– puede ser muy frágil en determinados espacios, marcados más por aquello que denominamos la “ilógica” de los aglomerados (espacios de precarización e inestabilidad social) que por la lógica zonal o reticular de los espacios más nítidamente ordenados/articulados.

Esto no significa que amplias áreas de precarización social no terminen formulando sus propias dinámicas espaciales/regionales, no necesariamente menos complejas que las grandes articulaciones económicas y políticas de los grupos hegemónicos. Movimientos sociales frecuentemente entendidos como alternativos (o “contra-globalizadores”), por ejemplo, acaban rediseñando espacios regionales en mallas, muchas veces, más finas y diversas que aquellas de los llamados “actores” hegemónicos, globalizados, en su multiterritorialidad, de carácter casi siempre mucho más funcional que simbólico (Haesbaert, 2007c).

En casos como el de los denominados “pueblos tradicionales” brasileños, especialmente indígenas y *quilombolas* (remanentes de antiguos esclavos), es toda “otra geografía” y, también, otra regionalización que se despliega desde el momento en que, dotados de voz y visibilidad, estos grupos son provistos también del poder de mapear, representar y, de cierto modo, articular ellos mismos sus espacios, de otra forma considerados “excluidos” o, peor aún, “vacíos” (como lo revelan muchos mapas oficiales).<sup>7</sup> No deja de ser este un proceso de regionalización o de articulación regional “desde abajo”, una forma de pensar/representar –y actuar– en el espacio a partir de una lectura integrada de sus múltiples dimensiones. En este caso, nuevas articulaciones (tanto intra- como inter-) regionales pueden ser la base imprescindible para la construcción de nuevas prácticas espaciales de poder, o sea, de una nueva territorialización, más alternativa.

Al lado de la regionalización que combina (o muestra el desacuerdo entre) la región en su dimensión (que, en este caso, se puede confundir con articulación) material-funcional y en su dimensión (o articulación) “ideal” (la fuerza de la “conciencia” o de las representaciones regionales), tenemos así la consideración de los múltiples sujetos que, desde “arriba” o desde “abajo”, hegemónicos o subalternos, construyen en la práctica, sus propias regionalizaciones, a veces,

---

7 A propósito, ver el rico trabajo desarrollado en torno de una “nueva cartografía social” participativa de la Amazonia, dirigido por el antropólogo Alfredo Wagner de Almeida. Un contrapunto interesante es el ofrecido por el “L’Atlas des Atlas” (Courrier International, 2005) que muestra un mapa de la región de los Caiapós, en el Pará, elaborado por los propios indios, donde figuran todas sus localidades, completamente ausentes en los mapas oficiales tradicionalmente elaborados.

íntimamente vinculadas y, en otras, sensiblemente disociadas. Estos grupos y clases, en la especificidad de sus acciones, deben estar en el centro de nuestros análisis regionales y propuestas de regionalización; son ellos los que, en el sentido de las prácticas materiales (en la producción y gestión del espacio), pueden pensar y, de alguna forma, por lo menos a nivel de sus construcciones simbólicas, representar y, por qué no, también vivir determinadas cohesiones/articulaciones regionales.

Aunque nos enfoquemos en la acción de los diversos grupos/clases sociales que conforman las articulaciones regionales, no podemos ignorar que el espacio, en su dimensión material, está dotado también de una especificidad que va más allá del simple campo de las acciones y representaciones sociales actuales. Como ya resaltamos, muchas veces, una determinada articulación material o de formas espaciales, por su carácter de condensación (o de “acumulación”) de tiempos, puede manifestar una determinada disposición espacial que interfiere en la acción (o *articulación*) subsecuente. Esto tiene que ver tanto con las formas sociales construidas, como con su interacción con las bases “naturales” preexistentes.<sup>8</sup>

Así, al lado de la cuestión de la fuerza de las relaciones económico-políticas y de las representaciones culturales y del binomio sujetos hegemónicos y subalternizados (con los consecuentes procesos excluyentes que lo acompañan), en su construcción del espacio, encontramos aún el gran dilema de las cuestiones ambientales y de la dimensión físico-natural, pues no hay cómo negar la relevancia de los procesos llamados ambientales en la composición de los cuadros regionales, especialmente si consideramos la irreductibilidad de la dinámica llamada “natural” a la acción humana. En este sentido, aunque centralicemos nuestro análisis sobre los sujetos sociales, por mucho que sea su poder, estos nunca podrán abdicar de su enlace estrecho a los condicionantes “naturales” frente a los cuales se sitúan y, con los cuales, articulan su espacialidad.

Es por eso que volvemos a enfatizar el amplio futuro que puede estar reservado a un concepto como el de biorregión, especialmente si lo (re)formulamos mucho más allá de la perspectiva puramente ecológica con la que muchas veces es abordado, e introducimos allí todo el debate contemporáneo no solo sobre la relación “cultura-naturaleza”,

---

8 Milton Santos diría, por ejemplo, que algunos espacios están dotados de una mayor o menor fluidez –fluidez que, obviamente, no se restringe a su materialidad “funcional” sino que se extiende, igualmente, al conjunto de representaciones espaciales que conjunta, o disociadamente moldeadas–, pueden constituir, también, un poderoso efecto acelerador o retardador de la movilidad y de la transformación social.

lo que de alguna forma ya se está haciendo, sino también sobre el biopoder, que ya abordamos en trabajos anteriores (por ejemplo, Haesbaert, 2007a y 2009). El biopoder supone la indisociabilidad entre lo social y lo natural, de forma que hoy, más que nunca, lo biológico se convierte en un instrumento central en la configuración de las relaciones de poder, desde cuestiones asociadas a la corporeidad, hasta aquellas ligadas a la biodiversidad planetaria. Nuestras articulaciones en/con el espacio no pueden más, en ninguna hipótesis, dicotomizar lo que se refiere a los sujetos sociales y a la dinámica de la naturaleza. Es en este sentido desde una región vinculada a relaciones de biopoder que proponemos releer el concepto de biorregión –como una indicación, pero también, para su despliegue en futuros trabajos–.

Así, para reconocer la articulación (regional) de los espacios en sí mismos, nos corresponde evaluar a servicio de quién están, en torno a qué relación de poder este des-orden está siendo moldeado, pues mucho más importante que analizar las formas y los niveles de articulación es saber en función de qué orden sociopolítico es/fue construido –incluyendo allí, sin duda, la propia lectura hecha de la relación entre sociedad y naturaleza–. Se articulan espacios tanto para mantener un orden como para subvertirlo, sin olvidar, claro está, que para subvertirlo es necesario, primero, desarticular el antiguo orden (la antigua “regionalización”), el momento de la desarticulación (o, también, de la desterritorialización, para enfatizar en las relaciones de poder) así como el de la institución de lo nuevo.

Se rescata así, de un modo que creemos innovador, el carácter integrador con el que originalmente se propuso la región, o, en este caso, de una forma distinta, el carácter articulador impregnado en los espacios regionales. Sin embargo, resulta fundamental hacer la distinción entre nuestra concepción de articulación regional y la “región-síntesis” o “totalizadora” propia de las perspectivas más tradicionales. La gran diferencia con relación a la región “integradora” en un sentido más tradicional es que, aquí, la “integración”, en primer lugar, no es un estado cuasi a-temporal y, muchas veces, en verdad, producido solo por la figura del investigador, sino que se contextualiza histórica y políticamente como un “momento” de la articulación del espacio, a través, también, de la acción de los diferentes sujetos sociales que lo construyen (la “integración” varía, por tanto, en cada grupo). En segundo lugar, al interpretar el carácter integrador por el lado de la articulación, no estamos restringiéndonos a la tradicional manifestación zonal o de superficie euclidiana, continua-contigua como se acostumbra a presentar la región –en este caso, ella puede disponer de una configuración prioritariamente reticular (tanto de redes jerárquicas como rizomáticas o complementarias) y, más aún, tener “profundidad”,

en la medida en que la misma articulación que en un contexto es reconocida en una escala más restringida; en otro, puede “ascender” a una escala más amplia, estableciendo vínculos en distintos niveles escalares, tanto en el sentido horizontal como vertical del espacio–.

Además, como se resaltó, al centralizar nuestro análisis en la figura de los sujetos sociales regionalizadores/articuladores del espacio, verificamos que puede haber, *al mismo tiempo*, articulaciones diferentes entre los grupos y/o clases sociales, cada uno de los cuales define su propio contexto regional. Se trata, en este caso, jugando con las palabras, de una “articulación desarticulada”, en la medida en que un mismo espacio puede estar fraccionado entre distintas formas regionales de cohesión, dada la (relativa) desconexión entre los circuitos promovidos por cada gran segmento social. Sin decir que, en el mundo contemporáneo, al lado de las grandes articulaciones que en última instancia terminan en el nivel global, se percibe también el surgimiento de movimientos des-re-articuladores, que promueven cohesiones espaciales no obligatoriamente vinculadas a estos circuitos globales hegemónicos.

Aunque por ventura rechacemos la “región” como la expresión que manifiesta las articulaciones así producidas, es preciso recordar que antes de re-evaluar un concepto importa reconocer la naturaleza y la relevancia de los nuevos-viejos procesos/problemáticas que construyen el espacio geográfico, en este juego indisociable entre contradicción y ambivalencia, des-igualdad y diferencia (continua, cualitativa) –las primeras, centro de la geografía de matriz marxista; las segundas, genéricamente fundamento de una geografía llamada posmoderna y/o posestructuralista–.

Por lo tanto, la región, es un espacio-momento articulado, en proceso más o menos intenso de transformación (o, si se quiere, de “des-territorialización”, si enfatizamos las relaciones de poder), que involucra múltiples dimensiones y escalas –aunque, obviamente, alguna(s) de ellas pueda(n) ser priorizada(s)–. Es decir, cuenta con énfasis dimensionales y escalares distintos en conformidad con los sujetos sociales y el contexto histórico, social y político en que se da esta articulación. Esta articulación no transcurre solo por principios o recortes analíticos (región como “artificio”), sino que, muchas veces, alimentada por ellos, se revela también a través de realidades efectivas (región como “arte-facto”), sean ellas del orden de las articulaciones predominantemente funcionales, sean del orden de las que privilegian las cohesiones simbólicas o, más propiamente, “vivas”, dependiendo de los vínculos establecidos entre los principales grupos/sujetos involucrados.

En otras palabras, la región puede ser vista como un espacio-momento cuya diferenciación resulta mucho más de la articulación

espacial en red, compleja, ampliamente abierta a la transformación, cuyo predominio, en términos de densidad, disposición y dimensión espaciales (económica, política, cultural o “natural”), dependerá de los grupos sociales y del contexto geo-histórico en el que ha estado inserta. En cuanto espacio-momento, esta puede manifestarse como un conjunto más articulado o integrado en la lectura y/o vivencia de un grupo y menos en la de otro, siempre considerando a los sujetos sociales en el centro de la regionalización (también) concebida así como acción concreta de diferenciación del espacio.

Resta la promesa de futuros trabajos empíricos que permitan traducir de un modo mucho más concreto y profundo estas propuestas. Queda el llamado para que nuevos investigadores vengan a sumarse a esta empresa, fortaleciendo, de alguna forma, la geografía regional y, con ella, a la propia geografía en su conjunto.



## BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, G. 2007 *Qu'est-ce qu'un dispositif?* (París: Payot e Rivage).
- AGAMBEN, G. 2002 *Homo Sacer: o poder soberano e a vida nua I* (Belo Horizonte: UFMG).
- AGNEW, J. 2002 *Place and Politics in Modern Italy* (Chicago: Chicago University Press).
- AGNEW, J. 2001 "Regions in revolt" en *Progress in Human Geography* N° 25(1).
- AGNEW, J. 2000 "From the political economy of regions to regional political economy" en *Progress in Human Geography* N° 24(1).
- AGNEW, J. 1999 "Regions on the mind does not equal regions of the mind" en *Progress in Human Geography* N° 23(1).
- ALBUQUERQUE, E. 1998. "O conceito de região aplicado a Estados federais: o caso do Rio Grande do Sul", Tesis de maestría (San Pablo: USP).
- ALBUQUERQUE JR., D. M. 1999 *A invenção do Nordeste e outras artes* (Recife: Fundação Joaquim Nabuco e Ed. Massangana; San Pablo: Cortez).
- ALLEN, J., MASSEY, D.; COCHRANE, A. 1998 *Rethinking the Region* (Londres: Routledge).



- AMIN, A. 2004 "Regions unbound: Towards a new politics of place" en *Geografiska Annaler* N° 86B(1).
- ANDERSON, B. 1989 *Nação e Consciência Nacional* (San Pablo: Ática).
- ARENDRT, H. 2004 *O que é Política?* (Río de Janeiro: Bertrand Brasil).
- ARRAIS, T. 2007 *A região como arena política: um estudo sobre a região urbana Centro-Goiano* (Goiânia: Vieira).
- AUDI, R. (org.) 1999 *Cambridge Dictionary of Philosophy* (Cambridge: Cambridge University Press).
- BADIE, B. 1996 *La fin des territoires* (París: Fayard).
- BECKER, B. 1984 "A crise do Estado e a região: a estratégia da descentralização em questão" en Becker, B. (org.) *Ordenação Política do Território: uma questão política? Exemplos da América Latina* (Río de Janeiro: UFRJ).
- BENKO, G. 2009 "Economia urbana e regional na virada do século" en Ribeiro, M. E Milani, C. (orgs.) *Compreendendo a complexidade sócio-espacial contemporânea: o território como categoria de diálogo interdisciplinar* (Salvador: EDUFBA).
- BENKO, G.; LIPIETZ, A. 1992 *Les régions qui gagnent: le nouveau paradigme de la géographie économique* (París: PUF).
- BERG, P. 1977 "Strategies for reinhabiting the Northern California Biorregion" en *Seiatim: the Journal of Ecotopia* N° 1(3).
- BERGSON, H. 2006 *Memória e Vida* (San Pablo: Martins Fontes).
- BERGSON, H. 1993 (1927) *Essais sur les données immédiates de la conscience* (París: Presses Universitaires de France).
- BEZZI, M. 1996 "Região: uma (re)visão historiográfica – da gênese aos novos paradigmas", Tesis de doctorado (Río Claro: Universidade Estadual Paulista).
- BHASKAR, R. 1996 "Realismo" en Outhwaite, W. *et al.* (org.) *Dicionário do Pensamento Social do Século XX* (Río de Janeiro: Jorge Zahar).
- BHASKAR, R. 1988. "Realismo; Teoria do Conhecimento" en Bottomore, T. *et al.* (org.) *Dicionário do Pensamento Marxista* (Río de Janeiro: Jorge Zahar).
- BOISIER, S. 1992 *Regional Management in the new international order: Quasi-States and Quasi-Firms* (Santiago de Chile: Ilpes).
- BONNEMAISON, J.; CAMBRÉZY, L. 1996 "Le lien territorial: entre frontières et identités" en *Geographies et Cultures* (París: L'Harmattan) N° 20.
- BORGES, J. L. 1999 *Obras Completas II* (San Pablo: Globo).
- BOURDIEU, P. 1989 *O Poder Simbólico* (Lisboa: Difel; Río de Janeiro: Bertrand Brasil).

- BOURDIN, A. 2001 *A questão local* (Río de Janeiro: DP&A).
- BRASIL: Ministério da Integração Nacional 2005 *Proposta de reestruturação do Programa de Desenvolvimento da Faixa de Fronteira: bases de uma política integrada de desenvolvimento regional para a faixa de fronteira* (Brasília: Ministério da Integração Nacional).
- BRITO, T. 2008 "A metamorfose do conceito de região: leituras de Milton Santos" en *GEOgraphia* (Niterói: Programa de Pós-Graduação em Geografia) N° 20.
- CAPEL, H. 1981 *Filosofia y ciencia en la geografía contemporánea* (Barcelona: Barcanova).
- CAPEL, H. 1983 "Positivismo y antipositivismo en la ciencia geográfica: el ejemplo de la geomorfología" en *GeoCrítica – Cuadernos Críticos de Geografía Humana* N° 43.
- CARR, M. 2004 *Bioregionalism and Civil Society: Democratic Challenges to Corporate Globalism* (Vancouver y Toronto: UBC Press).
- CARROUÉ, L. et al. 2002 *Limites et discontinuités en Géographie* (París: Sedes).
- CASTAÑON, G. 2005 "Construtivismo e terapia cognitiva: questões epistemológicas" en *Revista Brasileira de Terapias Cognitivas* N° 1(2).
- CASTORIADIS, C. 1982 *A instituição imaginária da sociedade* (Río de Janeiro: Paz e Terra).
- CASTRO, I. 1992 *O mito da necessidade* (Río de Janeiro: Bertrand Brasil).
- CHIVALLON, C. 1999 "Fin des territoires ou nécessité d'une conceptualisation autre?" en *Géographies et Culture* (París: L'Harmattan) N° 31.
- CLAVAL, P. 1993 *Initiation à la Géographie Régionale* (París: Nathan).
- CORRÊA, R. 1995 "Região: a tradição geográfica" en *Revista Brasileira de Geografia* (Río de Janeiro) N° 57(3).
- CORRÊA, R. 1986 *Região e Organização Espacial* (San Pablo: Ática).
- COURRIER INTERNATIONAL 2005 *L'Atlas des Atlas* (París: Courier International).
- DELEUZE, G. 1999 (1966) *Bergsonismo* (San Pablo: Editora 34).
- DELEUZE, G. 1992 "Post-scriptum sobre as sociedades de controle" en *Conversações* (San Pablo: Editora 34).
- DELEUZE, G. 1988 *Foucault* (San Pablo: Brasiliense).
- DELEUZE, G.; GUATTARI, F. 1995 *Mil Platôs: capitalismo e esquizofrenia* (San Pablo: Editora 34).
- DELEUZE, G.; GUATTARI, F. 1992 *O que é a Filosofia?* (San Pablo: Editora 34).

- DIAS, L. 2004 "A importância das redes para uma nova regionalização brasileira: notas para discussão" en Limonad, E. *et al.* (2004) *Brasil Século XXI: por uma nova regionalização?* (San Pablo: Max Limonad).
- DI MÉO, G.; VEYRET, Y. 2002 "Problématiques, enjeux théoriques et épistémologiques pour la géographie" en Carroué, L. *et al.* *Limites et discontinuités en Géographie* (Paris: Sedes).
- DOEL, M. 1999 *Poststructuralist geographies: The diabolical art of spatial science* (Lanham: Rowman & Littlefield).
- DOSSE, F. 1993 (1991) *História do Estruturalismo. Vol. 1: O campo do signo, 1945/1966* (San Pablo: Ensaio; Campinas: Editora da Unicamp).
- DUARTE, A. 1988 "Estrutura do espaço regional" en *Geografia do Brasil: região Centro-Oeste* (Rio de Janeiro: IBGE).
- DUARTE, A. 1983 "A produção do espaço regional" en *A Região Cacaueira da Bahia* (Sudene, CPR, Divisão de Políticas Espaciais).
- DUARTE, A. 1980 "Regionalização: considerações metodológicas" eb *Boletim de Geografia Teórica* N° 10(20).
- DULONG, R. 1980 "A crise da relação Estado-sociedade local vista através da política regional" en Poulantzas, N. (org.) *Estado em crise* (Rio de Janeiro: Graal).
- EGLER, C. 1995 "Questão regional e gestão do território no Brasil" en Castro, I. *et al.* (org.) *Geografia: Conceitos e Temas* (Rio de Janeiro: Bertrand Brasil).
- ELIOT, T. S. 1988 (1948) *Notas para uma definição de cultura* (San Pablo: Perspectiva).
- ENTRIKIN, J. 1994 "Place and region" en *Progress in Human Geography* N° 18(2).
- ENTRIKIN, J. 1991 *The Betweenness of Place: Towards a Geography of Modernity* (Houndmills y Londres: MacMillan).
- ENTRIKIN, J. (org.) 2008 *Regions: Critical Essays in Human Geography* (Aldershot; Burlington: Ashgate).
- ERNOUT, A.; MEILLET, A. 1967 (1932) *Dictionnaire Étymologique de la Langue Latine: Histoire des Mots* (Paris: Librairie C. Klincksieck).
- ETGES, V. 2009 "A contribuição de Hettner à Geografia" en Mendonça, F. *et al.* (org.) *Espaço e Tempo: complexidade e desafios do pensar e do fazer geográfico* (Curitiba: Ademadan e Anpege).
- FOUCAULT, M. 2004 *Sécurité, Territoire, Population* (Paris: Gallimard).
- FOUCAULT, M. 2002 (1997) *Em Defesa da Sociedade* (San Pablo: Martins Fontes).

- FOUCAULT, M. 2000 (1994) *Ditos e Escritos II: Arqueologia das Ciências e História dos Sistemas de Pensamento* (Rio de Janeiro: Forense Universitária).
- FRÉMONT, A. 1999 *Região, espaço vivido* (Coimbra: Almedina).
- FRÉMONT, A. 1976. *La Région: espace vécu* (Paris: PUF).
- FU-TUAN, Y. 1983 *Espaço e Lugar* (San Pablo: Difel).
- GEORGE, P. 1975 (1966) "Problemas, doutrina e método" em George, P. *et al.* (org.) *A Geografia Ativa* (San Pablo: Difel).
- GIDDENS, A. 1991 *As conseqüências da modernidade* (San Pablo: UNESP).
- GIDDENS, A. 1989 (1984) "Tempo, Espaço e Regionalização" em *A constituição da sociedade* (San Pablo: Martins Fontes).
- GILBERT, A. 1988 "The new regional geography in English and French-speaking countries" em *Progress in Human Geography* N° 12(2).
- GOLDMAN, M. 2003 "Poder e resistência: um ensaio sobre a dimensão conceitual do 'Império'" em *Mana* (Rio de Janeiro) vol. 9.
- GOMES, P. C. 2008 "Sobre territórios, escalas e responsabilidade" em Heidrich, A. *et al.* (org.) *A emergência da multiterritorialidade: a ressignificação da relação do homem com o espaço* (Puerto Alegre y Canoas: Editora da UFRGS y Editora da Ulbra).
- GOMES, P. C. 1996 *Geografia e Modernidade* (Rio de Janeiro: Bertrand Brasil).
- GOMES, P. C. 1995 "O conceito de região e sua discussão" em Castro, I. *et al.* (org.) *Geografia: Conceitos e Temas* (Rio de Janeiro: Bertrand Brasil).
- GOMES, P. C. 1988 *As Razões da Região* (Rio de Janeiro: UFRJ).
- GÓMEZ MENDOZA, J. 1989 "Actualidad de la geografía regional" em *Eria* N° 19-20.
- GÓMEZ MENDOZA, J. *et al.* 1982 *El pensamiento geográfico* (Barcelona: Alianza).
- GRAMSCI, A. 1987 *A Questão Meridional* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).
- GRATALOUP, C. 1991 "Les régions du temps" em *Périodes: la construction du temps historique* (Paris: Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales e Histoire au Présent).
- GRATALOUP, C. 2006 (2003) "Os períodos do espaço" em *GEOgraphia* (Niteroi: Programa de Pós-Graduação em Geografia) N° 16.
- GREGORY, D. 2001 "Realism" em Johnston, R. *et al.* (orgs.) *The Dictionary of Human Geography* (Oxford; Malden: Blackwell).
- GREGORY, D. 1978 *Ideology, Science and Human Geography* (Londres: Hutchinson).

- GRIGG, D. 1974 (1967) "Regiões, Modelos e Classes" en Chorley, R.; Haggett, P. (orgs.) *Modelos Integrados em Geografia* (San Pablo: Editora da USP; Río de Janeiro: Livros Técnicos e Científicos).
- GUIMARÃES, F. 1978 (1941) "Divisão Regional do Brasil" en *Boletim Geográfico* año 28.
- HAESBAERT, R. 2009 "Dilema de conceitos: espaço-território e contensão territorial" en Saquet, M.; Sposito, E. (org.) *Territórios e Territorialidades: teorias, processos e conflitos* (San Pablo: Expressão Popular).
- HAESBAERT, R. 2007a "Sociedades de In-Segurança e Des-Controle dos Territórios" en *I Encontro Nacional da Associação Brasileira de Relações Internacionais* (ABRI), Transformações na Ordem internacional na 1a. Década do Século XXI (Brasília) vol. 1.
- HAESBAERT, R. 2007b "Região e Regionalização num Mundo Des-Territorializado" en Feldman, S.; Fernandes, A. (orgs.) *O Urbano e o Regional no Brasil Contemporâneo: mutações, tensões, desafios* (Salvador: EDUFBA; San Pablo: UNESP; Anpur).
- HAESBAERT, R. 2007c "Território e Multiterritorialidade: um debate" en *Geographia* (Niterói: Pós-Graduação em Geografia) N° 17.
- HAESBAERT, R. 2006 "Muros, 'Campos' e Reservas: os processos de reclusão e 'exclusão' territorial" en Silva, J.; Lima, L.; Dias, D. (orgs.) *Panorama da Geografia Brasileira* (San Pablo: Annablume e AGB) VOL 1, 1° EDICIÓN.
- HAESBAERT, R. 2005 "Região: Trajetos e Perspectivas" en *Anais das Primeiras Jornadas de Economia Regional Comparada* (Puerto Alegre: FEE y PUC-RS).
- HAESBAERT, R. 2004a *O Mito da Desterritorialização: do "fim dos territórios" à multiterritorialidade* (Río de Janeiro: Bertrand Brasil).
- HAESBAERT, R. 2004b "Desterritorialização, Multiterritorialidade e Regionalização" en Limonad, E. *et al.* (org.) *Brasil Século XXI: por uma outra regionalização?* (San Pablo: Max Limonad).
- HAESBAERT, R. 2003 "Morte e vida da região: antigos paradigmas e novas perspectivas da Geografia regional" en *Anais do XXII EEG Rio Grande* (Puerto Alegre: AGB; Río Grande: FURG).
- HAESBAERT, R. 2002 *Territórios Alternativos* (San Pablo: Contexto).
- HAESBAERT, R. 1999a "Regionalización y migración brasileña en los países del Mercosur" en *GeoUruguay* N° 3.
- HAESBAERT, R. 1999b "Região, Diversidade Territorial e Regionalização" en *Geographia* (Niterói: Programa de Pós-Graduação em Geografia) año °, N° 1.

- HAESBAERT, R. 1998a (org.) *Globalização e Fragmentação no Mundo Contemporâneo* (Niterói: UFF).
- HAESBAERT, R. 1998b "A noção de rede regional: reflexões a partir da migração 'gaúcha' no Brasil" em *Território* N° 4.
- HAESBAERT, R. 1998c "Região e redes transfronteiriças em áreas de migração brasileira nos vizinhos do Mercosul" em Strohaecker, T. et al. (org.) *Fronteiras e Espaço Global* (Puerto Alegre: Associação dos Geógrafos Brasileiros).
- HAESBAERT, R. 1997 *Des-territorialização e Identidade: a rede "gaúcha" no Nordeste* (Niterói: EDUFF).
- HAESBAERT, R. 1995 "Desterritorialização: entre as redes e os aglomerados de exclusão" em Castro, I. et al. (org.) *Geografia: Conceitos e Temas* (Rio de Janeiro: Bertrand Brasil).
- HAESBAERT, R. 1994b "O mito da desterritorialização e as regiões-rede" em *Anais do V Congresso Brasileiro de Geógrafos* (Curitiba: AGB).
- HAESBAERT, R. 1994a *China: entre o Oriente e o Ocidente* (San Pablo: Ática).
- HAESBAERT, R. 1993a "Escalas espaço-temporais: uma introdução" em *Boletim Fluminense de Geografia* (Niterói: AGB) N° 1.
- HAESBAERT, R. 1993b "Redes, territórios e aglomerados: da forma=função às (dis)formas sem função" em *Anais do III Simpósio de Geografia Urbana* (Rio de Janeiro: AGB, UFRJ, IBGE).
- HAESBAERT, R. 1990 *Blocos Internacionais de Poder* (San Pablo: Contexto).
- HAESBAERT, R. 1988 *RS: Latifúndio e Identidade Regional* (Puerto Alegre: Mercado Aberto).
- HAESBAERT, R. 1983 "Rio Grande do Sul: uma proposta de regionalização" em *Boletim Gaúcho de Geografia* N° 10-11.
- HAESBAERT, R.; PORTO-GONÇALVES, C. 2006 *A Nova Des-Ordem Mundial* (San Pablo: UNESP).
- HARRISON, P. 2006 "Poststructuralist Theories" em Altken, S.; Valentine, G. (org.) *Approaches in Human Geography* (Londres: Sage).
- HARTSHORNE, R. 1978 (1959) *Propósitos e Natureza da Geografia* (San Pablo: Hucitec; Edusp).
- HARTSHORNE, R. 1939 "The Nature of Geography" em *Annals of the Association of American Geographers* N° XXIX.
- HARVEY, D. 2006a "Space as a keyword" em Castree, N.; Gregory, D. (orgs.) *David Harvey: a critical reader* (Malden; Oxford; Carlston: Blackwell).
- HARVEY, D. 2006b "Space as a keyword" em Harvey, D. *Spaces of Global Capitalism* (Londres; Nueva York: Verso).

- HARVEY, D. 1992 (1989) *A Condição Pós-Moderna* (San Pablo: Loyola).
- HARVEY, D. 1985 "The geopolitics of capitalism" en Gregory, D.; Urry, J. (orgs.) *Social Relations and Spatial Structures* (Basingstoke: Macmillan).
- HARVEY, D. 1980 *A Justiça Social e a Cidade* (San Pablo: Hucitec).
- HAUER, J. 1990 "What about Regional Geography after structuration theory?" en Johnston, R. et al. (org.) *Regional Geography: current developments and future prospects* (Londres; Nueva York: Routledge).
- HEIDRICH, A. 1999 *Além do Latifúndio: Geografia do interesse econômico gaúcho* (Puerto Alegre: Editora da UFRGS).
- HERBERTSON, A. J. 1913 "Natural regions" en *The Geographical Teacher* N° VII.
- HETTNER, A. 2000 "O sistema das ciências e o lugar da Geografia" en *Geographia* N° 3.
- HILHORST, J. 1975 *Planejamento Regional* (Río de Janeiro: Zahar).
- HOLLOWAY, S.; RICE, S.; VALENTINE, G. (org.) 2003 *Key Concepts in Geography* (Londres; Thousand Oaks; Nueva Delhi: Sage).
- HUBBARD, P. et al. 2002 *Thinking geographically: Space, theory and contemporary Human Geography* (Londres; Nueva York: Continuum).
- ISARD, W. 1954 *Location and space economy* (Nueva York: John Wiley).
- JOHNSTON, R. J. 1986 *Geografia e Geógrafos* (San Pablo: Difel).
- JOHNSTON, R. J.; GREGORY, D.; PRATT, G.; WATTS, M. 2001 *The Dictionary of Human Geography* (Oxford; Malden: Blackwell).
- JOHNSTON, R. J.; HAUER, J.; HOEKVELD, A. (orgs.) 1990 *Regional Geography: current developments and future prospects* (Londres; Nueva York: Routledge).
- JONES, M. 2009 "Phase space: Geography, relational thinking, and beyond" en *Progress in Human Geography* N° 33(4).
- JUILLARD, E. 1965 "A Região: tentativa de definição" en *Boletim Geográfico* N° 185.
- KANT, I. 2008 "Introdução à Geografia Física" en *Geographia* (Niterói: Programa de Pós-Graduação em Geografia) año 9, N° 17. Trad. Leonardo Arantes.
- KANT, I. 2006 "Sobre o primeiro fundamento da distinção de direções no espaço" en *Geographia* N° 15.
- KANT, I. 1983 *Textos pré-críticos* (Porto: Rés).
- KAYSER, B. 1975 (1966) "A região como objeto de estudo da Geografia" en George, P. et al. (orgs.) *A Geografia Ativa* (San Pablo: Difel).

- KLINK, J. 2001 *A cidade-região: regionalismo e reestruturação no grande ABC paulista* (Rio de Janeiro: DP&A).
- LACLAU, E. 1990 *New Reflections on the Revolution of our Time* (Londres: Verso).
- LACOSTE, Y. 1988 *A região, isto serve antes de mais nada para fazer a guerra* (Campinas: Papirus).
- LACOSTE, Y. 1976 *La Géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre* (París: François Maspero).
- LATOUR, B. 2002 *Reflexão sobre o culto moderno dos deuses fe(i)tiches* (Bauru: EDUSC).
- LEE, R. 1990 "Regional Geography: Between scientific theory, ideology, and practice (or, What use is regional geography?)" en Johnston, R. et al. (orgs.) *Regional Geography: Current developments and future prospects* (Londres: Routledge).
- LEFEBVRE, H. 1986 (1974) *La production de l'espace* (París: Anthropos).
- LEMONS, L. 2005 "As correntes da Geografia e o movimento de idéias em torno da região" en *Geografias* N° 1.
- LENCIONI, S. 1999 *Região e Geografia* (San Pablo: EDUSP).
- LENCIONI, S. 2006 "Da cidade e sua região à cidade-região" en Silva, J. et al. (orgs.) *Panorama da Geografia Brasileira* (San Pablo: Annablume y AGB) VOL. 1.
- LÉVY, J. 1999 *Le tournant géographique: penser l'espace pour lire le monde* (París: Belin).
- LÉVY, J. 1992 "Espaces-monde: mode d'emploi" en Durand, M. F. et al. *Le Monde: espaces et systèmes* (París: PNFSP).
- LÉVY, J.; LUSSAULT, M. 2003 *Dictionnaire Géographique et de l'espace des sociétés* (París: Belin).
- LIMONAD, E.; HAESBAERT, R.; MOREIRA, R. (org.) 2004 *Brasil Século XXI: por uma nova regionalização?* (San Pablo: Max Limonad).
- LIPIETZ, A. 1987 (1977) *O Capital e seu Espaço* (San Pablo: Nobel).
- LIPIETZ, A. 1977 *Le capital et son Espace* (París: Maspero).
- LUSSAULT, M. 2003 "Constructivisme" en Lévy, J. y Lussault, M. (orgs.) *Dictionnaire de Géographie et de l'espace des sociétés* (París: Belin).
- MACLEOD, G. 2001 "New regionalism reconsidered: Globalization and the remaking of political economic space" en *International Journal of Urban and Regional Research* N° 25(4).
- MACLEOD, G.; JONES, M. 2001 "Renewing the geography of regions" en *Environment and Planning D: Society and Space* vol. 19.
- MACLEOD, G.; JONES, M. 2007. "Territorial, scalar, networked, connected: In what sense a 'Regional World'?" en *Regional Studies* N° 41(9).



- MAIA, C. 2008 "Realismo científico e construtivismo sócio-lingüístico em Bruno Latour e Ludwik Fleck" en <[www.necso.ufrj.br/esocite2008/trabalhos/35929.doc](http://www.necso.ufrj.br/esocite2008/trabalhos/35929.doc)> acceso el 24 de octubre de 2009.
- MARKUSEN, A. 2005 "Mudança econômica regional segundo enfoque centrado no ator" en Diniz, C.; Lemos, M. (orgs.) *Economia e Território* (Belo Horizonte: UFMG).
- MARKUSEN, A. 1987 *Regions: the economics and politics of the territory* (Totowa: Rowman & Littlefield).
- MARKUSEN, A. 1981 "Regionalismo: uma abordagem marxista" en *Espaço e Debates* (San Pablo: Cortez) N° 1(1).
- Martins, E. 2003 "Lógica e espaço na obra de Immanuel Kant e suas implicações na ciência geográfica" en *GEOgraphia* N° 9.
- MARTINS, J. S. 1997 *Exclusão Social e a nova desigualdade* (San Pablo: Paulus).
- MARTINS, J. S. 2002 *A Sociedade vista do Abismo* (Petrópolis: Vozes).
- MASSEY, D. 2008 (2005) *Pelo Espaço: uma nova política da espacialidade* (Río de Janeiro: Bertrand Brasil).
- MASSEY, D. 2000 (1991) "O sentido global do lugar" en Arantes, A. (org.) *O Espaço da Diferença* (Campinas: Papirus).
- MASSEY, D. 1984 *Spatial Divisions of Labour* (Nueva York; Londres: Routledge).
- MCGINNIS, M. 1999 *Bioregionalism* (Londres: Routledge).
- MERCIER, G. 1995 "La région et l'État selon Friedrich Ratzel et Paul Vidal de La Blache" en *Annales de Géographie* N° 583.
- MIGNOLO, W. 2002 *Histórias locais/Projetos globais: colonialidade, saberes subalternos e pensamento liminar* (Belo Horizonte: UFMG).
- MOORE, A. 2008 "Rethinking scale as a geographical category: From analysis to practice" en *Progress in Human Geography* N° 32(2).
- MOREIRA, R. 2006 *Para onde vai o pensamento geográfico? Por uma epistemologia crítica* (San Pablo: Contexto).
- MULLER-CYRAN, O. 2008 "Jersey, o paraíso sem medo" en *Le Monde Diplomatique Brasil* año 2, N° 17, diciembre.
- MURDOCH, J. 2006 *Poststructuralist Geography* (Londres: Sage).
- MURPHY, A. 1991 "Region as social constructs: The gap between theory and practice" en *Progress in Human Geography* N° 15(1).
- O'BRIEN, R. 1992 *Global Financial Integration: The End of Geography* (Nueva York: The Royal Institute of International Affairs e Council on Foreign Relations Press).
- OHMAE, K. 1996 *O fim do Estado-nação* (Río de Janeiro: Campus).

- OHMAE, K. 1990 *The Borderless World* (Nova York: Harper Business).
- OLIVEIRA, F. 1981 *Elegia para uma re(li)gião* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).
- OZOUF-MARIGNIER, M.; ROBIC, M. 1995 "La France au seuil des temps nouveaux: Paul Vidal de La Blache et la régionalisation" en *L'Information Géographique* vol. 59.
- PAASI, A. 2003 "Region and place: Regional identity in question (Progress Reports)" en *Progress in Human Geography* N° 27(4).
- PAASI, A. 2002a "Place and region: Regional worlds and words" en *Progress in Human Geography* N° 26(6).
- PAASI, A. 2002b "Bounded spaces in the mobile world: Deconstructing 'regional identity'" en *Tijdschrift voor Economische Sociale Geographie* N° 93(2).
- PAASI, A. 1991 "Deconstructing Regions: notes on the scales of spatial life" en *Environment and Planning* vol. 23.
- PAASI, A. 1986 "The institucionalization of regions: A theoretical framework for understanding the emergence of regions and the constitution of regional identity" en *Fenya* N° 164(1).
- PAINTER, J. 2005 "Governmentality and regional economic strategies" en Hillier, J.; Rooksby, E. (org.) *Habitus: A sense of place* (Ardershot; Burlington: Ashgate).
- PARSONS, J. 1985 "On 'Bioregionalism' and 'Watershed Consciousness'" en *Professional Geographer* N° 37.
- PORTELLI, H. 1977 *Gramsci e o bloco histórico* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).
- PORTO-GONÇALVES, C.W. 2002 "Da Geografia às Geo-grafias: um mundo em busca de novas territorialidades" en Ceceña, A.; Sader, E. (org.) *A Guerra Infinita: hegemonia e terror mundial* (Petrópolis: Vozes; Buenos Aires: CLACSO).
- POULANTZAS, N. 2000 (1978) *O Estado, o Poder, o Socialismo* (San Pablo: Paz e Terra).
- PTOLOMEU 2000 *Geography (an annotated translation of the theoretical chapters)* (Princeton; Oxford: Princeton University Press).
- PUDUP, M. 1988 "Arguments within regional geography" en *Progress in Human Geography* N° 12(3).
- RAFFESTIN, C. 1993 (1980) *Por uma Geografia do Poder* (San Pablo: Ática).
- RIBEIRO, A. C. 2004 "Regionalização: fato e ferramenta" en Limonad, E. et al. (org.) *Brasil Século XXI: por uma nova regionalização?* (San Pablo: Max Limonad).
- RICHARDSON, H. 1975 *Economia Regional* (Rio de Janeiro: Zahar).
- RICOTTA, L. 2003 *Natureza, Ciência e Estética em Alexander von Humboldt* (Rio de Janeiro: Mauad).

- ROBERTSON, R. 1995 "Glocalization: time-space and homogeneity-heterogeneity" en Featherstone, M. *et al.* (orgs.) *Global Modernities* (Londres: Sage).
- ROBERTSON, R. 1994 "Mapeamento da condição global: globalização como conceito central" en Featherstone, M. (org.) *Cultura Global* (Petrópolis: Vozes).
- ROBIC, M. C. 2002 "Un système multi-scalaire, ses espaces de référence et ses mondes" en *L'Atlas Vidal-Lablache*. En <www.cybergeog.eu/index3944.html> acceso el 30 de marzo de 2008.
- RONCAYOLO, M. 1986 "Região" en *Enciclopédia Einaudi* (Lisboa: Imprensa Nacional).
- SACK, R. 1986 *Human territoriality: Its theory and history* (Cambridge: Cambridge University Press).
- SAÏD, E. 1990 (1978) *Orientalismo: o Oriente como invenção do Ocidente* (San Pablo: Companhia das Letras).
- SANTOS, M. 1999 "Modo de produção técnico-científico e diferenciação espacial" en *Território* 6.
- SANTOS, M. 1996 *A Natureza do Espaço* (San Pablo: Hucitec).
- SANTOS, M. 1994 *Técnica, Espaço, Tempo: globalização e meio técnico-científico informacional* (San Pablo: Hucitec).
- SANTOS, M. 1979 *O Espaço Dividido* (San Pablo: Francisco Alves).
- SANTOS, M. 1978 *Por uma Geografia Nova* (San Pablo: Hucitec).
- SANTOS, M. 2008 (1978) *O trabalho do geógrafo no Terceiro Mundo* (San Pablo: USP).
- SAQUET, M. 2006 "Proposições para estudos territoriais" en *Geographia* (Niterói: Programa de Pós-Graduação em Geografia) N° 15.
- SASSEN, S. 2001 "Global Cities and Global City-Regions: a comparison" en Scott *et al.* (org.) *Global City-Regions: Trends, Theory, Policy* (Oxford: Oxford University Press).
- SAUER, C. 1998 (1925) "A morfologia da paisagem" en Corrêa, R.; Rosendahl, Z. (org.) *Paisagem, Tempo e Cultura* (Río de Janeiro: UERJ).
- SCHAEFER, F. 1977 (1953) "O excepcionalismo em Geografia: um estudo metodológico" en *Boletim de Geografia Teórica* N° 7(13).
- SCOTT, A. 1998 *Regions and the World Economy* (Oxford: Oxford University Press).
- SCOTT, A. (org.) 2001 *Global City-Regions: Trends, Theory, Policy* (Oxford: Oxford University Press).
- SCOTT, A.; AGNEW, J.; SOJA, E.; STORPER, M. 2001 "Cidades-regiões globais" en *Espaço & Debates* (San Pablo: Núcleo de Estudos Regionais e Urbanos) N° 41.

- SILVA, A. C. 1978 *O espaço fora do lugar* (San Pablo: Hucitec).
- SILVEIRA, M. 1999 *Um país, uma região: fim de século e modernidades na Argentina* (San Pablo: FAPESP, Laboplan-USP).
- SILVEIRA, R. 1984 *O regionalismo nordestino* (San Pablo: Moderna).
- SIMPSON, J.; WEINER, E. 1989 *The Oxford English Dictionary* (Oxford: Clarendon Press).
- SMITH, N. 1988 "The region is dead! Long live the region!" en *Political Geographical Quarterly* (Newcastle-upon-Tyne, Dept. of Geography) N° 7(2), abril.
- SOJA, E. 2000 *Postmetropolis: Journeys to Los Angeles and Other Real-And-Imagined Places* (Oxford: Blackwell).
- SOJA, E. 1993 (1989) *Geografias Pós-Modernas* (Río de Janeiro: Jorge Zahar).
- SOUZA, M. 1995 "O território: sobre espaço e poder, autonomia e desenvolvimento" en Castro, I. et al. (org.) *Geografia: Conceitos e Temas* (Río de Janeiro: Bertrand Brasil).
- SOUZA, M. 1988 "Espaciologia: uma objeção (crítica aos prestigiamentos pseudo-críticos do espaço social)" en *Terra Livre* N° 5.
- SOUSA SANTOS, B. 2004 "Do Pós-Moderno ao Pós-Colonial: e para além de um e de outro" en <[http://www.ces.uc.pt/misc/Do\\_pos-moderno\\_ao\\_pos-colonial.pdf](http://www.ces.uc.pt/misc/Do_pos-moderno_ao_pos-colonial.pdf)>.
- STORPER, M. 1997 *The Regional World: Territorial Development in a Global Economy* (Nueva York: Guilford).
- STORPER, M. 1995 "The resurgence of Regional Economies, ten years later: the Region as a nexus of untraded interdependencies" en *European Urban and Regional Studies* N° 2(3).
- SWYNGEDOUW, E. 1992 "The Mammon quest: 'Glocalization', interspatial competition and the monetary order: the construction of new scales" en Dunford, M.; Kafkalas, G. (org.) *Cities and regions in the new Europe* (Londres: Belhaen Press).
- THRIFT, N. 2008 *Non-Representational Theory: Space, Politics, Affect* (Abingdon; Nueva York: Routledge).
- THRIFT, N. 1996 (1994) "Visando o âmago da região" en Gregory, D.; Martin, R.; Smith, G. (orgs.) *Geografia Humana: Sociedade, Espaço e Ciência Social* (Río de Janeiro: Zahar).
- THRIFT, N. 1996 *Spatial Formations* (Londres: Sage).
- THRIFT, N. 1990, 1991, 1993 "For a new regional Geography (1, 2, 3)" en *Progress in Human Geography* vols. 14, 15 y 17.
- THRIFT, N. 1983 "On the determination of social action in space and time" en *Society and Space* N° 1.
- TUAN, Y. F. 1983 *Espaço e Lugar* (San Pablo: Difel).

- VAINER, C. 1995 "Regionalismos: anacronismo ou pós-modernidade?" en Gonçalves, M. (org.) *O novo Brasil urbano* (Puerto Alegre: Mercado Aberto).
- VALLAUX, C. 1929 *Les Sciences Géographiques* (París: Librairie Félix Alcan).
- VARENIVS, B. 1981 (1664) "Geographia Generalis (Dedication, Introduction to Geography)" en Bower, M. *Empiricism and Geographical Thought: from Francis Bacon to Alexander von Humboldt* (Cambridge: Cambridge University Press).
- VIDAL DE LA BLACHE, P. 2002 (1895) "O princípio da Geografia Geral" en *Geographia* (Niterói: Pós-Graduação em Geografia) N° 6.
- VIDAL DE LA BLACHE, P. 1994 (1903) *Tableau de la Géographie de la France* (París: La Table Ronde).
- VIDAL DE LA BLACHE, P. 1994 (1917) *La France de l'Est: Lorraine-Alsace* (París: La Découverte).
- VIDAL DE LA BLACHE, P. 1982 (1913) "As características próprias da Geografia" en Christofolletti, A. (org.) *Perspectivas da Geografia* (San Pablo: Difel).
- VIDAL DE LA BLACHE, P. 1954 (1921) *Princípios de Geografia Humana* (Lisboa: Cosmos).
- VIDAL DE LA BLACHE, P. 1910 "Régions françaises" en *Revue de Paris* (París: Belin).
- VIDAL DE LA BLACHE, P. 1888 "Les divisions fondamentales du sol français" en *Bulletin Littéraire*.
- VIRILIO, P. 1997 "Fin de l'histoire, ou fin de la géographie? Un monde surexposé" en *Le Monde Diplomatique*, agosto.
- VITTE, A. 2007 "Da metafísica da natureza à gênese da Geografia Física moderna" en Vitte, A. (org.) *Contribuições à História e à Epistemologia da Geografia* (Rio de Janeiro: Bertrand Brasil).
- WARDENGA, U. 1995 *Geographie als Chorologie – Zur Genese und Struktur von Alfred Hettner Konstrukt der Geographie* (Stuttgart: Hans Steiner Verlag).
- WERLEN, B. 2000 "Regionalismo e sociedade política" en *Geographia* (Niterói: Pós-Graduação em Geografia) año 2, N° 4.
- WERLEN, B. 1997 *Sozialgeographie alltäglicher Regionalisierung. Band 2: Globalisierung, Region und Regionalisierung* (Stuttgart: Franz Steiner).
- WERLEN, B. 1995 *Society, Action and Space: an alternative Human Geography* (Londres; Nueva York: Routledge).
- WHITTLESEY, D. 1954 "The regional concept and the regional method" en James, P.; Jones, C. F. (org.) *American Geography: Inventory and prospect* (Syracuse: Syracuse University Press).

WISHART, D. 2004 "Period and Region" en *Progress in Human Geography* N° 28.

WRIGLEY, E. A. 1965 "Changes in the philosophy of geography" en Chorley, R.; Haggett, P. (orgs.) *Frontiers in Geography Teaching* (Londres: Methuen).









La región es uno de los conceptos más relevantes en Geografía, con una larga historia de idas y vueltas, muertes y resurrecciones.

En este libro, que se traduce por primera vez al español, el concepto de región es visto a partir de distintos abordajes: la región como artificio; como simple instrumento de análisis del investigador; la región como hecho, una evidencia empírica reconocida en la práctica de las relaciones sociales; la región normativa, instrumento de intervención —especialmente por parte del Estado—, y la región como arte-facto, un híbrido entre artificio y hecho, en el juego (político) entre representación o conciencia regional y manifestación concreta en las prácticas de los grupos sociales.

ISBN 978-987-722-406-1



9 789877 224061



CLACSO